

LADRONAS

de

NUEVA
York

Estefanía
Yepes

3

LADRONAS DE NUEVA YORK

3

Primera edición: Abril 2018

© Estefanía Yepes, 2018

Safe Creative - Registro de la Propiedad Intelectual.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

PORTADA:

Diseño: ©Estefanía Yepes y Munyx Design.

Imagen: Pixabay. (Licencia Creative Commons)

Estefanía Yepes (Barcelona, 1988). Licenciada en Derecho. Propietaria y directora de Scroom Bcn, compagina su actual trabajo con la escritura y la preparación a una oposición.

Actualmente tiene nueve novelas publicadas siendo la primera (“Quiero que conozcas a alguien”, Abril 2014) la que más éxitos ha cosechado. Número 1 en ventas durante 3 meses consecutivos en 2014, superó al poco tiempo los 10.000 ejemplares vendidos y resultó escogida por la red como ganadora del *premio Chick-lit a la mejor novela ebook 2014* y el *Premio púrpura a mejor autora revelación en romántica adulta 2014*.

EN CAPÍTULOS ANTERIORES...

Todo lo que había configurado la realidad de las chicas hasta ahora, se ha venido abajo sin que ninguna de las tres hubiera podido preverlo.

La vida de Danielle acaba de dar un giro de ciento ochenta grados. Lo que hasta ahora había sido estabilidad y rutina, acaba de derrumbarse ante sus ojos. Ha abandonado el cine y en la empresa de publicidad para la que trabaja no dispone de oportunidades con las que poder prosperar a corto plazo. Lo que reduce bastante sus posibilidades económicas y, al mismo tiempo, incrementa todos sus miedos. ¿Cuáles serán ahora sus opciones? ¿Tendrá que volver al cine y suplicar por su reincorporación después de lo sucedido?

En el plano emocional, las cosas tampoco pintan mucho mejor para ella. Sarah acaba de confesar que va a mudarse a Manhattan y eso ha desbaratado todos los planes, justo el mismo día en el que Olly y ella cruzan una peligrosa línea y ahora, todo resulta mucho más confuso. Sus sentimientos por él parecen haberse intensificado y sus besos le han sabido al mismísimo cielo pero... ¿qué es lo que realmente siente por él? ¿Desde cuándo ha deseado besarle como lo hizo la noche anterior? ¿Qué hará ahora que Sarah ha decidido mudarse?

La vida de Sarah tampoco es un camino de rosas. Tras unas semanas de incertidumbre, pastillas para el dolor y sobre todo, muchísimo miedo, ha decidido cambiar por completo su vida. Se ha visto obligada a abandonar uno de sus sueños, el de ser bailarina, para dar cabida a uno nuevo y que, quizá, no se había planteado hasta la fecha. La Academia Infinity le ha propuesto cubrir una sustitución y comenzar a dar clases a niñas que empiezan su etapa de formación de danza. ¿Será esta una forma de canalizar su mayor pasión?

Por otro lado, Michael Spencer ha depositado en sus manos una de las ofertas más suculentas que haya recibido jamás. Y, después de todo, quizá en un acto impulsivo o tal vez porque realmente lo deseaba, ha acabado aceptando el apartamento en Manhattan y por lo tanto, va a abandonar a las chicas para emprender una nueva etapa en soledad. Pero... ¿ha tomado la decisión adecuada? ¿Desea realmente independizarse de las chicas?

Lorie, por otro lado, se siente más confusa que nunca. Con la partida de

Sarah, Danielle y ella se quedarán solas, justo cuando más las necesita a su lado. Sus sentimientos por Olly son cada vez más fuertes y amenazan un poquito más su estabilidad, ahora que esta se ha visto inesperadamente golpeada. ¿Descubrirá lo que ha pasado entre él y Danielle?

ÍNDICE.

PORTADA:

EN CAPÍTULOS ANTERIORES...

ÍNDICE.

Época de cambios.

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[En la próxima entrega...](#)

Época de cambios.

Se suele hablar de que los veinte conforman una época de cambios. Lo mismo sucede con los treinta, los cuarenta o con cualquier momento que implique el inicio de una nueva década. Lo cierto es que la vida, en su conjunto, siempre lo es. Cada año empieza y acaba distinto, o tal vez somos nosotras las que cambiamos. Da igual. Sea cual sea el caso, los cambios forman parte de nuestra vida y lo harán para siempre.

No obstante, algunos cambios marcan más que otros. Primero son las hormonas, el vello en partes que antes lucían suaves y granitos que prometen un infierno durante los próximos días, tal vez semanas. Después empiezan los primeros estragos del amor. Y luego los del primer desamor. Empezamos a entender lo que significa la entrega, una caricia y también el sufrimiento. Asimismo, aprendemos que tal y como este aparece, al final, llega un día en el que acaba abandonándote. Una mañana cualquiera, despiertas y sin saber por qué, sonrías consciente de que a partir de ese momento, todo será más fácil.

Más adelante son las primeras decisiones importantes las que cobran relevancia. Decidimos qué queremos estudiar, de qué queremos trabajar y qué queremos ser, y lo hacemos cuando, en muchas ocasiones, todavía no lo tenemos claro.

A continuación viene la independencia y los miedos se acentúan. Las primeras facturas, los primeros números rojos y las primeras cuentas de ahorro. Y, entre fiesta y fiesta, nos levantamos con ojeras y nos vamos a trabajar. Porque, aunque lo deseemos con todas nuestras fuerzas, la vida no se detiene.

Por nada.

Cada vez, los pasos comienzan a ser más grandes, más pesados y también más difíciles. Y cada vez conllevan mayores consecuencias.

Un buen día debes tomar una nueva decisión. Una que romperá con todo, que acarreará cambios para los que deberás estar preparada. O tal vez estos te pillen desprevenida y entonces, tu mundo se tambalee. En ese momento, todo cambiará y descubrirás partes de ti misma que desconocías. Conocerás el alcance de tus miedos y quizá también, descubras que estos no son los que

siempre habías creído. Porque la realidad es muy distinta y es que, hasta que no le ves las orejas al lobo, no temes por tu propia integridad.

LADRONAS DE
NUEVA YORK

3

CAPÍTULO 1

Elle.

—Elle, yo...

—No puedes hablar en serio.

—Elle, cielo... tienes que entenderlo.

—¿Cómo? Me sueltas así, de repente, que vas a mudarte, ¿y pretendes que lo entienda?

Me puse en pie, hecha un manojito de nervios e incapaz de mantenerme quieta. Sentía el miedo esparciéndose por mis venas, por mi torrente sanguíneo, alcanzando así todas las partes de mi organismo. Todo se precipitaba sobre mí. Había dejado un empleo que, aunque detestara, me daba unos ingresos estables y ahora, Sarah iba a marcharse y todo se iría a la mierda. Di una vuelta por el salón, con una mano en la frente y la mirada perdida. No... lo que venía no era lo que más me dolía. Lo que me dolía era que Sarah no me lo hubiera confesado antes, que hubiera estado buscando apartamentos sin consultármelo, que hubiera decidido marcharse sin decírmelo antes... que hubiera decidido abandonarme sin importarle cuánto la necesitaba a mi lado.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquirí en tono severo.

—Elle...

—¿Desde cuándo, Sarah?

—Ayer acepté la oferta... Te juro que ha sido todo muy precipitado y que...

—¿Precipitado? No me jodas, Sarah.

—Todo era una idea... Al principio...

—¿Cuándo comenzaste a pensarlo? —corté de nuevo.

—Hace tiempo... yo... Han sido unas semanas...

—¿Hace tiempo?

—Sí... no... bueno... El caso es que...

—¡Joder, Sarah! —estallé—. Es que no me puedo creer que hayas tomado

una decisión como esta sin consultármelo antes.

—¡No tengo que pedirte permiso!

—¡No te estoy diciendo que deberías haberme pedido permiso! ¡¡Pensaba que éramos un equipo!!

Su rostro bullía de excitación por el cúmulo de las emociones vividas en el transcurso de las últimas horas y el mío... el mío apenas tenía color. El miedo se imponía sobre la razón. Sarah iba a marcharse y todo mi mundo se derrumbaba en cuestión de segundos.

Nos retamos con la mirada, con las respiraciones agitadas y los temores contenidos. Veía en sus ojos la necesidad de apoyo y al mismo tiempo, sentía en mi pecho la presión de la ira. La quería con todo mi corazón, pero me sentía traicionada.

Giré la cabeza antes de que una lágrima delatara mi estado y me encaminé hacia mi dormitorio justo antes de escuchar sus movimientos precipitados al ponerse en pie.

—Elle... ¡Elle, espera!

Pero no le respondí. Sollozando me adentré en mi dormitorio y cerré la puerta, dejándola a ella al otro lado. Mi mejor amiga, prácticamente mi hermana.

—Elle... —escuché la rotura de su voz, que se atravesó en mi propia garganta.

Tampoco le respondí. No pude hacerlo si no quería desmontarme en ese preciso instante. Aunque tampoco me hubiera salido la voz. Como una niña, me tumbé sobre la cama y me dejé llevar por la pueril sensación de abandono que su decisión produjo en mí. Las lágrimas rodaban por mis mejillas y me afané a esconderlas en la almohada, que se convertiría en el único testigo de mis miedos. Al mismo tiempo que mi corazón sufría, era consciente de que aquella reacción era impropia de alguien de mi edad. Pero no podía evitarlo. Todo lo que hasta el momento había configurado mi vida y mi rutina, de pronto se desvanecía, rompiendo los únicos esquemas que conocía, y me daba miedo sentarme y tener que volver a reestructurarlos. Eso se le daba bien a Sarah. Ella solía tener todas las respuestas; sabía cómo afrontar una situación y salir adelante. Yo no. Yo me perdía fácilmente y necesitaba que alguien me diera un empujón cuando no me atrevía a tomar una decisión. Pero si ella se iba...

—Elle... —volvió a llamarme desde el otro lado de la puerta—. Por favor...

Estuve a punto de ceder, de dejarle pasar y de hablar con ella. Pero no era el mejor momento. Solían reprocharme el hecho de tomar decisiones en caliente de las que muchas veces acababa arrepintiéndome. Pero esta vez no quería hacerlo. Por mucho que me doliera, por mucho que me sintiera traicionada de algún modo, en el fondo, por muy remoto que este me pareciera, sabía que este momento, tarde o temprano, llegaría. Lorie y Sarah serían las primeras en marcharse. Por eso, si le permitía el paso en ese instante en el que me sentía demasiado vulnerable para entender unas razones que estaba segura de que serían de peso, decidí concederme un espacio en el que llorar en caliente para luego pensar en frío. Tal vez lo hiciera bien por primera vez en mi vida.

Escuché sus pasos alejarse a través del pasillo y una pequeña parte de mí se hizo añicos. No recordaba haberme enfadado jamás con ella, por lo menos no de forma consciente. Habíamos mantenido acaloradas discusiones porque cada una veíamos un mismo hecho desde una perspectiva distinta, pero nunca había ido más allá. Sin embargo, todo había cambiado durante los últimos días. Y no solo para mí. Comencé a pensar y entonces, me di cuenta de que Sarah, efectivamente, llevaba días extraña. Aquel día en la cocina en el que no quiso cenar, la cojera, su brusquedad cuando relaté mi última discusión con James... Para ella también estaban cambiando las cosas.

¿Qué nos había pasado? ¿Qué culpa tenía la dichosa lista en todo este asunto?

Me incorporé sobre la cama, apoyé la espalda en la pared y recogí las piernas antes de abrazarme a ellas. Debía ser sincera conmigo misma. No podíamos seguir viviendo juntas eternamente. Lo sabía y era consciente. Pero me hubiera gustado que confiara en mí, que me hablara de ese apartamento, que me dijera que estaba pensando en mudarse y que me hubiera hecho partícipe del proceso. Quizás, las cosas habrían sido distintas. Habría llorado igual, pero lo hubiera hecho a su lado. Seguramente habríamos acabado brindando con una botella de vino y ninguna de las dos habría acabado perdiendo el conocimiento.

Sin pretenderlo, comencé a pensar entonces cómo sería la vida sin Sarah en el apartamento. Lorie y yo nos quedaríamos solas y todo cambiaría. O tal vez Lorie también decidiera marcharse y yo me quedara sola. Sin trabajo, sin

compañeras, con un amigo que me ofrecía una amistad diferente y sin nada de lo que hasta ahora había formado parte de mi pequeño y confortable mundo.

¿Qué iba a hacer entonces?

CAPÍTULO 2

Lorie.

Las horas no pasaban esa mañana y el dolor de estómago no remitía. Mientras le aplicaba la mascarilla de cacao a la señora que tenía sentada delante leyendo una revista de moda, la imagen de Elle completamente dormida junto a Olly todavía me escocía. Como si echaras alcohol a una maldita herida abierta.

Traté de concentrarme en mi trabajo y dar lo mejor de mí, como si canalizara a través de mis manos todo lo que en realidad las hacía temblar. Conseguí mantenerlas firmes la mayoría del tiempo y me sentí orgullosa por ello.

Kate se dio cuenta de que esa mañana yo no era la de siempre y se mantuvo al margen, concediéndome el pequeño espacio que necesitaba. Las clientas también lo percibieron y me sentí aliviada de que no me forzaran a mantener conversaciones a las que esa mañana no podía prestar atención. Mi mente trabajaba deprisa y mis pensamientos iban de un lado a otro. Hasta la próxima semana no tendría visita con la doctora Olsen y en parte me daba miedo pero, al mismo tiempo, sentía la necesidad de mantenerme fuerte, de sostener mi propio peso.

Me había pasado gran parte de la noche escribiendo y pese a que me moría de sueño, también me sentía aliviada. Aunque la visión de aquellos dos dormidos en el sofá hubiera tirado al traste gran parte de esa fortaleza. Pensé en volver a hacerlo. Aprovecharía el descanso del mediodía para escribir todas aquellas nuevas emociones que había despertado la visión.

Justo en eso pensaba cuando cogí el bolso y metí la libreta en el interior antes de dirigirme hacia la puerta del salón. Kate había salido primero y ahora se quedaría al cargo durante un rato en el que solo había prevista una cita.

—¿Estarás bien?

—No te preocupes, Caroline, lo tengo todo bajo control.

—Llevo el teléfono encima, ¿ok?

—Perfecto. Intentaré no molestarte.

Sonreí a pesar de todo porque en realidad, tenía suerte de haberla encontrado. Era dulce y entregada y en cierto modo, me recordaba a mí misma durante mi etapa de formación. Si seguía trabajando igual de bien haría todo lo que estuviera en mis manos para que se quedara conmigo en plantilla. Quería que se sintiera a gusto en el salón, que lo sintiera un poco suyo y que deseara seguir creciendo en él. Cerré la agenda de pedidos y salí de detrás del mostrador en dirección a la calle. Abrí la puerta y entonces, me detuve en seco.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Lorie. ¿Vas a comer?

Estaba hecha un manojo de nervios. Tenía la mirada hueca y la tristeza le opacaba el color de sus ojos, que solían brillar vivo y expresivo.

—Sí. ¿Has comido tú?

—No...

—Vamos, anda.

Iniciamos el paso la una junto a la otra y a pesar de que ella era uno de los principales motivos por los que hoy estaba muerta de sueño, no me importó que me acompañara.

Entramos en una pequeña cafetería y el propietario me saludó tan cordial como siempre. Eran muchas las veces que comía ahí y ya empezábamos a conocernos. Elle me siguió hasta la mesa del fondo, la que siempre me gustaba ocupar y en la que podía permitirme pensar y también desconectar.

Dejamos los abrigos colgados en el perchero y el bolso en el respaldo de la silla. Nos acomodamos la una frente a la otra mientras que Cameron, el dueño, se afanaba en traernos un par de cartas. Me fijé en su rostro y la vi más perdida incluso de lo que lo había estado durante las últimas semanas y una pequeña parte de mí se encogió.

—¿Estás bien?

Alzó el mentón y sus ojos me buscaron. Prensó los labios y respiró profundo mientras yo rezaba mentalmente para que nada de aquello tuviera que ver con Olly.

—Lorie... necesito hablar contigo.

—Claro, dime.

—Es Sarah...

Respiré aliviada, con eso podía ayudarla. Sin ser consciente de que mis músculos se habían mantenido tensos hasta el momento, estos se relajaron. Me incliné un poco hacia adelante y sonreí ligeramente a pesar de saber que lo que iba a contarme a continuación no me hacía demasiada gracia.

—Va a mudarse... Quiere mudarse a Manhattan.

Deseé con todas mis fuerzas que no me preguntara, que no quisiera saber por qué yo ya lo sabía y que así, su sentimiento de traición quedara al margen. Si íbamos a quedarnos solas necesitábamos ser cómplices, no enemigas.

—Me lo ha dicho esta mañana y todavía no puedo creérmelo. Luego se ha ido, supongo que a casa de su padre. Pero necesitaba hablar con alguien... y por eso he venido. ¿Qué vamos a hacer, Lorie? Soy un desastre y tú serás la siguiente en irte y dejarme sola. No tengo trabajo, no puedo crecer en *Marshall* y no sé qué coño hacer con mi vida. No tengo nada... Siento que tengo conocimientos de muchas cosas y al mismo tiempo, no sé de nada. Nadie va a querer contratarme con un currículum de mierda como el mío, con un simple contrato de prácticas y sin apenas experiencia en ningún campo. Y estoy acojonada, Lorie. Son demasiados cambios y no sé cómo enfocarlos, cómo hacerles frente y mucho menos cómo sobrevivir a ellos.

Hablaba de forma precipitada, como si estuviera perdiendo los nervios. No estaba acostumbrada a verla así pero me dolía hacerlo, puesto que conocía esa sensación de mantener el equilibrio sobre el abismo. Pensé entonces en las palabras de la doctora, de nuevo tenía razón. Todos necesitábamos ayuda. Algunos la buscaban en sus seres queridos, otros en profesionales y algunos... preferían obviarla.

—Lorie, ayúdame por favor. Te necesito. No te vayas tú también.

Su tono de súplica me traspasó. Cameron, inoportuno, apareció justo en ese momento. Ni siquiera habíamos mirado las cartas así que opté por el camino más sencillo.

—¿Me pondrás un sándwich vegetal y una Coca-Cola?

—Claro. —Se giró en dirección a Elle con la libreta en la mano—. ¿Y tú?

—Lo mismo, por favor —respondió, casi sin voz. Dudaba de que hubiera llegado a escuchar siquiera lo que yo había pedido para mí.

El chico desapareció y volvimos a quedarnos solas. Debía recapitular porque en ese momento, me di cuenta de que había muchos más frentes

abiertos de los que había creído en un principio.

—Espera, Elle, ¿has dicho que no tienes trabajo?

Me miró apenas un par de segundos antes de desviar la vista hacia el amplio y luminoso ventanal que daba a la calle.

—He dejado el cine... —musitó al fin, como si esperara una reprimenda por mi parte—. No os lo había dicho todavía pero lo dejé hace unos días.

—¿Y te sientes mal por ello?

Tardó un poco más de la cuenta pero al final reaccionó.

—No... o eso creía. Pero si Sarah se va del piso, los gastos se multiplicarán para nosotras y ahora mismo yo no puedo asumirlos. Quizá me haya equivocado y deba regresar y suplicar por mi reincorporación.

—A ver... —dije, alzando las manos pidiéndole tiempo para asimilarlo todo—. Vayamos por partes, ¿vale? —Asintió—. ¿Qué ha pasado en el cine y por qué lo has dejado?

—Lo de siempre, solo que esta vez James se pasó de la raya. Iba a rebajarme de categoría y forcé mi despido.

—¿Qué hiciste?

—Amenazar con demandarle.

—Joder, pequeña pero matona.

Me pareció intuir una pequeña sonrisa de satisfacción que volvió a esconderse rápidamente tras la tristeza de su rostro.

—Entonces, si forzaste tu despido, ¿has solicitado el subsidio por desempleo?

—No me lo van a conceder si continúo trabajando en *Marshall*.

—Espera, sigamos avanzando —dije, tratando de procesar toda la información. Cameron apareció justo en ese instante con una bandeja. Dejó los platos frente a cada una y también los refrescos antes de dar media vuelta y volver a dejarnos solas—. ¿Has hablado con los de *Marshall*?

—Sí. Le comenté a Alice, mi jefa, la situación. Pero no pueden hacer nada por modificar mi contrato. Tan solo puedo seguir en prácticas de forma indefinida hasta que, en algún momento, puedan concederme algo mejor.

—Vale —afirmé, tratando de hacer un breve balance de su situación—, antes de seguir con lo de Sarah... acabemos con esto del trabajo. —Volvió a

asentir—. ¿Crees realmente que te has equivocado o solo tienes miedo?

Sopesó mi pregunta y aproveché para desenvolver el sándwich y darle un bocado. Me moría de hambre desde hacía horas.

—No creo que me haya equivocado —fue su única respuesta.

Me pasé una servilleta por los labios y sonreí. Había dado el paso por fin, después de tanto tiempo.

—Entonces solo tienes miedo.

—¿Qué haré si no puedo pagar las facturas, Lorie? ¿Quién va a querer contratarme? Tengo casi treinta años y no he prosperado en nada. He sobrevivido con un empleo de mierda y tengo un contrato de prácticas, como si todavía estuviera en la universidad, o peor, en el instituto.

—Elle, cálmate. ¿Crees que eres la única que se encuentra en esta situación?

—No tengo ni idea, pero tampoco quiero saberlo. Me preocupa mi futuro, Lorie. Sé que siempre habéis creído que vivía feliz en mi mundo de fantasía, que nada me preocupaba y que todo era fiesta y descontrol. Pero no es cierto. —Empezaba a exaltarse de nuevo—. Lo cierto es que en realidad estaba bastante jodida. Llevo años viendo cómo mis compañeros abandonaban el cine después de recibir otras ofertas, cómo dejaban un trabajo más propio de estudiantes para empezar su carrera laboral, la de sus sueños, para luego prosperar en ella. Y yo, mientras tanto, seguía estancada.

—Elle, la publicidad es un sector difícil y tiene mucha competencia... Si lo piensas bien te darás cuenta de que tienes suerte, estás en una de las mejores empresas y puedes prosperar en ella, aunque no sea de forma inmediata.

—No puedo seguir esperando y ver cómo pasa el tiempo, Lorie. No quiero llegar a los treinta y cinco, con un maldito contrato de prácticas, otro trabajo a media jornada que me pague las facturas y la incertidumbre de no saber cuál será el paso que vendrá a continuación. ¿Y si pasan los años y no consigo nada mejor? Tan solo habré perdido más tiempo y seguiré igual que ahora... Y no sé si eso es lo que quiero. Bueno, sí lo sé, no es lo que quiero.

Su rotundidad por primera vez me caló. No la había visto jamás tan alterada por algo que tuviera que ver con el trabajo, excepto cuando despotricaba de James, y eso me llevó a pensar en cuánto nos conocíamos en realidad. Yo tampoco le había contado todos mis secretos y quebraderos de cabeza y Sarah, por lo visto, tampoco. Seguíamos guardando para nosotras

aquello que más nos preocupaba, lo que nos afligía y solo explotábamos cuando la realidad nos sobrepasaba. Quizá el patrón de conducta fuera exactamente el mismo para todos los seres humanos y aquello no fuera más que un claro ejemplo de que necesitábamos tropezar con la misma piedra una y otra vez antes de poder levantarnos de forma definitiva.

—Elle, cálmate. Todavía no tienes lo treinta, no pienses aún en los treinta y cinco.

—No, Lorie, no puedo calmarme. Sarah tiene un buen empleo, un sueldo todavía mejor y ahora, un apartamento en Manhattan. Tú también tienes un buen empleo, tu propio negocio, y solo es cuestión de tiempo que también encuentres tu propio apartamento. ¿Y yo? ¿Qué pasará conmigo?

Estaba al borde de las lágrimas. Su tono de voz se elevaba conforme sus palabras brotaban de sus labios sin cesar. Cogió aire y suspiró con fuerza, como si tratara de aminorar con ello la presión de su pecho. Se desinfló, llevó la mano hacia el plato y jugueteó con el envoltorio del sándwich.

—¿Desde cuándo sabes lo de Sarah? —preguntó entonces, cogiéndome totalmente desprevenida.

Tuve la tentación de mentir, de decirle que me había enterado esa misma mañana, pero ella lo sabría y además, no quería hacerlo.

—Me lo contó hace unos días, cuando recibió la oferta —confesé al final. Di un sorbo al refresco.

—¿Sabes? Me fastidia que no haya contado conmigo para esto.

—No seas tan dura, Elle. No debe de ser fácil estar en su lugar.

Se mantuvo en silencio durante unos instantes en el que su mueca permaneció circunspecta.

—¿Es bonito?

Sus ojos me buscaron y supe que, por un momento, deseó que le dijera que era horrible, un zulo, un nido de mierda en el que nadie podría vivir y que se estaba equivocando al aceptar. Pero, al mismo tiempo, su mirada imploraba una respuesta muy distinta a esa, una que le asegurara que Sarah estaría bien, que no le faltaría de nada y que allí tendría todo cuanto pudiera necesitar.

—Es alucinante. Tú también habrías aceptado, créeme.

Se resistió a ceder aunque mi respuesta en parte la tranquilizara.

—Da igual, Lorie. Creía que confiaba en mí, que contaba conmigo y que

también me tendría en cuenta para tomar decisiones que, al fin y al cabo, nos afectan a las tres.

—No estoy de acuerdo contigo, Elle. Y déjame decirte que creo que no estás siendo justa con ella.

Elevó la cabeza y me sostuvo la mirada. Yo también me extrañé de la seguridad que desprendían mis propias palabras, pero lo pensaba y quería que por una vez me escuchara.

—Nos guste o no, Sarah ha tomado una decisión. Si quieres, enfádate con ella, grítale y llora, haz lo que quieras. Pero piensa qué es lo que conseguirás con ello. Nada. —Tenía toda su atención puesta en mis palabras—. Sé que es una putada, Elle, y a mí también me duele, pero es lo que hay.

—Pero... —Su voz se apagó y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para volver a recuperarla—. Si Sarah se va... Nada volverá a ser lo mismo...

—¿Te crees que no lo sé? Claro que no volverá a ser lo mismo, pero es que ese momento es inevitable. Algún día una de nosotras se quedará embarazada, se casará o quizá se mude a otro estado a trabajar. ¿Y qué? ¿También deberíamos enfadarnos porque su vida siga adelante? Piensa en ti por un momento, Elle. Piensa en cómo te sentirías si tuvieras que irte a trabajar lejos de nosotras durante un tiempo y Sarah o yo nos enfadáramos contigo.

Lo hizo y su expresión fue cambiando por momentos.

—Elle... Se va a mudar a Manhattan y es una mierda, vale. Pero, al fin y al cabo, seguirá a nuestro lado. Estará tan solo a unos minutos en metro o taxi.

Continuó en silencio mientras que cada vez me costaba más pronunciar aquellas palabras que en realidad, ambas teníamos que creer, solo que esta vez me tocó a mí llevar la voz cantante y aunque la situación me asfixiara lo mismo que a ella, aunque me doliera saber que nada sería igual... me sentía bien habiendo adoptado ese nuevo e inesperado papel en el que, por primera vez, fui más Sarah y menos Lorie.

—Estoy hecha un lío, Lorie... Un jodido y maldito lío.

Alargué la mano por encima de la mesa y envolví la suya con suavidad. Estaba helada a pesar de que la temperatura en el establecimiento era agradable.

—No estás sola.

—Ya lo sé... Pero estoy aterrada. No sé qué hacer con mi vida y mientras

yo sigo así, todos seguís avanzando en vuestros respectivos caminos.

—Elle... encontraremos la solución, ¿vale?

Nuestros ojos se cruzaron y por primera vez en mucho tiempo descubrí en ellos una complicidad especial. A partir del instante en el que Sarah cruzara la puerta, Elle y yo estaríamos solas. Nos tendríamos solo la una a la otra, y a pesar del vértigo que sentí cuando Sarah me contó lo de la oferta, escucharme a mí misma repetir durante esta última hora que todo saldría bien resultó efectivo y alentador. Elle había acudido a mí y aunque mi posición solía ser la de mantenerme siempre en la retaguardia, esta vez di un paso al frente y todo mi organismo reaccionó de forma positiva.

CAPÍTULO 3

Elle.

Cuando Lorie regresó al salón volví a quedarme sola. No es que me importase, estaba acostumbrada, pero hacerlo en esas condiciones me desestabilizaba. Hacía mucho tiempo que no tenía la tarde del sábado libre y me sentía extraña por ello, como si no supiera qué hacer con esas horas. Así pues, como una autómatas, regresé a casa a paso lento, recreándome en el paseo y en mis propios pensamientos.

Lorie tenía razón. No podía enfadarme con Sarah por haber tomado esa decisión, aunque me doliera el modo en el que lo había hecho. Me había dejado llevar por el miedo que me producía que todo cambiara demasiado deprisa, mi vida principalmente. No estaba acostumbrada a la incertidumbre ni a las dudas que esta forjaba en mí.

Cuando abrí la puerta principal me di cuenta de que no había sido consciente del camino que mis pies recorrieron sino que estos lo hicieron por inercia. Abrí y me detuve unos instantes. El silencio imperaba en cada esquina, en cada rincón, como si pretendiera solidarizarse conmigo. Dejé el abrigo colgado en el respaldo de una de las sillas del salón y observé todo lo que había a mi alrededor. Quizá era la primera vez que reparaba en que nuestro apartamento era realmente amplio y espacioso. Sobre todo si nos íbamos a quedar las dos solas. ¿Qué haríamos con el dormitorio de Sarah? ¿Cómo sería despertarse sin oír sus pasos deambulando por la cocina?

Se me estrujó el estómago y sentí un nudo a la altura de la garganta. Anduve hacia mi dormitorio y me encerré en el interior. Necesitaba dejar de pensar. Encendí el ordenador y mientras este se cargaba, cogí los cascos y los conecté al iPod. La música comenzó a sonar y esta se encargó de cortar de raíz mis propios pensamientos. Cuando la pantalla principal estuvo lista, conecté el cable que siempre colgaba de la torre a mi teléfono y busqué la galería de imágenes para descargar todas las fotos que había hecho durante las últimas semanas. Cuando las tuve guardadas, volví a desconectarlo y abrí el programa de edición.

Mientras la música subyugaba atronadora a mi cerebro, subí las piernas, las crucé sobre la silla y me incliné hacia delante. La primera foto apareció en la

gran pantalla del Mac que tanto esfuerzo me había costado. Era de la noche de fin de año. Sonreí sin poder evitarlo y jugué con las luces.

Tras esa vinieron unas cuantas más que me robaron otras tantas sonrisas. La mayoría eran fotos de las tres y en casi ninguna de ellas las chicas fueron conscientes de que las estaba fotografiando. Cómo iba a echar de menos esos momentos. La sonrisa dio paso al inesperado temblor de mi labio inferior y me obligué a mantener mis sentimientos al margen, concentrándome en las siguientes fotos.

Las horas comenzaron a pasar sin que me hubiera dado cuenta de ello. Había un sinfín de imágenes y las fui retocando una por una hasta lograr darles ese toque mágico que tanto me gustaba. Era una tarea difícil porque detestaba con toda mi alma que las correcciones de imagen fueran perceptibles. Me gustaban las fotos naturales; cuanto más, mejor. Por ello, cuando las cargaba en el programa de edición mi único objetivo era solo ese: potenciar esa naturalidad, realzar rasgos, embellecerlos y destacarlos. Jamás borraba imperfecciones ni tampoco añadía elementos no originales sino todo lo contrario. Buscaba los puntos de luz que provocaban que esas imperfecciones se tornaran encantadoras y atractivas.

Los ojos empezaron a escocerme cuando llegué a la primera foto que me dejó literalmente sin oxígeno. Hasta el momento las había ido pasando al ritmo de la música, con la mente perdida y con los ojos puestos solo en la imagen. Sin embargo, aquella visión me noqueó. Era la foto de Olly, la que le saqué en el callejón mientras se fumaba un cigarro bajo el haz de luz de una farola. Tenía la cabeza alzada y el cuello tenso, en el que su nuez se marcaba prominente. Amplié la imagen y me fijé mejor en los detalles. La nube de humo pendía sobre su cabeza y por un momento deseé hallarme bajo ella. Sentí un escalofrío inquieto y una sonrisa traviesa escapó entre mis labios al recordar su contacto. Llevé el dedo hacia ellos y los acaricié, dejándome arrastrar por el estremecimiento que sus besos provocaron en todo mi organismo.

Me saqué los cascos y sin eliminar la imagen de la amplia pantalla, recosté el cuerpo hacia atrás. Era sutil y evocadora. Miré el reloj, todavía eran las cinco de la tarde y seguía sin acostumbrarme a la sensación de hallarme en casa a esas horas siendo fin de semana. Tal vez debía empezar a hacerlo. Volví a inclinarme y cogí una cajita que había en un lateral del escritorio. La abrí y en el interior encontré las últimas fotos que había llevado a revelar.

Hacía días que no pasaba por el estudio de Liam. Caí en la cuenta y volví a repetírmelo mentalmente. Hacía días, demasiados. Me saqué los cascos a toda prisa y decidí que eso era lo mejor que podía hacer esa misma tarde. Me ayudaría a distraerme, a dejar de pensar en todo lo que me venía encima, en todos los cambios y en lo infructuosa que estaba resultando ser la búsqueda de trabajo.

Me puse en pie casi de un brinco y no me molesté siquiera en apagar el ordenador. Cogí las cosas que todavía seguían en la mesa del salón y me encaminé hacia la puerta tras ponerme el abrigo y colgarme la mochila.

Necesitaba concentrarme en algo y dejar de pensar, nada más.

La suerte no estuvo de mi parte cuando, al llegar, descubrí que el estudio estaba cerrado. Sentí que me resquebrajaba por dentro, aunque pudiera sonar exagerado. Era como si todo me fallara, incluso mis propios deseos. Vale que podía acudir otro día y que nada de aquello era urgente, pero yo lo necesitaba. Necesitaba mantener mi mente en blanco. Por completo.

Bufé y con las manos escondidas en los bolsillos di la vuelta sobre mis talones. Encogí el cuello, resguardándome del frío e inicié el paso de vuelta a casa mientras mi mente iba por libre. Pensé en todo. En lo que suponía haber dejado el cine ahora que habían pasado unos días, en la imposibilidad de crecer a corto plazo en *Marshall Brothers* y en lo mucho que iba a echar de menos a Sarah cuando necesitara contarle todas estas cosas... o cualquier otra. Por suerte, Lorie seguiría conmigo, y ella también me entendía.

Sin embargo, por mucho que me doliera ver partir a Sarah en las próximas semanas, lo que realmente me abrumaba era la imposibilidad de concentrarme en mí misma, en los objetivos que quería alcanzar, en mis sueños y en mis propios deseos. Era como si me boicoteara, o como si me conformara con lo que siempre había estado haciendo, aunque eso no me permitiera sentirme realizada.

Regresé a casa y, tal y como la había dejado, volví a encontrarla en silencio. Sarah seguía perdida sin dar señales y eso me impacientaba. Necesitaba su tiempo y no podía culparla por ello, su cabeza debía de ser un maldito caos también y yo solo se lo había puesto un poco más difícil pero seguía enfadada con ella, por lo menos en parte.

Me tumbé en el sofá y saqué el móvil del bolsillo. Tenía un par de

mensajes. Abrí WhatsApp y vi que eran de Sarah y de Olly. Busqué primero el de ella.

«Hola, cielo. Llegaré tarde a casa, ¿vale? Pero quiero que sepas que no estoy enfadada contigo. Te entiendo. Y justo por eso mismo me costaba tanto contarte todo lo que estaba pasando. Eres una de las personas que más quiero en el mundo y lo que menos deseo es hacerte daño. Siento haberme equivocado, sé que podría haberlo hecho de otro modo y te pido disculpas por no haberme atrevido a contarte lo del apartamento. Pero te necesito más que nunca a mi lado. No podré hacerlo sin vosotras... Nos vemos en casa».

Se me hizo un nudo en la garganta. Sarah iba a marcharse. Esa era la jodida realidad. Sentí las lágrimas en la comisura de los ojos y me precipité a secarlas. Sabía que lo acabaría asimilando, que Lorie y yo nos acostumbraríamos a vivir sin ella, pero en ese momento dolía demasiado. Como cuando te despedías de tus padres por primera vez con la certeza de que posiblemente, ya no volverías a vivir bajo su techo. Nunca volvería a ser lo mismo.

Mientras me pasaba una mano por la mejilla y arrastraba una tímida lágrima, recordé entonces que había otro mensaje de Olly. Volví a fijarme en la pantalla y lo abrí.

«Pelirroja, no me has llamado al final. Espero que las chicas estén bien, sobre todo Sarah. Me sabe fatal que las cosas fueran de ese modo pero me alegro de haber podido estar a tu lado. En todos los sentidos. Hoy he salido pronto del cine, si necesitas cualquier cosa, ya lo sabes, aquí me tienes... Siempre. Un fuerte abrazo».

Leí de nuevo el mensaje mientras una sensación extraña se removía inquieta en mi interior. En todos los sentidos, repetí mentalmente. En todos los sentidos. Entonces, sin saber muy bien de dónde nacía esa repentina necesidad, me puse en pie, cogí mis cosas y volví a salir de casa con un solo pensamiento en la cabeza.

Olly.

CAPÍTULO 4

Lorie.

Llegué a casa agotada. Había sido un día eterno y al final la tarde se complicó más de lo previsto. Abrí la puerta y la oscuridad del salón me engulló. Lo normal era que Elle estuviera trabajando y que Sarah hubiera salido. Pero Elle ya no trabajaba y Sarah estaba demasiado nerviosa por lo que me extrañó aquel silencio. Quizá estuviera encerrada en su dormitorio. Atravesé el salón y me dirigí hacia el pasillo que conducía a las habitaciones. La puerta de Elle estaba abierta. Pulsé el interruptor y cuando la luz se encendió me fijé mejor. Había algunas fotos esparcidas sobre la mesa y decidí entrar. Siempre me habían gustado todas sus fotografías, podía pasarme horas mirándolas. Las observé por encima y descubrí que la mayoría de ellas eran nuestras. Y eran impresionantes. Ojalá se diera cuenta pronto de que eso era lo que tenía que hacer, luchar por su sueño. Vi que la pantalla del ordenador emitía un ligero destello y moví el ratón, consciente de que aquello era hurgar más de lo debido. Pero la curiosidad me podía. Quizá había estado retocando las últimas fotos. Sin embargo, cuando esta se desbloqueó, se me cortó la respiración. En blanco y negro, una imagen ampliada de Olly apareció en pantalla y por mucho que quisiera obviar mis sentimientos, las náuseas se hicieron con el control. Me dejó sin palabras, era preciosa. Olly ni siquiera sabía que estaba siendo fotografiado, como siempre solía hacer Elle. Buscaba el momento, lo capturaba y aquella foto acababa siendo impresionante. Tragué saliva con dificultades mientras mandaba señales a mi garganta para que dejara de asfixiarme. Su cuello, sus facciones, la luz sobre su rostro y la sombra en su mirada. Fruncí los labios y apoyé las manos sobre el escritorio antes de expirar con fuerza, abatida. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cuándo desaparecería ese estúpido e inoportuno sentimiento? ¿Cuándo dejaría de doler?

Volví a elevar la cabeza y mis ojos, ahora mucho más cerca de la pantalla, volvieron a perderse en la imagen. Daba igual lo que yo sintiera por él, cualquiera que viera aquella imagen acabaría jodidamente perdido en ella. Aunque yo deseara guardarla solo para mí, como si volviera a tener ocho años y me hubieran regalado la muñeca que llevaba meses pidiendo y que no

deseaba compartir con nadie.

—¿Hola? —escuché desde el salón.

Ni siquiera había oído la puerta cerrarse. No tuve tiempo ni de girarme cuando Sarah apareció.

—¿Elle? —se detuvo—. Lorie... ¿qué haces en el dormitorio de Elle?

La miré sin saber muy bien qué decir. Sus ojos se desviaron hacia la pantalla del ordenador, donde se detuvieron unos instantes antes de regresar a mi rostro, seguramente teñido de palpable culpabilidad. Para mi sorpresa, sin embargo, dio un paso y se adentró en el dormitorio mientras yo rezaba mentalmente para que no se diera cuenta del sudor frío que me recorría la espalda, la nuca y la frente. Su vista se desvió entonces hacia la pared, donde había colgadas infinidad de fotos.

—¿Crees que se dará cuenta? —dijo entonces, cogiéndome por sorpresa.

—¿De qué?

—De que tiene que dejar de perder el tiempo y centrarse en esto. —Señaló con una mano hacia la pared mientras sus ojos seguían perdidos en todas las instantáneas.

—Es lo único que espero.

Continuó deambulando por la estancia hasta llegar a la cama, donde se sentó. Tenía la mirada triste y sus facciones estaban desprovistas de su habitual jovialidad. Di la vuelta y me senté a su lado.

—Hoy ha venido a verme.

Siguió con la mirada perdida, esta vez en ningún punto en concreto.

—¿Está muy enfadada conmigo?

—No. Tan solo tiene miedo. —Sus ojos me buscaron—. Pero no puedo culparla, yo también lo tengo.

—Lorie...

—No, Sarah. No vuelvas a disculparte —corté—. No tienes por qué hacerlo. Que duela no significa que no sea lo correcto.

—Yo también tengo miedo... Pero...

—Pero quieres hacerlo —seguí por ella.

Asintió con el labio inferior tembloroso.

—Estaremos bien... las tres. Pero tendremos que acostumbrarnos —dije,

aunque me costaba creer mis propias palabras.

Justo en ese momento pasó lo único que no esperaba. Sarah se desmontó por completo, en absoluto silencio. Se dejó caer hacia un lado y la abracé con el corazón encogido.

—Lorie... he pasado tanto miedo... Podría haber acabado en el hospital y... ¡Joder! ¿Cómo se me pudo ir tanto la cabeza? ¿En qué estaba pensando? Calmantes con alcohol, Lorie... ¡Calmantes con alcohol!

Percibí su dolor mezclándose con el mío y comprendí una vez más que el infierno tenía un aspecto distinto para cada uno de nosotros.

—¿Y si lo hago de nuevo y no estáis vosotras para ayudarme? ¿Y si todo esto es un maldito error? ¿Y si vuelvo a fracasar?

Balbuceaba sobre mi hombro de forma precipitada, como si sus pensamientos fueran más rápidos que sus propias palabras. Trataba de comprenderla pero era incapaz de hacerlo. ¿Consideraba que había fracasado? ¿Precisamente ella?

—Sarah... Nada de esto es un error.

Recuperó la compostura, tan elegante como siempre y se irguió de nuevo.

—No has fracasado, tan solo vas a dar un paso.

—¿Y si me equivoco?

—Dudo que eso pase.

—¿Y si pasa? —insistió.

—Pues recoges tus cosas y regresas. Aquí siempre habrá sitio para ti.

La vi sonreír. Las cosas estaban cambiando mucho más deprisa de lo esperado y antes de que ella se hubiera marchado, parecía que yo ya empezaba a ocupar su lugar. Siempre había sido ella la que encontraba soluciones para todo, a la que solíamos pedir opinión. Sin embargo, de repente todo cambiaba y parecía ser que una parte de mí, llevaba el cambio mucho mejor de lo que quizá hubiera esperado.

Perdió la mirada en la pared repleta de fotos.

—¿Te acuerdas de esa? Fue la noche de mi cumpleaños —dijo, señalando una en concreto en la que salíamos las tres en el interior de una limusina que ni siquiera sé de dónde sacamos.

Reí al recordar la noche. La verdad es que habían sido diez años realmente

divertidos en los que habíamos hecho cualquier cosa que alguien pudiera imaginar y seguramente, mucho más.

—¿Sabes dónde está?

—No... yo también acababa de llegar.

Giré la cabeza y por inercia, esta se dirigió hacia la pantalla en la que la imagen de Olly seguía intacta. Me afané en desviarla y me topé con la suya, de nuevo analítica y perspicaz.

—¿Cenamos algo? —preguntó.

Le sostuve la mirada mientras trataba de descubrir hasta qué punto era capaz de leerme. Pero no quise arriesgarme y aunque sus ojos hablaban por ellos mismos, asentí y me puse en pie.

—¿Pedimos una pizza?

—Prefiero comida china.

Siguió mis pasos y también se puso en pie antes de acompañarme hacia la puerta. Su mano se posó sobre mi hombro y justo antes de adelantarme, me dio tiempo a ver una media sonrisa, cómplice y respetuosa.

Apagué la luz y entrecerré la puerta antes de encaminarme hacia mi dormitorio con el pulso curiosamente acelerado.

CAPÍTULO 5

Sarah.

Confesar nunca es fácil. Y menos todavía cuando sientes que con ello estás traicionando a alguien. Lo dudé unas noches atrás, cuando descubrí a Lorie mirando fijamente a Olly entre partidas y botellas de vino. No lo tenía muy claro y pensé que no eran más que imaginaciones mías. Sin embargo, aquel gesto tan sutil acababa de confirmar todas mis sospechas. Con solo ver cómo miraba la pantalla en la que había una foto de Olly —que, por cierto, me pareció impresionante— supe que estaba hasta el mismísimo tuétano por él. Era un nuevo problema que se sumaba a los que habíamos acumulado en los últimos días. Y más aún, después del reciente escarceo de los otros dos del que todavía tenía que pedir detalles a Elle. Por lo visto, el karma había decidido desquitarse con nosotras, pero hasta que ella no lo confesara abiertamente, yo no era nadie para meterme en asuntos que no me concernían. Pero si sus sentimientos eran reales e iban a más... lo único que suponía era que la cuenta atrás de una bomba de relojería acababa de ser activada.

Hice el pedido a través de una aplicación y tras confirmarlo, comencé a cambiarme de ropa. Había pasado todo el día en casa de mi padre. Esta vez los dos solos. Necesitaba su consejo y opinión. Por lo visto, estaba al corriente de la oferta que Michael me había hecho y había estado esperando a que yo misma se lo contara. Me gustó saber que me apoyaba pues, para mí, su opinión seguía siendo muy importante, sobre todo si tenía que tomar decisiones que implicaran cambios tan grandes. Fue la primera vez que compartí una copa de whisky con él y como dijo unos días atrás, no precisamente del barato. Era fuerte pero la verdad es que me supo delicioso.

Me saqué la blusa y fui a ponerme una camiseta cuando una notificación llegó a mi teléfono. Lo cogí y descubrí que era un mensaje de Edward. Me extrañé puesto que nunca me escribía en fin de semana a no ser que fuera urgente y por un momento, se me aceleró la respiración al pensar que podía haber algún problema. Uno de verdad. Abrí el mensaje y lo leí de forma precipitada.

«Buenas noches, Sarah. Les hice prometer a las chicas que no te dirían

nada... pero llevo todo el día sin saber si estás bien. Ayer estaba en la fiesta y me asusté al verte inconsciente. Tan solo quería saber si estabas bien. Sé que esto se excede de mis funciones pero estos días hemos estado hablando más y... Nada. Tan solo necesitaba saberlo. Un saludo. Edward».

Un retortijón inquieto ronroneó en mi interior. ¿Qué quería decir con eso de que él también estaba en la fiesta? Por el amor de Dios, Edward no podía haberme visto así.

Salí sin haberme llegado a poner la camiseta y me planté en medio del salón en ropa interior y con el rostro desencajado. Lorie ya estaba sentada en el sofá.

—¿Edward estuvo aquí? —inquirí en un tono más agudo de lo normal.

Se giró hacia mí, me recorrió con la mirada, seguramente haciéndose algunas preguntas, y al final respondió.

—Sí. Por lo visto es amigo de Adam.

—Oh... ¡joder! ¡Lo que me faltaba!

Deambulé por el amplio salón mientras daba vueltas a todas las posibilidades. ¿Qué era lo que habría visto?

—Demonios, Lorie. ¡Soy su jefa! ¿Sabes en qué lugar me deja esto?

—En el de una persona normal —respondió sarcástica.

—Mierda...

La miré avergonzada y sin poder dar crédito.

—Piénsalo de otro modo —siguió, esperando a encontrarse con mi mirada—. Tal vez ahora te respete incluso un poco más.

La miré sin poder creer lo que acababa de decir y al final, tras unos instantes, las dos estallamos en una sonora carcajada, necesaria y revitalizante. Le tiré un cojín que cogí del sofá y ella lo esquivó con agilidad; seguía en forma.

—Se te fue la olla, Sarah... pero por suerte no fue a más. No te martirices por ello, no servirá de nada.

—¿Y ahora qué le digo?

—¿Cómo?

—Me ha escrito.

—Pobrecillo... Lo tienes loco. ¿Es que no te da vergüenza? ¡Es un crío! —

preguntó, con una sonrisa asomando en la comisura de sus labios.

—¿Hablamos de vergüenza? —espeté, antes de darme cuenta de haberlo hecho.

Sus ojos se abrieron más de la cuenta mientras estudiaban mi rostro hasta traspasarlo, como si pretendiera descubrir mis pensamientos a través de mi propia piel.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —respondí—. Solo que no eres precisamente el mejor ejemplo para hablar de situaciones vergonzosas.

—¿Y lo dices tú, que sigues en ropa interior?

Bajé la mirada y como si me hubiera olvidado, reparé en que tenía razón. A toda prisa me dirigí hacia el dormitorio y justo cuando iba a cerrar la puerta, escuché su voz.

—¡Asegúrate de ponerle el chupete antes de acostarte con él!

—¡Zorra! —grité sin poder reprimir una sonrisa.

Me hice con una camiseta limpia, una sudadera y unas mallas oscuras. Por encima de estas me puse unos calcetines forrados que usaba para ir por casa y después de recogerme el pelo, cogí el teléfono y tecleé un mensaje para Edward, tratando de sonar lo más natural posible.

«Hola, Edward. Siento que tuvieras que presenciar tan lamentable espectáculo. Tan solo me sentó mal la cena. Pero estoy bien, gracias por preocuparte. Nos vemos el lunes. Descansa que nos espera una semana dura. Un saludo».

CAPÍTULO 6

Elle.

Una chica delgada, de media melena y rostro redondeado me abrió la puerta. Durante unos segundos dudé, quizá me había equivocado de número hasta que al fin, la reconocí. Era Cintia, la novia de Theo, el compañero de Olly.

—¡Danielle! Cuánto tiempo sin verte. —Sonreí de medio lado, impaciente —. Olly está en el sótano.

—¿Cómo?

—Está trabajando... ya sabes, en sus cosas.

Hizo un gesto lacónico con las manos y me sentí la peor amiga del mundo al darme cuenta de que me resultaba imposible adivinar cuáles eran esas cosas.

—Espera un momento, te daré la llave.

—¿Está encerrado con llave? —pregunté, extrañada.

—Lo hace cuando no quiere que le molesten. Se pone la música fuerte y no suele darse cuenta de que alguien ha entrado.

La cogí y atendí a sus instrucciones. Eran pocas las ocasiones en las que había pisado su apartamento pero jamás había estado en ese misterioso sótano. Bajé las escaleras del edificio, abrí la portezuela metálica y descendí unos escalones más hasta llegar a una puerta ajada en la que había colgado un cartel de no molestar. Introduje la llave en la cerradura y por un momento me detuve. ¿Qué era lo que Olly debía de hacer ahí abajo? Me di cuenta entonces de que en realidad, no nos conocíamos tanto. Por lo menos, en lo que a él se refería. En mi caso, quedó más que demostrado que no era más que un libro abierto para él.

Sentí un cosquilleo nervioso cuando hice girar la llave e imaginé miles de situaciones en las que Olly tenía muy poco que ver con el tipo con el que había compartido diez años de mi vida. Le imaginé destilando alcohol de forma ilegal, cultivando marihuana o quizás, tocando con algún grupo de música. Lo que jamás imaginé era lo que encontré al empujar la puerta.

Todo estaba en absoluto silencio. Era un lugar amplio y diáfano. Di un

paso más y cerré la puerta sin hacer ningún ruido. A un lado descubrí unos focos profesionales, como los que se usan en los estudios fotográficos. Había un sofá y un par de sillas también. Giré la cabeza en la otra dirección. Una gran mesa con aparatos electrónicos de edición de imagen que debían de costar un dineral ocupaban un par de mesas. Seguí andando. El espacio era de planta cuadrada y el acceso por el que yo había salido quedaba justo en medio, como el agujero de una rosquilla. Seguí recorriendo el espacio y entonces, le vi.

Permanecí inmóvil durante algunos instantes. Ni siquiera sabría decir cuántos. Olly estaba sentado de espaldas a mí con unos auriculares voluminosos puestos. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante y el mentón apoyado sobre las manos, entrelazadas. Observaba con toda su atención una pantalla que quedaba frente a él. La tela de la camisa se le tensaba en la espalda, dejando que sus músculos se intuyeran debajo. Di un paso al lado hasta que pude contemplar su perfil sin ser descubierta. Estaba demasiado concentrado para reparar en mi presencia. ¿De qué iba todo aquello? ¿Qué hacía a esas horas ahí abajo? Le observé mejor. Su expresión era... indescriptible. Toda su atención estaba puesta en la pantalla. Ajeno al mundo, observaba a distintas personas que, en blanco y negro, aparecían en escena. Estaban diciendo algo pero yo no escuchaba nada. Saqué el teléfono móvil, encendí la cámara y le enfoqué. La iluminación era buena para crear un buen contraste y no necesité demasiado tiempo para conseguir lo que quería. Miré la pantalla, satisfecha, antes de volver a guardarlo. Entonces, cuando la curiosidad fue mucho más potente que mi propia imaginación, me acerqué a él.

Su fragancia llegó a mí cuando apenas nos separaban un par de pasos. Me coloqué a su espalda y aspiré, empapándome de él, antes de sonreír sin poder evitarlo. Estaba a salvo. Como siempre. Cerré los ojos y me dejé llevar por aquella sensación tan especial. A continuación, los abrí de nuevo y me concentré en la pantalla también. En ella iban apareciendo distintas personas y lo único que hacían era mirarse a los ojos durante segundos, sin decir nada más. Conforme el tiempo pasaba, pude ver cómo sus expresiones iban cambiando. Todos comenzaron a sonreír hasta que alguno de ellos se atrevió a dar un paso más. Primero fue una caricia y luego un beso inesperado. Pero ninguno de ellos se echó atrás. Me incliné hacia delante y me apoyé sobre sus hombros. Se sobresaltó al percibir mi presencia pero no se movió. Crucé mis brazos por delante de su cuello y le besé en la mejilla. Vi la sonrisa en la

comisura de sus labios, muy cerca de mí, pero no giró el rostro. Con una mano se sacó los cascos y nuestras mejillas quedaron ahora pegadas, mientras los dos seguíamos contemplando la pantalla hasta que esta se tornó oscura por completo. En ese momento, bajó ligeramente la barbilla y me dio un breve beso en la zona del antebrazo.

—¿Qué haces aquí?

Respiré hondo.

—Necesitaba un poco de aire.

Me separé de él y volví a fijarme en la estancia. Era como un pequeño apartamento. Incluso había una cama en un lateral.

—¿Qué es este lugar?

Le vi ponerse en pie. Se giró y se recompuso la camisa. Tenía el pelo revuelto y su rostro lucía ojeroso. Él también estaba agotado.

—Podría decir que es mi pequeño refugio.

—¿Es tuyo?

—Algo así.

—¿Y qué haces aquí?

No le di tiempo a responder y comencé a deambular por la estancia. Se puso las manos en los bolsillos y en completo silencio comenzó a seguirme, atento a todos mis movimientos. Pasé por delante de la cama pero no encontré ningún indicio de presencia femenina en ella. Tampoco masculina. Como si no durmiera ahí habitualmente. Seguí andando y regresé a la zona en la que había visto los focos y el sofá. Estaba dando una vuelta en redondo. Llegué de nuevo a la mesa repleta de aparatos y esta vez me acerqué a ellos, muerta de curiosidad. En un rincón vi que también había algunos documentos que no me atreví a tocar, pero me dio tiempo a distinguir sobre ellos algunos garabatos y la inconfundible letra de Olly. Me giré atrás y le vi a unos pasos de distancia, con las manos en los bolsillos y la vista fija en mí.

—¿Qué es esto, Olly?

Me observó con los ojos entrecerrados antes de que sus labios se curvaran muy lentamente.

—¿De veras no te acuerdas?

Pensé en ello, pero lo cierto es que estaba harta del dichoso jueguito de las adivinanzas. Había quedado más que claro que no tenía ni idea y que

siguiera insistiendo no hacía más que multiplicar el enojo que sentía conmigo misma.

—Lo siento, ¿vale? Es posible que me lo contaras, pero no soy capaz de recordarlo y lo siento mucho. —Hice una breve pausa—. ¿Me lo vas a contar ahora?

Se mantuvo en silencio unos instantes más de la cuenta en los que no dejó de mirarme ni un solo momento.

—Podría refrescarte la memoria —dijo al fin, cuando creí que ya no iba a soportar más la presión.

—Te lo agradecería.

Hizo un ligero gesto con la cabeza. No supe si asentía o si fue un simple movimiento. Sus ojos seguían puestos en mí y entonces, me di cuenta de que, a pesar de lo sucedido entre nosotros la noche anterior, ni siquiera me había planteado algo tan sencillo como lo podía ser un saludo. Quizás en otro momento o en otras circunstancias de la vida, me habría preguntado cómo debía saludarle ahora, o qué significaron todos los besos de la noche anterior. Sin embargo, ni siquiera llegué a hacerlo cuando me encontré a su lado, y ahora que le tenía delante me parecía irrelevante.

—Ven. Te lo enseñaré.

Giró sobre sus talones, inició el paso y le seguí rápidamente.

—Puedes dejar las cosas ahí —dijo, señalando hacia una silla que había a la derecha, sin girarse siquiera en mi dirección.

Anduvo hasta el sofá y encendió los dos focos. De pronto, la escena adquirió un matiz de plató que me resultó cuanto menos, curiosa. Pulsó un mando a distancia que no supe muy bien qué activaba y se acomodó de lado en el sofá antes de girar la cabeza en mi dirección y contemplarme fijamente.

—Siéntate conmigo —me ordenó con dulzura.

Sin saber muy bien por qué, comencé a sentirme nerviosa, como la noche antes de Navidad.

—No muerdo, ¿eh? —insistió ante mi pasividad. Esta vez con una visible sonrisa.

Di un paso y me aproximé hacia él hasta acomodarme en el sofá, también de lado, quedando así frente a él.

—Dicen que puedes enamorarte de una persona en apenas unos

segundos... Con una sola mirada —comenzó, sin darme tiempo siquiera para imaginar qué íbamos a hacer a continuación.

—¿Pretendes seducirme? —inquirí en tono jocoso.

—En absoluto.

Su voz rasgada sonó como un ronroneo, mucho más eficaz que cualquier otra orden. No volví a meterme con él.

—Como te decía, dicen que puedes enamorarte de una persona en apenas unos segundos, con una mirada. Sin embargo, yo no lo creo. Creo que puedes convertirte en su cómplice, en su confidente y que esta puede abrirte su corazón. A veces sin necesidad de pronunciar palabra alguna. Pero eso no significa estar enamorado.

Le contemplaba embelesada, atenta a todas y cada una de sus palabras que ahora danzaban hasta llegar a mis oídos.

—Te propongo una cosa —continuó—. Tienes que aguantarme la mirada. Pase lo que pase, diga lo que diga o lo que sea que tú me cuentes. Pero no podemos perder en ningún momento el contacto visual. ¿Aceptas?

Hice que sí con la cabeza.

—Está bien.

Pero no dijo nada más. Sus ojos buscaron a los míos y se acomodaron en ellos, como si estos se hubieran convertido en la más confortable de las camas, solo que nuestros cuerpos se hallaban a medio metro de distancia. Tenía unos ojos bonitos el muy canalla. Además, bajo la luz de los focos, estos todavía brillaban más. En ellos descubrí unas pequeñas motitas en las que no creía haber reparado hasta ahora, aunque lo más probable es que sí que lo hubiera hecho y que en este momento tan solo me hubieran llamado más la atención.

Jugueteó con los labios, como si se aguantara la risa y su gesto se me contagió, solo que yo sí que me permití dejarlo salir. Sonreí abiertamente sin dejar de mirarle. Cuanto más me concentraba en sus ojos menos lo hacía en mí, en mis miedos y en todas las preocupaciones que me habían llevado hasta ese sótano en busca de algún tipo de consuelo. A pesar de las prominentes ojeras que oscurecían el contorno de sus ojos, en ellos, las arruguitas permanecían intactas. Pensé en ellas y en cómo se habían ido haciendo hueco con el paso de los años, y me gustó pensar que en parte, yo había sido testigo y tal vez causante de las mismas gracias a las cientos de carcajadas

compartidas y a las anécdotas que quedarían anotadas para siempre en nuestros recuerdos.

—Pensaba que no te gustaba que te mirara así —dije entonces.

—No lo estás haciendo del mismo modo —rebatí meloso.

—¿Ah, no?

—Nop. —Volvió a sonreír, esta vez de forma más evidente. Sentí una descarga en la espalda—. Hoy no me estás desnudando.

—¡No te estaba desnudando! —exclamé, falsamente indignada.

—Hay muchas formas de desnudar a una persona, Elle. Parece mentira que no lo sepas.

Aparté la mirada y su respuesta fue rapidísima.

—A los ojos, Elle. Mírame a los ojos.

Lo hice y sentí que mis mejillas respondían por mí, incendiándose de calor. Era una sensación agradable a la par que extraña.

—Como te decía —prosiguió—, hay muchas formas de desnudar a una persona.

—Sea cual sea aquella en la que estés pensando, te aseguro que no es cierta. No te estaba desnudando.

Su lengua recorrió su dentadura antes de seguir. Apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá y la cabeza en su mano, sin perder en ningún momento mis ojos de vista.

Volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Estás bien? —dijo entonces, cambiando de tema de forma demasiado abrupta incluso para tratarse de él.

Pensé durante unos instantes antes de responder.

—Supongo que sí.

—¿Y ellas?

—Ellas sí.

—¿Quieres hablar de lo que te preocupa? —siguió, con la misma delicadeza.

—La verdad es que no.

—Entonces no lo haremos.

Volvimos a quedarnos en silencio, sin dejar de mirarnos.

—Apenas has dormido —dije, cuando la presión comenzó a notarse en mi pecho.

—Tú tampoco.

—Ya lo sé.

De nuevo, el silencio. Desvié la mirada durante unos instantes pero percibí su rápido movimiento y antes de darle tiempo a despegar los labios, volví a centrarme en sus ojos, lo cual, le robó una sonrisa.

—¿Qué estamos haciendo, Olly? —pregunté, inquieta.

—En realidad, nada.

—¿Nada?

—En absoluto.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? —dijo, siguiendo con aquel jueguecito.

—¡Que de qué va esto!

—De que recuerdes algo importante.

Empecé a sentirme más frustrada de la cuenta. Me sentía espesa y aunque trataba de recordar, no lo lograba. Iba a desistir, aquel estúpido juego empezaba a cansarme y justo cuando estaba decidida a ponerme en pie, él lo impidió.

—Volvamos a empezar.

Sentí el cortocircuito en el interior de mi cabeza.

—¿Qué? No, Olly, estoy cansada de este juego.

—Por eso mismo, juguemos a otro.

—No quiero jugar más.

—Entonces no juguemos, tomémoslo en serio.

—¿El qué?

—Tú hazme caso.

—No veo por qué debería hacerlo. —Mi reticencia comenzaba a ser más evidente de la cuenta.

—Confía en mí.

Inspiré hondo y conté mentalmente hasta diez. Me llevé las manos hacia la

melena y comencé a jugar con algunos mechones para luego trenzarla mientras que de nuevo, volvía a contar hasta diez. Al elevar la mirada, di de bruces con sus ojos.

—Está bien —dije al fin, sin que mis dedos dejaran de trenzar el pelo.

CAPÍTULO 7

Elle.

—Una vez más, sin dejar de mirarnos a los ojos, iremos diciendo una cosa que nos guste o que sepamos del otro. —Enarqué una ceja—. ¿Qué?

—Que no entiendo para qué servirá eso.

—¿No puedes simplemente dejarte llevar?

Tensé los labios y volví a inspirar fuerte.

—¿Te da vergüenza no estar a la altura?

—¡¿A la altura de qué?!

Rio sin cortarse un pelo. Su cuello se tensó y la comisura de sus labios se curvó hasta lograr que mis ojos no pudieran apartarse de ellos.

—Ya sé lo que te pasa... Tienes miedo de no conocerme lo suficiente como para poder seguirme el juego.

—No es cierto.

—¿Entonces? —tentó. Se inclinó unos centímetros hacia mí, quedando nuestros rostros ahora un poquito más cerca—. Soy tu amigo, Elle. Hemos hecho juntos cosas mucho peores que hablar de nuestras virtudes.

—Está bien —acepté.

—Muy bien. Acércate un poco.

—No quiero.

Ladeó la cabeza y su expresión se aniñó. Al final obedecí y me arrastré unos centímetros en su dirección, quedando de nuevo en la misma posición que antes.

—Empieza.

—Empieza tú.

La velocidad de mi respuesta le robó una nueva e inesperada sonrisa. Estaba más peleona de la cuenta a pesar de que se me había olvidado la repentina frustración de hacía tan solo unos minutos y empezaba a divertirme con aquel juego.

—Está bien. —Se detuvo un instante en el que el silencio nos envolvió y volvió a concentrarse en mis ojos—. Me gusta cuando empiezas a sentirte nerviosa y te trenzas el pelo para evitar perder los estribos antes de tiempo.

Vale. Bien. Podía jugar a ese juego.

—Te toca.

Me quedé en blanco. Sin embargo, no dijo nada y esperó paciente hasta que al final, su expresión fue cambiando para dejar a la vista una mueca divertida.

—¿En serio no puedes decir una sola cosa que te guste de mí? Tendré que empezar a cuestionarme nuestra amistad.

Me pasé la lengua por los labios, los humedecí y acto seguido, los prensé mientras buscaba una respuesta a su abierta provocación.

—Me gustaba tu forma de hacer que la jornada fuera más llevadera en el cine.

No respondió pero su sonrisa lo hizo por él. Punto para mí.

—Tienes una bonita forma de observar el mundo que te rodea.

—No pensabas lo mismo la otra noche —rebatí deprisa.

—He dicho el mundo que te rodea, no a los que vivimos en él.

—Pues yo no veo la diferencia.

—Pues para mí es muy evidente.

Su mirada me penetró y mi estómago se encogió. No quise seguir con ello antes de que su respuesta complicara las cosas.

—Siempre te fijas en todos los detalles —dije entonces—, incluso en los que pasan desapercibidos para los demás.

Lo dije con toda la sinceridad de mi corazón. Yo era un verdadero desastre, podía olvidarme de comer incluso si estaba distraída con otra cosa y apenas recordaba las cosas más importantes. Por eso me dolía no ser capaz de recordar la conversación en la que él me contó a qué se dedicaba durante las horas que no pasaba en el cine. Entre otros muchos detalles que me dolía haber olvidado también.

—A veces siento cierta envidia de la relación que habéis construido las tres.

—¿Eso es algo bueno? Tienes a Theo... y también a tus amigos de la

universidad.

La universidad. ¡Claro! Olly había estudiado psicología, a pesar de no haber ejercido nunca. No se veía en un despacho encerrado. Siempre lo había dicho. Pero sabía cuánto le apasionaba el estudio del ser humano, de la comunicación no verbal. Habíamos mantenido conversaciones realmente interesantes al respecto. En ese instante, me di cuenta de que había roto las reglas del juego al desviar la mirada, pero no me llamó la atención. Volví a buscar sus ojos y el rictus de su rostro, sereno y sonriente, me sorprendió.

—¿Alguien empieza a recordar?

Me ruboricé sin poder evitarlo y volví a concentrarme en el juego.

—Me gustan tus camisas.

Ni siquiera sé por qué lo dije pero necesitaba rebajar la tensión que se había alojado en mi estómago. Me daba igual su respuesta, tan solo necesitaba ganar un poco de tiempo. El recuerdo estaba ahí, al acecho. Estaba segura. Traté de mantenerle la mirada mientras desviaba la mente. Olly siempre estaba leyendo libros sobre comunicación no verbal, sobre la importancia de los gestos y sobre la actuación de los seres humanos cuando están en sociedad.

—Pues a mí me gusta el color rojizo de tu pelo.

—A mí también —respondí. Solté una tímida carcajada.

—¿Sabes? Me encanta la forma en la que sabes leer a las personas... ¿Cómo dijiste? —Pensé en la noche en la que fuimos a tomar algo al salir del cine—. Ah, sí. Sabes leerme incluso cuando callo. Eso dijiste.

—*Touché*. No tienes secretos para mí.

—Eso es lo que tú crees.

¿Estábamos coqueteando? Mi estómago se rebeló y sentí las pisadas de un ejército tomando posiciones. Se inclinó de forma casi imperceptible. Mi vello reaccionó al instante a pesar de que la tela de la ropa me permitió esconder aquella reacción. Me pasé una mano por el brazo para volver a alisar la piel.

—Resulta realmente pretenciosa esa afirmación —proseguí.

—No será la primera vez que te demuestro que es totalmente cierta.

—Pues yo creo recordar que el otro día descubriste algo que no sabías de mí.

Le observé mientras trataba de descubrir a qué se refería. Pero no le llevé

más de un par de segundos.

—¿Es cierto que te casaste en *Atlantic City*? —dijo entonces, y esta vez su voz adquirió un cariz distinto.

—Por lo visto... no lo sabes todo sobre mí —respondí resuelta, dándome aires. Erguí el cuello y sonreí satisfecha. Podía parecer una tontería, pero aquel detalle confirmaba que quizá no lo sabía todo lo cual, al mismo tiempo servía para exculpar mi olvido que ahora, pesaba un poco menos.

—Cuéntamelo...

¿Estaba suplicando o solo me lo había parecido? Me concentré de nuevo en sus ojos mientras trataba de recordar en qué momento nuestros rostros se habían acercado tanto.

—No.

Esta vez el silencio se tornó pesado, pero no en el mal sentido. Lo sentía a mi alrededor como si se cerniera sobre nosotros; como si quisiera colarse en mi interior y ganar espacio en él mientras sacaba cosas de dentro que, en su opinión, debían molestar. Volví a centrarme en su mirada y sentí todavía más presión, como si necesitara seguir confesando lo que hiciera falta para que no dejara de mirarme de ese modo. No quería cuestionarme por qué de repente me gustaba esa mirada ni por qué sentía esos exagerados deseos por mantenerla, pero lo cierto es que quería seguir con toda esa pantomima. Fui a decir algo cuando entonces, recordé que era su turno, así que me mantuve en silencio y me concentré en la fuerza de sus ojos, que no se apartaban de los míos ni un solo segundo.

—Pagaría una verdadera fortuna por poder contemplar a las personas como lo haces tú a través del objetivo de tu cámara.

Traté de entender qué era lo que había querido decir con semejante afirmación mientras me deshacía por dentro. El hielo se rompía y la cascada recuperaba fuerza, generando un buen estruendo a su paso. Sin saber por qué, sin poder entenderlo, llevé la mano muy lentamente hacia su rostro, como si esta estuviera siendo arrastrada por un fuerte imán. Sentí el contorno de su mandíbula bajo la yema de mis dedos y toda la piel hormigueó ante el contacto. Tragué saliva y contuve la respiración mientras mi mente hacía esfuerzos por comprender qué estaba pasando. ¿Desde cuándo nos mirábamos de ese modo? ¿Desde cuándo su contacto emocionaba mi piel? Acaricié su mejilla con el dedo corazón, siguiendo el contorno de la

mandíbula. Me detuve mientras su calidez se esparcía por mi brazo. Apretó la mandíbula y pude percibirlo bajo mi mano. Su expresión mudó y esta vez desapareció la diversión de ella. Me observaba circunspecto, a la espera de algo que yo desconocía. Percibí el lento movimiento de su nuez en mi mano también y me encogí por dentro. Mi mente dejó de obedecer. Ya no recordaba cuánto deseaba descubrir a qué se dedicaba ni tampoco por qué estaba ahí. Todos los sentimientos que me habían arrastrado hasta ese sótano habían desaparecido, o por lo menos, habían dejado de doler. En ese momento solo quedábamos los dos. Algo que jamás había sentido a su lado. ¿De qué iba todo esto?

Nuestros rostros se hallaban demasiado cerca como para que su aliento acariciara al mío en un suspiro en el que los dos se entremezclaron. Había perdido la capacidad de hablar con solo una mirada. De hablar, de razonar y de sentir. No me reconocía mientras sus ojos seguían esclavizando a los míos. La presión de mi interior crecía y pugnaba por salir, explotar y liberarme de una vez. Era otra. Era otra mujer metida en mi propia piel. Otra mujer que deseaba seguir sintiendo su piel erizada mientras los ojos que tenía delante prometían un peligro de los que no hacen daño... o de los que si lo hacen, sabes que no te arrepentirás después.

Entonces, cuando creí que no iba a poder soportarlo más, hice lo único que no tenía previsto hacer. Salvé los pocos centímetros de distancia que nos separaban y hundí mis labios en los suyos con urgencia, como si necesitaran respirar y él fuera la única fuente de oxígeno. No me importaban las consecuencias, ni siquiera las barreras que estaba traspasando, tan solo podía pensar en el bombeo de mi pecho y en las pulsaciones atoradas en mi garganta. Estaba desatada, ávida de una caricia que lograra disminuir el descarriado latido de mi corazón.

Pero no me lo puso fácil. Jodidos juegos mentales, qué poderosos llegaban a ser.

Sus manos se posaron en mi espalda y me arrastraron hacia él con fuerza. Me dejé llevar y me coloqué a horcajadas sobre él, mientras sus labios me arrastraban a un mundo desconocido al que, por cierto, no temía en absoluto. Me mordió el labio inferior mientras un gemido escapaba de su garganta, volviéndome completamente loca. Sentí la humedad entre mis piernas, justo donde ahora su excitación torturaba a la mía. Jadeaba, como si me faltara el aire y al mismo tiempo, no me importaba tener que preocuparme de seguir

respirando. Seguimos besándonos mientras sus manos recorrían mi espalda. La contornearon y ascendieron hasta mi cuello, donde se posaron, una a cada lado, como si pretendiera que no volviera a separarme. Sus besos se detuvieron y un gemido escapó de los míos, sedientos de más.

—Pídeme que siga —resolló en un murmullo mientras sus labios acariciaban los míos y su aliento se colaba en el interior de mi boca—. Dame una razón para convencerme de que no la estamos cagando.

—Olly...

—Te dije que respondería por ti siempre que me lo pidieras o lo necesitaras. Dame una razón para seguir con esto —ordenó esta vez con autoridad, justo antes de besarme de nuevo. Mi sangre alcanzó el punto exacto de efervescencia y mi cerebro decidió ir por libre. Hubiera obedecido cualquier orden que me hubiera dado en ese momento, mientras trataba de desprender de mi cabeza la estúpida idea de que todo eso no era más que una maldita locura.

—Sigue.

Como si se tratara de una ley de preceptivo cumplimiento, obedeció al momento. Sus labios volvieron a apresar a los míos y sus manos bajaron hasta mis costillas. Esta vez nos besamos con desenfreno y descontrol hasta que los besos casi se tornaron agresivos y posesivos. Su mano se posó en mi columna, entre los omóplatos, y sus labios comenzaron a descender por mi cuello mientras me inclinaba hacia atrás y él sostenía mi peso con una sola mano. Sentí el cosquilleo de su barba en mi pecho y me estremecí por completo en un escalofrío que sacudió todo mi cuerpo. Con la mano que le quedaba libre, sostuvo la camiseta mientras sus labios jugueteaban por mi piel. Su barba acarició la tela de mi sujetador, sin llegar a apartarlo, y vibré con la sensación de tenerle tan cerca de un modo tan íntimo. Aquello era nuevo para mí. Tal vez él también lo notó porque sus besos, sin detenerse, comenzaron a deshacer el camino recorrido hasta regresar de nuevo a mis labios, que les esperaban casi con desesperación.

—Pelirroja... —murmuró mientras nuestros dientes repiqueteaban con torpeza.

Esta vez jugué yo. Le mordí en la parte baja de la mandíbula y seguí atormentando la zona mientras su barba me hacía cosquillas en la mejilla. Llegué a su oído y me dediqué a jugar con el lóbulo de su oreja mientras sus

manos lo hacían con mi cuerpo, a la altura de mis costillas.

—Elle... —suplicó, con voz rota y queda.

No hacía ni veinticuatro horas que algo parecido había sucedido entre nosotros y ahora todo parecía haberse disparado. ¿Qué nos estaba pasando? ¿Por qué de pronto nuestros cuerpos sentían semejante atracción? Mientras seguía embriagada por el aroma de su piel, ahora impregnado en la mía, recordé entonces sus palabras. No iba a haber nada de sexo entre nosotros. Y en ese momento eso era lo único que mi cuerpo pedía a gritos desesperados. Regresé a sus labios y abrí los ojos para darme de frente con los suyos. Era como observar una maldita lámpara de los deseos cuando lo único que querías era pedirle que te llevara al cielo y te permitiera regresar después sin remordimientos.

Como si los dos hubiéramos pensado exactamente lo mismo, la intensidad de los besos comenzó a disminuir hasta reducirse a la mínima expresión. Nos quedamos unidos sin movernos ni un solo centímetro. Tragó en completo silencio mientras mi respiración hacía esfuerzos por recuperar el ritmo habitual y seguimos mirándonos hasta que nuestras emociones empezaron a recuperar el control y la sensatez. La tensión aminoró y sentí el burbujeo en mi estómago. Este comenzó a ascender por mi garganta y al final, se convirtió en una carcajada lenta y paulatina. Primero silenciosa y luego liberadora. Él se dejó llevar y se dejó caer hacia atrás hasta quedar recostado en el sofá, todavía conmigo encima.

Volví a buscarle, sin poder borrar la expresión de mi rostro y me tranquilicé al ver que ambos sentíamos exactamente lo mismo.

—¿A qué narices ha venido todo esto? —pregunté, incapaz de encontrar una explicación.

Frunció los labios y subió los hombros para después bajarlos, con las manos todavía aferradas a mis muñecas, a cada lado de mi cuerpo.

—¿A esto es a lo que te dedicas aquí abajo? —dije, sin poder eliminar la excitación real que todavía desprendía mi voz.

—Te aseguro que no.

—Olly...

—Mejor no digas nada —dijo, con un gesto de comprensión en el rostro que yo tanto necesitaba.

Hice que sí con la cabeza y con un movimiento ágil, me puse en pie y

comencé a recomponerme la ropa y el pelo. Él permaneció sentado durante unos instantes más, en los que no perdió de vista ni uno de mis movimientos. Al final, se incorporó ligeramente, se pasó ambas manos por el pelo mientras cogía aire y también se puso en pie.

Casi podía masticar la tensión que se creó entre nosotros. Me fijé en que se le habían desabrochado un par de botones de la camisa y eso me sirvió para desviar por un momento la atención. Jamás solía mostrarse tan... natural, despreocupado quizá. Y me gustó. Llevé mis manos hacia la zona y cogí la tela con una mirada acusadora que pilló a la primera. Agradecí no ser la única para la que todo aquello escapaba de su control.

—Será mejor que vuelva a casa... Se ha hecho tarde.

Se pasó una mano por la nuca, con la otra apoyada en la cintura y asintió. Los estragos de lo sucedido todavía eran demasiado potentes como para hacer que me tambaleara ligeramente. Inicié el paso hacia la puerta y de camino cogí mis cosas, que seguían sobre la silla en la que las había dejado. Cuando llegué a la puerta, con él a mis espaldas, esta vez sí que dudé. ¿Cómo debíamos despedirnos? ¿Un abrazo? ¿Un gesto con la mano? ¿Debía volver a besarle? Pero mientras mi cabeza trabajaba a toda velocidad, él fue más rápido y lo solucionó. Se agachó, llevó su rostro hacia el mío y me besó en la mejilla de forma cálida y suave, aunque más lenta y prolongada de lo habitual.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No... —negué veloz—. No te preocupes. Me irá bien despejarme.

Sonrió culpable y travieso al mismo tiempo y me abrió la puerta. Le devolví las llaves que me había dado Cintia y me escabullí por las escaleras a toda prisa mientras me negaba a escuchar las confusas acusaciones de mi cerebro.

CAPÍTULO 8

Sarah.

La película terminó hacía ya un buen rato y Lorie y yo nos dedicamos a ver actuaciones pasadas de *America's Got Talent* mientras nos reíamos de algunos de los participantes de los castings.

—Menos mal que no me dio por presentarme nunca. No hubiera soportado el ridículo de verme después en la tele —dije, mientras metía la mano en el bol de palomitas, el segundo de la noche.

—Pues a mí me hubiera gustado verte ahí.

—No mientas, a ti te hubiera gustado ver de cerca a Simon Cowell.

—Joder, ¡pues claro que me hubiera gustado!

—Te saca unos veinte años —proseguí antes de llevarme un par de palomitas a la boca.

—¿Y qué problema hay? Tú le sacas seis a Edward y míralo... muertito por tus huesos lo tienes. Pero mira que tienes poca vergüenza.

Me giré hacia ella y no pude evitar estallar a reír al ver la mueca jocosa de su rostro. Me gustó verla relajada de nuevo. La Lorie sin filtros era realmente divertida.

Escuchamos la puerta y las dos giramos la cabeza en dirección al recibidor. Pasaba la medianoche cuando Elle apareció en el salón con la expresión más culpable que hubiera visto en su cara a lo largo de los últimos meses. Sentí un vuelco en el estómago al verla de nuevo. Había pasado un día triste y le había pedido disculpas por teléfono pero, tenerla tan cerca hizo que todo en mi interior se removiera de nuevo. Sin embargo, cuando nuestras miradas se encontraron y sencillamente sonrió, respiré aliviada. No estaba enfadada conmigo.

La vimos dejar las cosas sobre las sillas del salón y me di cuenta de que sus movimientos eran distintos, como flotantes... Volví a mirar el reloj y una vez más, la miré a ella. La madre que la parió.

—Tú te has tirado a alguien —la acusé sin darle tiempo a reaccionar.

Lorie se inclinó hacia adelante para observarla mejor y las dos esperamos

una respuesta que era demasiado evidente.

Elle dio media vuelta, se quedó frente a nosotras y la culpabilidad de su rostro no hizo más que pronunciarse de forma más notoria. Estallé en una sonora carcajada y Lorie, todavía alucinada, arremetió contra ella sin piedad.

—Lo llevas escrito en la cara.

—No es cierto —trató de defenderse sin éxito.

—Hueles a sexo desde aquí —seguí, no dispuesta a darle una tregua—. Ya estás contando los detalles.

—¡Que no me lo he montado con nadie! ¿Queréis dejar de imaginaros cosas? Además —siguió, acercándose hacia nosotras justo antes de dejarse caer en uno de los sillones—, ¿cómo vas a saber tú a qué huele el sexo? Dudo que recuerdes la última vez que te lo montaste con un tío.

Lorie aplaudió como una loca y yo me quedé sin argumentos con los que rebatir su respuesta. Tenía razón. Pero no estaba dispuesta a dejarle ganar.

—Pues el chupetón de tu cuello no dice precisamente lo mismo.

Se levantó de un brinco tan fuerte que creí que incluso iba a perder el equilibrio antes de caer. Corrió hacia el espejo que había sobre uno de los muebles del salón y se miró el cuello con atención hasta comprobar que era mentira y que obviamente, ella sola se había delatado.

—¡Zorra!

Lorie y yo estallamos en carcajadas mientras que su rostro se tornó del color de su pelo. La habíamos acorralado. Giró sobre sí misma y se encaminó hacia el dormitorio hacia donde, por supuesto, la seguimos. No iba a librarse tan fácilmente.

—¿Tan triste es vuestra vida que no podéis hacer otra cosa que meteros en la mía? —inquirió, tan solo un par de pasos por delante nuestro.

—Vamos, Elle, ¿no decías que no te lo habías montado con nadie? —añadió Lorie en tono de burla.

—¡Y no lo he hecho!!

—Claaaarooo —respondí.

Entró en su dormitorio y nosotras dos nos detuvimos bajo el umbral de la puerta cuando se giró con brusquedad.

—¿Cómo os lo tengo que decir? ¡No-he-hecho-nada!

—Entonces, ¿dónde has estado?

—¡En casa de Olly!

Resulta curioso el modo en el que puedes empezar a sentir lo mismo que tus seres más queridos sienten en un momento dado cuando las emociones les superan. Y lo sé porque pude sentir el estallido que se produjo en el interior de Lorie, cuya cabeza seguía apoyada sobre mi hombro. Tal vez fue la repentina tensión de sus músculos o lo delatora que había sido la expresión de Elle cuando dije lo del chupetón. Entonces caí en la cuenta. No lo había contemplado porque, sencillamente, me pareció imposible. Pero Elle y Olly se habían besado la noche anterior y aunque todavía no conocía los detalles, acababa de meter la pata hasta el fondo.

Lorie se separó de mí y se dirigió hacia el salón.

—¿Adónde vas...? —dije, tratando de calibrar los daños.

Su abdomen se tensó cuando cogió aire, a pesar de los esfuerzos que hizo por disimularlo.

—Si no se ha acostado con nadie la conversación ha perdido la gracia. Además, tengo sueño...

Todavía apoyada en el marco de la puerta del dormitorio de Elle, la vi acercarse a la mesa del salón y coger su teléfono antes de regresar.

—Buenas noches, chicas.

Tal vez solo yo percibiera el deje desesperado de su voz mientras la veía desaparecer en el interior de su dormitorio. Al girarme, vi que Elle se estaba cambiando de ropa. No se había enterado de nada. Mierda. Se mascaba la tragedia en ese apartamento... justo ahora que yo tenía que irme.

—¿Qué? —dijo desde dentro, ahora ya con el pijama de unicornios puesto—. Ahora que sabéis dónde he estado, ¿se os han pasado las ganas de seguir metiéndoos conmigo? —Se detuvo un instante—. ¿Dónde está Lorie?

—Llevaba rato diciendo que estaba muerta de sueño. Se ha ido a la cama.

—Oh... qué rápida.

Nos quedamos en silencio, como si ya no quedara ni rastro de humor o como si la realidad, la que las dos habíamos obviado, se cerniera sobre nosotras.

—¿Podemos hablar...?

Hizo que sí con la cabeza. Pasé y entrecerré la puerta, concediéndonos

unos instantes de intimidad. Anduve sin hacer ruido hasta su cama y me acomodé en ella. Elle hizo lo mismo y se sentó también, quedando ahora la una frente a la otra con las piernas cruzadas.

—Lo siento mucho.

—No tienes por qué disculparte —comenzó—. No te culpo por haberme escondido lo de la oferta. Sé que a veces puedo resultar un poco cabezota y visceral. No creas que no lo sé... Pero no puedo enfadarme porque tomes esta decisión. Aunque lo haya hecho. Pero vas a tener que dejarme que lo digiera un poco.

—Elle...

—No, Sarah, no me des la razón porque no la tengo. Puedo cometer una estupidez tras otra a lo largo del día... pero te aseguro que esta vez hablo en serio.

Supe que lo hacía porque ella no era de las que reconocen los errores tan fácilmente y me conmovió que esta vez lo hiciera de forma tan expuesta.

—En realidad me daba miedo decírtelo porque estoy aterrada.

—Pero, ¿por qué? Eres una mujer independiente, con un trabajo estable y una reputación intachable. Hace años que cuidas de ti misma y también te has encargado de nosotras.

—Eso no es verdad.

Arqueó una ceja y escondió una sonrisa. Sí que lo había hecho. A pesar de ser dos mujeres maduras y responsables, seguían necesitando que en algún momento alguien pusiera un poco de orden en sus vidas. Papel del que me había adueñado sin necesidad de pedirlo.

Acercó su mano y envolvió la mía.

—Os voy a echar mucho de menos.

No pude evitar el temblor de mi voz, de mis labios y el estallido en el interior de mi pecho.

—Y nosotras a ti...

—¿Vendréis a verme? —pregunté esperanzada, dejándome llevar por un infantil sentimiento de temor a la soledad.

—¿Acaso lo dudas? ¡Estás hablando conmigo! Es obvio que vas a tener que preparar un sofá cama en más de una ocasión. Ahora que vas a vivir en Manhattan, podré ahorrarme los taxis de vuelta a altas horas de la

madrugada...

Sonreí y me incliné hacia ella para abrazarla con fuerza. Saber que estaban de mi parte me alivió. Al final, pasados unos instantes, volví a separarme y entonces cambié de tema, carcomida por la curiosidad.

—Hablando de estupideces... ¿Vas a contarme de una maldita vez qué es lo que pasó ayer entre tú y Olly?

No pudo evitar que una sonrisa endiablada le cruzara el rostro y el repentino destello de sus ojos confirmó mis sospechas.

—En realidad no hay mucho que explicar.

—¡Y un cuerno!

Rio y sus manos se dirigieron de forma automática hacia el pelo. Se lo llevó hacia un lado, pasó los dedos por la larga melena creando tres grandes mechones y comenzó a trenzarlo con parsimonia. Pillada.

—Nos enrollamos, nada más.

—Claro. Nada más. Oye, como si fuera lo más normal del mundo enrollarte con tu amigo... —añadí con toda la mordacidad que fui capaz de mostrar.

—No lo sé, Sarah —bajó un poco la voz—. Es que, a decir verdad, no tengo ni idea de lo que pasó.

Ladeé la cabeza y fruncí el ceño antes de dedicarle una mueca sarcástica con los labios.

—Te lo digo en serio. Es... raro. De repente, sin saber por qué, me apetecía besarle. Así, sin más. Se lo conté, me dijo que lo hiciera y sencillamente, obedecí.

Sabía a ciencia cierta que la expresión de mi rostro debía de ser todo un poema en ese instante. ¿Cómo que sin más? ¿Qué narices significaba sin más?

—A ver, que yo me aclare. Estás diciendo que sin venir a cuento, un buen día te apetece enrollarte con tu mejor amigo, se lo dices, él está de acuerdo y sencillamente... ¿lo hacéis?

Tensó el cuello hacia atrás y rio abiertamente. Confirmado, estaba como un cencerro.

—Ya te he dicho que no sé muy bien qué ha pasado.

—¿En presente? ¡¿Hoy también os habéis enrollado?!

Volvió a reír, esta vez más descarada todavía. Su expresión rezumaba lujuria. Era un caso perdido. Y, por lo visto, Olliver también.

—Te juro que lo de hoy no ha sido premeditado.

—Ya, claro...

Me dejé caer hacia atrás y apoyé la espalda en la pared, disfrutando de la conversación.

—He ido a su casa porque me apetecía hablar con él. Estaba hecha un verdadero lío con todo esto de que te vayas a mudar, lo del trabajo y demás... No sé qué narices ha pasado y cuando me he dado cuenta, estaba sentada encima de él mientras sus labios...

Abrí los ojos más de la cuenta, la boca e hice un gesto de incredulidad con las manos. ¿Cómo...? Sus mejillas comenzaron a teñirse por momentos hasta alcanzar un tono carmesí que trató de disimular con una sonrisa tan culpable como sus pensamientos.

—¿Encima de Olly?

Su pelo parecía perder fuerza en comparación con el rubor de su rostro.

—Pero...

—No le busques explicaciones porque no las hay.

—A ver, Elle, no me jodas.

Volvió a deshacerse la trenza para comenzar de nuevo.

—Sarah, es mi amigo. Me sentía sola y confusa y nos besamos. No pasó nada más.

—¿Nada...?

—Na-da.

Permanecí unos instantes en silencio imaginando la estampa. De pronto, Lorie me vino a la mente y una parte de mí se estremeció al pensar qué pasaría si se enterara de esto. Pero no podía culpar a Elle, aunque yo no viera muy claras las consecuencias que podía acarrear todo esto... ambos eran mayorcitos y ninguno de los dos tenía pareja. Además, por mucho que lo hubieran negado, desde el primer día la química entre ellos había sido evidente y palpable, como si se complementaran. Volví a mirarla y descubrí que todavía lucía un color cereza en las mejillas que le sentaba realmente

bien. A pesar de todos los cambios que estaba sufriendo se sentía feliz. Entonces, caí en la cuenta de algo más y la curiosidad pudo conmigo.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es el qué?

—Besando. Olliver —puntualicé.

De nuevo, el fuego en su rostro. Qué tío. Siempre había tenido mis sospechas.

—No voy a responder a eso.

—En realidad ya lo has hecho.

Sentí un hormigueo extraño en la parte baja de mi vientre que traspasó hacia la espalda para recorrer después mi columna.

—¿Te lo hubieras tirado?

—Sin pensármelo.

Casi se me desencajó la mandíbula por la sorpresa. Cuando se dio cuenta de que había respondido incluso antes de haber procesado la pregunta, estalló en carcajadas y se tapó la cara con las manos durante unos instantes antes de comenzar a hablar a toda prisa.

—A ver... o sea, es mi amigo... Es Olly, vale. Nos hemos enrollado y tal... No quiero decir que me guste ni nada eso es solo que... vale, estaba hecha un lío y luego está esa jodida norma de que pase lo que pase no nos acostaremos pero es que... ¡Joder, Sarah! ¡Es que nunca me habían besado así! Por una parte me sentía confusa y por otra... creí que me iba a estallar el pecho y que iba a tener un jodido orgasmo solo con un beso. ¡Con un jodido beso, Sarah!

—¡¡¿Quééééé...?!!

—*Shhhh, shhhh...* —incredó, haciendo aspavientos con las manos.

—¡¿Habéis hecho un pacto para no acostaros?! Estáis locos, ¡los dos!

—Debo confesar que esa norma la puso él y yo estoy de acuerdo —trató de excusarse, aunque sus ojos evidenciaban una manifiesta disconformidad.

—Claro, estás de acuerdo... Por eso estás que te subes por las paredes ahora mismo.

—Créeme si te digo que tú también lo estarías.

Nuestras carcajadas se unieron, cómplices y armoniosas y por un momento

quise que el tiempo se detuviera. Solo por un momento. La locura de Elle era directamente proporcional al daño que esta misma acabaría creando. Conforme esta incrementara, el peligro también lo haría.

—Oye... Ya sé que sobra decir que eres consciente de estar jugando con fuego pero... lo tienes claro, ¿verdad?

Me miró y sentí un inquietante escalofrío.

—No, Sarah. No lo tengo claro. Pero tampoco quiero pensarlo. Hace tiempo que no tengo una cita y también hace mucho que no me sentía tan deseada. Aunque sea ficticio, aunque no sea más que una pantomima con fecha de caducidad.

—¿Qué pasará si alguien se cruza en su camino? —pregunté, indecisa.

—Pues que retrocederemos en el tiempo y todo volverá a su sitio.

Apreté la mandíbula.

—¿Estás segura de eso?

—Olly es mi amigo. ¿Qué podría pasar para que se estropearan diez años de amistad de un plumazo?

CAPÍTULO 9

Lorie.

—Buenas tardes, Caroline.

—Hola, doctora Olsen.

Me acomodé en el sofá sin necesidad de que ella me lo indicara.

—¿Cómo has pasado estos días?

—No estoy muy segura de ello.

La observé mientras se sentaba frente a mí, como siempre, con una chaqueta de tweed y un broche en la solapa.

—Entiendo que has pasado por distintos momentos.

Afirmé, jugueteando con la parte baja de mi foulard que llegaba a mis dedos, a la altura del abdomen.

—Es un poco confuso.

—¿Es por lo de Sarah?

—En parte.

Volvimos a quedarnos en silencio. Hoy me costaba hablar, a pesar de que el precio de la sesión fuera a ser exactamente el mismo y que mi silencio me hiciera un flaco favor.

—Caroline...

—No sé qué me pasa, doctora, y se lo digo de verdad. De pronto, Sarah anuncia que va a marcharse y sin saber muy bien cómo, Elle empieza a acudir a mí, a contar conmigo para pedirme consejo. Y al mismo tiempo, como siempre, vuelve a meter la pata y me desestabiliza.

—Vaya, veo que has tenido unos días ajetreados. ¿Qué te parece si vamos por partes?

Volví a asentir.

—¿Qué es eso de que “de pronto” —puntualizó con más énfasis— Danielle empieza a acudir a ti?

Tragué saliva e inspiré antes de responder.

—El otro día vino al salón. Estaba hecha un lío con todo lo de Sarah. En el fondo la comprendo, para mí también es difícil. Pero yo por lo menos lo sabía. A ella la noticia le cayó como un jarro de agua fría.

—Es comprensible que pudiera sentirse molesta.

—Sí, por supuesto. El caso es que se enfadaron y ella acudió a mí.

—¿Y qué pasó?

—Que, a pesar de su palpable malestar, me sentí bien.

—¿Bien por su dolor?

—¡No! No, en absoluto. Bien porque yo nunca doy consejos. No suelo darlos porque creo que no soy la más indicada para ello. Mi vida es un desbarajuste constante de sentimientos y emociones que no comprendo, ¿cómo iba a poder ayudar a alguien si no soy capaz de entenderme a mí misma?

—Sin embargo, lo hiciste.

—Sí... Y lo mejor es que no me costó hacerlo. Y eso me dio tanto miedo como el hecho de sentirme bien por ser capaz de interpretar el papel que, hasta ahora, le había correspondido mayoritariamente a Sarah.

—¿Crees que la estás sustituyendo?

Dudé esta vez. No estaba segura y me aventuraría a decir que no, que jamás podría sustituirla. Sin embargo, en ese momento sí que me sentí de ese modo y la sensación fue muy extraña.

—Supongo que no —respondí al fin.

—¿Crees que Elle no acudiría a ti para pedirte consejo?

—No si antes no se hubiera enfadado con Sarah.

La respuesta brotó de mis labios demasiado deprisa.

—Caroline, dime, ¿crees realmente que es tal como acabas de decir?

Esta vez sí que lo pensé mejor.

—Supongo que no.

La vi asentir antes de inclinarse hacia el respaldo y tomar un par de apuntes en el bloc.

—¿Lo ve? He vuelto atrás en el tiempo. Una vez más, todo me da miedo y los malos pensamientos siempre preceden a los buenos.

—Eso veo. Pero me fascina que tú misma seas consciente de ello. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a repetir: Caroline, eres una mujer increíble que solo tiene que creer en sí misma de una vez por todas.

—¿Y por qué me cuesta tanto confiar en mí? —añadí con un mohín.

—Eso es lo que tratamos de solucionar.

—Pero lo había conseguido. ¿Por qué vuelvo a sentirme como antes? ¿Jamás conseguiré evitar todo esto?

—Caroline, me temo que tuviste una infancia y una adolescencia muy marcada por unos patrones que te dañaron de forma muy profunda. Sé que puedes salir de esto y en el fondo, tú también lo sabes. Es tu cabeza la que parece haber decidido olvidarlo y volver a ponerte a prueba.

—Eso no me consuela, ni tampoco me ayuda, doctora.

—Ya lo sé. Pero igual que lo hicimos una vez, volveremos a conseguirlo.

Perdí la mirada en la pequeña ventana. En el fondo, a pesar de sacar y escupir todo lo que me dolía y me oprimía, en el interior de ese despacho me sentía tranquila, como si nadie pudiera hacerme nada, como si nadie pudiera hacerme daño. Estaba a salvo.

—Podríamos hacer una cosa.

Captó mi atención.

—Podrías volver a escribir una lista. Esta vez concentrándote en ti misma, solo en ti, en lo que quieres conseguir o en lo que te gustaría haber conseguido antes de los treinta.

—¿No cree que ya es tarde?

—Que yo sepa, si tu ficha no me engaña, todavía tienes unos meses por delante antes de cumplirlos.

—No es lo mismo... —me excusé de nuevo—. Ya no tengo veinte años, ni tampoco pienso como lo hacía en esa época.

—Ya lo sé. Sin embargo, tienes el mismo problema, con la salvedad de que ahora dispones de muchas más herramientas y conocimiento. Eres consciente de tus miedos e inseguridades y estás dispuesta a plantarles cara.

—¿Y qué soluciono con eso?

—¿Por qué no lo averiguamos?

Algo se activó en mi cerebro, algo muy parecido a una pequeña chispa de

esperanza. No podía volver atrás en el tiempo, de lo contrario, lo habría hecho mucho antes, nada de esto habría sucedido y seguramente seguiría en contacto con mi familia. Pero podía intentar volver a empezar, una vez más; todavía estaba a tiempo. Y la sola idea de pensarlo me hizo sentirme realmente bien.

—Está bien. ¿Y qué se supone que debería poner en ella?

La vi sonreír, pocas eran las ocasiones en las que lo hacía, a pesar de que su mueca siempre fuera afable y cariñosa.

—Eso lo decidirás tú, Caroline.

—Claro... claro, disculpe.

Yo también sonreí, ahora más tranquila. Me apetecía hacer ese ejercicio, quizá así volviera a ponerlo todo en orden, como lo estaba antes de leer esa estúpida lista la noche de fin de año. O tal vez esa no fuera más que una excusa para darme cuenta de que algo volvía a ir mal. Quizá no fue más que la última gota... Daba igual, fuera como fuese, me apetecía concederme otra oportunidad.

—Caroline, hemos hablado de lo de tomar las riendas y confiar en ti misma, pero antes has dicho algo que me ha llamado la atención. —Revisó un momento sus apuntes antes de seguir—. Has dicho que Elle había vuelto a meter la pata y que eso te desestabilizaba. ¿Puedo preguntar qué ha pasado entre vosotras?

Todos los pensamientos positivos desaparecieron a gran velocidad, dejándome de nuevo con una sensación de vacío en la que un único nombre se hizo con el protagonismo. En realidad había hablado demasiado deprisa. Elle no había metido la pata, era yo la que se había sentido dolida por algo que escapaba de mi absoluto control.

—Es por Olly... creo que ha pasado algo entre ellos dos.

—¿Crees...?

Asentí.

—Hace unos días.

—¿Por qué lo crees?

—Porque Sarah le gastó una broma y ella cayó... y más tarde, sin saber que con ello se estaba delatando, confesó que venía de casa de Olly. Dos más dos son cuatro, doctora.

—Lo sé, Caroline, lo sé. —Pero no sonó condescendiente—. ¿Qué hiciste al descubrirlo?

—Largarme a mi dormitorio y maldecirles durante el resto de la noche hasta quedarme dormida —añadí con total sinceridad.

—Es comprensible.

Su afirmación liberó parte de la presión que esa ira, mezquina e injustificada, había generado en mí.

—Me temo que en este sentido no voy a poder ayudarte demasiado, Caroline. El corazón no entiende de razones, por muy sólidas que estas puedan llegar a ser.

Asentí y apreté la mandíbula. Mis dedos volvieron a buscar el foulard y se entretuvieron, como si concentrarme en esa sencilla tarea pudiera desviar mi atención.

—¿Cómo es vuestra relación ahora?

—¿Con Olly?

—No, con Danielle.

—Como siempre... Al día siguiente decidí fingir que no sabía nada y traté de actuar con absoluta normalidad.

—¿Y cómo te hace sentir esto?

—Como una cobarde y una mentirosa.

—Comprendo. ¿La culpas a ella de todo lo que sientes respecto a Olliver?

—No. Bueno, al principio sí, es decir, ¿por qué ella? ¿No podía haberse buscado a otra? —Hice una ligera pausa—. Me dolió descubrir que había pasado algo entre ellos, pero creo que no fue nada más que fruto de una noche de fiesta y sentimientos confusos.

—¿Crees entonces que no hay nada serio entre ellos?

—Sí, eso creo.

—¿Y si no fuera así? Es decir, en apenas unas semanas Danielle y tú viviréis juntas, las dos solas. ¿Cómo te sentirías si Olliver y ella iniciaran una relación?

Elevé la mirada y me detuve en la suya mientras controlaba mi respiración ya que por un momento, temí que se disparara al imaginar que pudieran empezar a salir juntos.

—Eso son solo conjeturas —añadí, esta vez en un tono más seco.

—Lo son, pero, ¿y si sucediera?

—No quiero pensar en ello ahora mismo. Usted lo ha dicho antes, no puede ayudarme a dejar de sentir lo que siento por Olly. Es asunto mío. Y si eso sucede, ya veré qué es lo que hago.

CAPÍTULO 10

Elle.

—Tienes que ayudarme.

Lorie giró la cabeza en mi dirección y entonces me di cuenta de que quizá había sido muy brusca.

—Espera —dije. Volví atrás, me planté frente a la puerta de su dormitorio y piqué con los nudillos un par de veces—. ¿Puedo pasar?

Sonrió antes de seguirme el juego.

—Claro.

Volví a recorrer los pasos que ya había dado antes y me planté a su lado, junto al tocador frente al que ella estaba sentada. Tenía un solo ojo pintado y todavía mantenía el pincel en la mano, muy cerca del mismo. Le encantaba hacer eso, probar con ella misma, maquillarse de mil formas y practicar una y otra vez a pesar de que dominara la técnica a la perfección. Se pasaba horas viendo nuevos tutoriales en *Youtube* y descubriendo las tendencias del momento, con lo que siempre se mantenía actualizada y a la última moda.

—Tienes que ayudarme —volví a repetir.

Me miró a través del espejo antes de volver a acercar el rostro hacia él y seguir a lo suyo, con parte de su atención puesta en mí.

—¿Qué es lo que necesitas?

—En realidad muchas cosas, pero si tengo que decantarme por una sola, necesito que me ayudes a escribir un nuevo currículo.

—¿Por qué no se lo pides a Sarah?

—Es que llevo todo el día haciendo pruebas sin lograr crear nada de provecho y he pensado que podrías echarme una mano. —La contemplé un instante en silencio mientras acababa de pulir el sombreado—. Pero no te preocupes, puedo esperar a que llegue a casa y pedírselo a ella.

Inicié el paso hacia la puerta.

—Espera. —Me giré hacia ella—. Cuéntame cuál es el problema, a ver si puedo hacer algo por ti.

—¡Gracias!

Regresé y esta vez me dirigí hacia la cama, me senté en el borde y abrí la carpeta que sostenía en las manos de la que saqué distintos folios. Lorie se puso en pie, con aquella cómica expresión que le daba el hecho de llevar un solo ojo maquillado y se colocó a mi lado mientras yo le iba tendiendo uno a uno los papeles.

—Son distintas pruebas de los currículos que he estado haciendo durante todo el día. Como ves —dije, señalándole los detalles de cada uno de ellos—, he probado diferentes estilos para que pueda verse que domino el diseño y estas cosas.

Lorie los fue mirando uno por uno.

—¿La información es la misma en todos ellos? —dijo entonces, sin despegar los ojos de los papeles.

—Sí. ¿Está mal? ¿Crees que es insuficiente?

Tardó unos instantes en responder.

—No, en absoluto. Solo que... es que creo que no refleja lo que realmente sabes hacer.

—¿Por qué no? Son mucho mejores que algunos de los que he visto en internet.

Los juntó y dio un suave toque contra sus piernas para alinearlos antes de buscarme con la mirada.

—No creo que sea cuestión de diseño, Elle. Me refiero a que... A ver, ¿dónde tienes pensado enviarlos?

—No lo sé. Había pensado en otras agencias de publicidad, tal vez a algún estudio fotográfico o cualquier cosa en la que pueda dar rienda suelta a mi imaginación.

—¿Ves? A eso me refiero, Elle. Tu imaginación va por libre y da para mucho y creo que si realmente vuelves a meterte en una oficina, tan solo te privarás de potenciarla. Estos currículos muestran a una persona seria, capaz de seguir unas normas y unos horarios. Pero no hablan de ti ni de quien realmente eres.

Traté de comprender a qué se refería.

—¿Crees que debería ponerle más florituras entonces?

—No... no es cuestión de florituras. —Se detuvo y su silencio me

confundió más de lo que ya lo estaba—. Déjalo, Elle, creo que yo no sé cómo ayudarte. Al fin y al cabo, lo mío es esto —dijo, señalándose el rostro con la mano antes de devolverme los papeles—. ¿Por qué no hablas con Sarah cuando llegue? Ella sabrá decirte exactamente qué es lo que necesitas para que tu currículum sea seleccionable y te convierta en una buena candidata.

Dudé unos instantes. Tenía razón, Sarah sabría perfectamente qué era lo que debía hacer para que otras empresas decidieran por lo menos darle una oportunidad a mi currículum. Sin embargo, me gustaba más la dirección que había tomado Lorie. Con un sencillo vistazo había sido capaz de ver lo que realmente a mí me traía de cabeza. Todos esos papeles no eran más que una mera formalidad que nada tenía que ver conmigo. Había tratado de darle un diseño y un aspecto profesional y al mismo tiempo original y sin embargo, a pesar de ello, ninguno lograba convencerme. Pero tal vez tuviera razón.

—Gracias... Se los enseñaré luego. —Volví a guardarlos en la carpeta mientras ella regresaba al tocador. La dejé sobre la cama y me acerqué a ella—. ¿Puedo sentarme contigo e imitarte? Nunca consigo hacerme un ahumado decente.

—Claro. Coge la silla del escritorio.

La cogí y la llevé hacia el tocador para sentarme a su lado. Mientras tanto, ella había dejado un par de pinceles en la mesa y también una paleta de colores distinta a la que estaba usando.

—Estos tonos le sentarán mejor a tu piel que los que estoy usando yo.

Asentí, cogí el pincel y comencé a imitar sus movimientos.

—¿Cómo llevas lo de Sarah? No has vuelto a hablar del tema.

Terminé con la primera sombra que utilicé y aproveché esos instantes para pensar la respuesta.

—Supongo que bien. ¿Y tú?

—Supongo que también.

Untó el pincel en un color más oscuro y me indicó cual escoger en mi caso antes de usarlo para definir la parte final del párpado, haciendo una especie de triángulo que yo imité.

—No lo sé, creo que ambas lo evitamos, como si no hablar de ello lo hiciera menos real. Creo que, en el fondo, ella también está acojonada.

—Pues claro que lo está, han sido diez años compartiendo piso —continuó,

sin dejar de mirarse al espejo mientras seguía a lo suyo—. Un cambio así siempre da miedo.

—¿Sabes qué día se instala?

—Empezará la mudanza dentro de un par de semanas, creo. ¿Por qué?

—¿Y si le organizamos una fiesta sorpresa?

Cogió un par de pinceles más finos y sacó un pequeño envase de cristal que contenía delineador en gel. Lo abrió y lo puso en medio de las dos antes de comenzar a delinearse el ojo.

—Empieza por el final —dijo, mientras acompañaba sus palabras con movimientos—. Dibuja la cola del ojo como más te guste y a partir de ahí llévalo para dentro. —Me acerqué al espejo y seguí sus indicaciones. El delineador se me daba un poco mejor que las sombras—. ¿A qué clase de fiesta te refieres?

—No lo sé, una fiesta sorpresa.

—Pero, ¿solo nosotras tres?

—*Mmmmm*, no estoy segura. A ver, sería lo más lógico, al fin y al cabo, es de nosotras de quien se despide, el resto de su vida seguirá igual.

—No del todo.

—¿Cómo dices?

—La academia de baile... Va a dejarla también mientras cubre la sustitución en *Infinity*. Y, siendo realistas, dudo que vuelva a apuntarse después de lo de la rodilla y de la advertencia del médico.

—En eso tienes razón... Entonces, ¿qué me dices? ¿Organizamos una para dentro de un par de semanas?

Contemplé su reflejo a través del espejo y la vi sonreír. Su rostro, ahora maquillado por completo, lucía precioso. Lorie era bonita pero, al margen de ello, sabía sacarse mucho partido. Además, cuando se hacía aquellos ojos de gata, como yo solía decirle, era capaz de dejar a cualquier tío sin aliento. Y no me extrañaba.

—Anda, ven... Deja que te arregle eso.

Se puso en pie y con la mano en el respaldo de mi silla, la giró hacia ella, dejándome ahora de espaldas al espejo.

—Ya que estás, podrías arreglarme el pelo también.

—¿Es que acaso tienes una cita?

—No, pero ya que me he maquillado me apetece salir y lucirlo. Sería un verdadero desperdicio no aprovechar esto. ¿Te apetece salir?

—¿No ibas a preparar lo del currículo?

—Puedo hacerlo mañana.

—Elle... —El tono de su voz era suficiente para comprender lo que quería decir.

—¿Qué?

—Nada, ya eres mayorcita.

—Mira, tienes razón. Tengo una idea mejor. ¿Qué te parecería si saliéramos a hacer una sesión de fotos?

—¿De noche?

—¡¡Sí!! ¡Podemos salir las tres!

—Trabajamos mañana por la mañana.

—¡Yo también! Todavía sigo en *Marshall*, ¿recuerdas?

—No sé...

—Vamos, estás espectacular, ¡mírate!

Le puse una mano sobre la espalda, a la altura del omóplato, y la empujé ligeramente hacia el espejo.

—Vamos, Lorie... —imploré.

—Está bien.

—¡¡Sí!!

Grité y aplaudí feliz por su decisión y por el cosquilleo que me producía la misma en la punta de los dedos. Hacía muchísimo tiempo que no salíamos las tres a hacer fotos sin más y de repente, no había ningún plan en el mundo que me apeteciera más que ese.

CAPÍTULO 11

Sarah.

El extraño ajeteo provenía del dormitorio de Lorie. Sonaba música y se oían gritos y risas. Ni siquiera pasé por el mío para dejar el bolso y el maletín sino que me detuve frente a su puerta.

—¿Qué demonios...?!

—¡¡Saraaaaaaaahhhh!! —gritó una más que entusiasmada Elle.

Me quedé perpleja tratando de dar con una explicación. Las dos se habían maquillado de forma exagerada, por lo menos para estar en casa. Lorie estaba terminando de ondular la rojiza melena de Elle que ahora tenía un aspecto brillante y de anuncio.

—¿De qué va este improvisado salón de belleza? —dije, adentrándome en su dormitorio.

Olía a una mezcla de laca y perfume, a feminidad en estado puro. Dejé las cosas sobre la cama de Lorie. Me aproximé a ellas, crucé los brazos a la altura del pecho y las observé a través del espejo.

—Tienes una cita —afirmó Elle, dejándome mucho más perpleja todavía.

—¿Qué? ¿Yo? ¡¿Con quién?!

Como si lo hubieran practicado, las dos se giraron de forma teatral y me dedicaron la mejor —y más enigmática— de sus sonrisas.

—¡Con nosotras!

Tardé unos instantes en responder, contagiada inevitablemente de su buen humor.

—Es jueves, mañana trabajo y no pienso cometer la misma estupidez del otro día. No contéis conmigo.

—Joder, Sarah, eres especialista en cortarle el rollo a alguien... Necesitas un buen polvo... ¡urgente!

La miré con fingido desprecio. Lorie, menos impulsiva, puso una mano sobre el hombro de Elle, que ahora estaba sentada en el taburete frente al tocador, y me contempló arqueando las cejas.

—Al margen de que opino que Elle tiene razón en lo de que necesitas un buen polvo... —Entrechocaron los puños ante mi mueca de fastidio—. No puedes negarte.

—¿Por qué no?

—Porque vas a mudarte.

—¡Toma ya! —exclamó la otra—. ¡Bien jugado, Lorie!

—¿Estáis usando la carta de la mudanza para chantajearme?

—Ni más ni menos.

Elle se puso en pie, a su lado, y adoptaron una pose chulesca y graciosa. La diferencia de altura entre las dos —puesto que Elle iba descalza— resultaba ahora muy evidente, lo cual no hizo más que restarle la poca seriedad que pudiera tener el asunto.

—No sé si os prefería lloriqueando por mí.

Elle me dedicó un mohín de suficiencia y Lorie tensó los labios en una sonrisa triunfal. Estaban completamente locas.

—¿Y adónde se supone que pretendéis ir?

—Eso es lo mejor de todo.

Pero no siguieron ni tampoco respondieron mi pregunta.

—¿Y bien...? —insistí.

—Primero tienes que aceptar.

—No pienso hacerlo a ciegas.

—Entonces irás a la fuerza... y sin saber dónde —respondió Lorie.

—No podéis obligarme.

—También se suponía que tú no podías marcharte y vas a hacerlo. En el fondo, nos lo debes.

Touché. A pesar de lo rápido y cruel que pudiera haber sonado, su tono infundió todo lo contrario. No estaban enfadadas, en absoluto, y que empezaran a bromear con el tema me tranquilizó. La presión de los últimos días había sido devastadora. Fue por eso que traté de evitar el tema en todo momento, pues no soportaba el silencio que se creaba cada vez que comentaba cualquier cosa al respecto. Sin embargo, verlas así de felices por primera vez desde que se lo conté supuso un gran alivio. En realidad me estaba divirtiendo, aunque no me daba demasiada confianza ese brillo

descarado de sus ojos. Debía acudir al despacho al día siguiente y no podía hacerlo en las condiciones que lo hice la última vez que una fiesta se nos fue de las manos... y no habían pasado demasiados días de ello.

—Está bien. Acepto.

Lorie sonrió y Elle comenzó a dar brincos, emocionada. Por un momento sentí miedo. ¿Adónde tenían pensado ir?

—Tendrás que pasar por el salón —dijo Lorie, señalando el taburete en el que ya no había nadie sentado.

—¿Por qué?

—Porque esta noche es especial.

—No estaréis pensando en ir a uno de esos locales de citas a ciegas exprés, ¿no? Porque, de ser así...

—No es eso —me cortó Elle—. Confía en nosotras, ¿vale?

Las miré de forma intermitente, primero a la una y luego a la otra.

—Está bien... ¿Puedo escoger el peinado por lo menos?

—¿Desde cuándo desconfías tanto de mí? —preguntó Lorie.

—Ay, Dios...

Elevé la cabeza, bufé y al final cedí. Me senté en el taburete y las contemplé un momento a través del espejo. Lorie estaba cambiando los pinceles y buscando los colores adecuados entre todas las paletas y Elle fue a por su teléfono móvil con el que cambió la canción que sonaba de fondo por una todavía más animada. Al final, me dejé llevar y me contagié del ritmo antes de comenzar a moverme en la silla cada vez que Lorie se separaba de mí para cambiar de pincel o coger algún otro producto. Ya que no iba a poder librarme por lo menos lo pasaríamos bien.

Cuando salí del dormitorio con la ropa que expresamente Elle me hizo vestir, supe que se estaban volviendo locas de verdad y que, evidentemente, algo me ocultaban. Me habían hecho ponerme un vestido largo, de noche, como si fuéramos a una gala o peor, a una boda. Solo que no estaba al corriente de ninguna, por lo menos, no a una a la que esa noche pudieran habernos invitado a la tres.

Las encontré en el salón y la verdad es que por un instante me emocioné. Estaban preciosas y sus rostros brillaban de un modo que nada tenía que ver con el iluminador que Lorie había usado.

—¡Uaaaaau! —exclamó esta al verme.

—¡Parece que salgas de una revista! —murmuró Elle con absoluta sinceridad.

Llevaba puesto un vestido negro, fino, discreto y sutil. Tenía el escote en uve y una abertura en la pierna que me llegaba hasta el muslo y que dejaba a la vista los tacones de casi diez centímetros que tanto me gustaban y que no solía usar en la oficina. Por suerte, gracias a la medicación, hacía días que la rodilla no me había vuelto a doler. Era mi vestido de *femme fatale*. Lorie me había recogido el pelo en un moño bajo que dejaba el cuello al descubierto, donde me puse una gargantilla dorada que resaltaba en contraste con mi piel morena.

Di un par de vueltas, contoneándome presumida mientras ellas vitoreaban y aplaudían, convirtiendo el salón de nuestro apartamento en una pasarela de moda improvisada. Les lancé un beso con la mano en plan actriz y les guiñé un ojo, provocando que todavía cacarearan más. Cómo echaría de menos momentos como ese...

Elle optó por un vestido granate intenso, también liso y ceñido, que realizaba su figura y la hacía parecer mucho más alta de lo que en realidad era. Claro que los tacones también ayudaban. Llevaba la melena suelta y todos los mechones acababan en unas ondas que le quedaban endiabladamente naturales, cruzadas tan solo por una pequeña trenza que, al mismo tiempo, le hacía de corona en la parte trasera.

Por último, Lorie optó por uno de mis atuendos favoritos. Llevaba una camiseta negra ceñida y de escote redondo que le realzaba el generoso busto y una falda de un color dorado en tul que puesta en cualquier otra persona hubiera quedado de pena y que en su cuerpo, podía hacer que cualquier hombre perdiera la razón. Al igual que hizo conmigo, se había recogido el pelo y su cuello lucía desnudo y estilizado.

La música, cada vez más fuerte, llegaba desde distintos puntos del salón. El ritmo era pegadizo y ahora, viéndonos con aquel aspecto, las ganas de fiesta eran incontenibles.

—¿Y bien? ¿Vais a contarme ya cuál es el plan?

Se miraron durante unos instantes, con esa expresión tan cómplice que se reserva solo a determinadas personas y después, se giraron hacia mí.

—Nos vamos a Central Park a hacernos algunas fotos. Las tres.

Tardé unos instantes en procesar la información.

—¿Una sesión de fotos?

—Eso mismo.

—A Central Park... ¿Con tacones?!

—¡Confía en mí!

Pensé que habían perdido definitivamente la cabeza, es decir, ¿es que no veían que era una completa locura? Sin embargo, volví a echarnos un vistazo a las tres por encima, busqué los ojos de Elle y entonces comprendí que era la mejor locura que me hubiera podido proponer.

—Estáis haciendo que la mudanza se vuelva mucho más difícil de lo que ya lo era.

Se abalanzaron sobre mí y nos fundimos las tres en un abrazo improvisado.

Elle regresó del dormitorio unos minutos después con la funda de la cámara réflex en la mano. Cogimos nuestras cosas, nos pusimos los abrigos y nos dirigimos hacia la puerta que abrimos mientras seguíamos entre gritos y risas.

—Oh, ¡joder! ¡Qué susto! —exclamó de pronto Lorie, nada más abrir la puerta—. ¿Qué hacéis vosotros ahí?

Nos giramos las dos y nos encontramos con Mark y Adam, que nos observaban atónitos desde la puerta. Mark silbó impresionado y las tres nos pavoneamos orgullosas.

—¿Adónde vais? Estáis... ¡increíbles!

—¡Madre mía! —exclamó el moreno.

—Elle va hacernos una sesión de fotos.

—¿Eres fotógrafa? —preguntó Adam en su dirección—. ¿Y por qué vas tú también disfrazada?

—Soy mucho más que eso... —añadió dándose aires y en un tono sensual.

Los chicos reaccionaron al instante.

—No lo pongo en duda, pelirroja.

—Eh, ¿qué te dije de lo de llamarme pelirroja?

Alzó las manos en señal de defensa y sonrió juguetón.

—¿Podemos acompañaros? —inquirió Mark, incapaz de apartar los ojos

de Lorie.

—No —respondí resuelta.

—Oh, vamos, ¿¿por qué no?!

—Es jueves y sois universitarios, ¿es que no tenéis planes?

—Hoy no. Vamos, dejad que os acompañemos...

Como si lo hubieran ensayado, ambos torcieron el gesto y pusieron morritos. Las tres nos miramos estudiando las opciones. Al final, como todo aquello era idea de Elle, fue ella la que dio el siguiente paso después de que nosotras la apremiáramos con la mirada.

—¿Tenéis trajes?

—¿Acaso lo dudas?

—Me refiero a trajes de adulto —se mofó—. Ya sabéis, con camisa, corbata y esas cosas...

—¿Pero por quién nos habéis tomado? —respondió Adam.

—No me hagas contestar a esa pregunta —respondió ella con toda la mordacidad que su pequeña estatura era capaz de reunir.

—Tenéis ocho minutos. Cumplid el plazo y podréis acompañarnos.

Los chicos la contemplaron perplejos, ella alzó la muñeca, miró el reloj y al cabo de unos segundos gritó.

—¡Ya!

Los chicos, tropezándose entre ellos, regresaron al interior de su apartamento, desde donde seguramente nos habían estado espiando.

—¡Os esperamos en la calle! —gritó desde el rellano, muerta de la risa.

Salimos y sentimos el frío colándose por cada resquicio de nuestro cuerpo que quedaba medio descubierto.

—Joder, ¡qué frío! ¿No se os ocurrió pensar en esto? —inquirí, enrollándome la bufanda un poco más fuerte.

—Ya veréis como pronto entramos en calor.

—¿Creéis que les dará tiempo? —dijo Lorie, lanzando una mirada divertida hacia la puerta del edificio—. Si salen en menos de diez minutos y por lo menos uno de ellos lleva la camisa planchada, prometo replantear mi opinión al respecto de los universitarios.

—Creo que ya te has planteado demasiado al respecto de uno de esos dos, ¿no crees?

Lorie rio y la travesura centelleó en su rostro. Algún día cambiaría pero, mientras no lo hiciera, seguiríamos atesorando grandes anécdotas en nuestros recuerdos.

La puerta se abrió de forma precipitada y Adam apareció tras ella con la americana abierta y la corbata desatada, buscándonos con la mirada.

—¡Conseguido! —gritó Mark a sus espaldas, con parte del pecho descubierto todavía.

CAPÍTULO 12

Elle.

Las tres reímos mientras ellos se acercaban, después de cerrar la puerta. Cuando llegaron a nuestro encuentro y después de meternos un poco con ellos, les permitimos un par de minutos más para que acabaran de adecentarse y recuperaran el aliento.

Lorie le seguía el juego a Mark que, de forma astuta, se colocó a su lado mientras terminaba de recolocarse la ropa mucho más lentamente de lo que estaba segura que podía hacerlo. Me alejé un poco, me apoyé en la valla que daba al río y saqué la cámara de la funda antes de comenzar a capturar todos aquellos momentos en completo silencio.

Me fijé en Sarah, eclipsada con el torpe movimiento de manos de Adam, que no conseguía hacerse un nudo de corbata en condiciones. Ella dio un paso en su dirección y llevó las manos hacia su cuello.

—¿Puedo? —le dijo.

Sus manos se posaron sobre las del chico antes de que a él le hubiera dado tiempo siquiera a responder.

Estaban muy cerca el uno del otro y la respiración agitada de uno contrastaba a la perfección con la serenidad que emanaba de los gráciles movimientos de las manos de Sarah. Fijé el objetivo, amplié el zoom y encuadré sus rostros. Adam la contemplaba embelesado, como si le gustara que una mujer pudiera hacer algo tan masculino con semejante alarde de feminidad. Ella, en cambio, movía los dedos completamente ajena a todo, concentrada solo en un nudo que concluyó a la perfección. Al final, con un gesto suave y la mano sobre el pecho del chico, alineó la corbata con la camisa y le dedicó una sonrisa que me encargué de guardar para siempre.

Sarah no era como nosotras y gestos como ese hablaban más por ella que lo que podían hacerlo sus palabras. Era una de aquellas mujeres que soñaba con conocer al hombre de sus sueños, uno romántico, detallista, elegante y sexi a rabiar. Y si podía pedir un extra, deseaba que un traje de firma fuera su uniforme habitual. Había cosas contra las que una no podía luchar.

Sonreí para mis adentros mientras buscaba a Lorie con el objetivo. Mark le

estaba contando algo mientras se anudaba la corbata, justo antes de tensarse el cuello de la camisa.

Me giré y aproveché también para sacar algunas fotos al río, que arañaba los pies de unos rascacielos que, de noche, todavía impactaban más.

Un par de taxis asomaron al final de la calle. Fueron mucho más rápido de lo que habíamos esperado al llamarlos.

—Chicos, ahí vienen —les dije.

Los cinco nos giramos y nos dirigimos hacia ellos.

—Seguidnos, ¿vale?

Ambos asintieron y los cinco nos apresuramos a colarnos en el interior de los dos vehículos antes de que estos se pusieran en marcha.

Seguíamos hablando y riendo en el asiento de atrás, con las mejillas todavía sonrojadas por el frío, cuando nos adentramos en el puente de Brooklyn. En un momento en el que Sarah le estaba sacando toda la información a Lorie sobre lo acontecido con Mark unas noches atrás, yo perdí la vista al frente, en el puente. El juego de luces que creaban los coches junto con las de la propia y gigantesca estructura así como la de los rascacielos que se veían al fondo, de repente se me antojó maravillosa y excepcional. Y necesitaba dejar constancia de lo que veían mis ojos o, de lo contrario, nadie me creería.

—Pare el coche —pedí al conductor.

Se hizo el silencio.

—Señorita, estamos en medio del puente... No puedo detenerme aquí.

Pensé rápidamente.

—Le doy veinte dólares si lo hace.

Las otras dos me contemplaron como si se me hubiera ido la cabeza por completo.

—Señorita...

Sarah giró el rostro y me observó analítica, en busca de una respuesta.

—Cuarenta dólares —dijo de pronto, confirmando una vez más para qué estaban las amigas si no era para confiar a ciegas en ti, incluso cuando desconocían tus intenciones.

El conductor se lo pensó mejor y la velocidad del vehículo aminoró. A esas

horas había tráfico pero no con la misma frecuencia que por la mañana. Era descabellado, sí, pero no imposible. Lorie, que nos observaba desde el otro extremo del asiento, se unió a la causa.

—Cincuenta.

Ganamos. Desde mi posición vi el dilema en el rostro del taxista, que me contemplaba temeroso a través del espejo retrovisor. Entonces, movió el dedo y puso las luces intermitentes mientras seguía reduciendo velocidad. Me giré y vi que el taxi que llevábamos justo detrás hacía exactamente lo mismo. Al final, nos detuvimos.

—Por favor, bajen rápido —suplicó el taxista—. No quiero que me pille la policía.

Sarah abrió el bolso y sacó del monedero un billete de cincuenta que pagaba con creces el escueto recorrido que habíamos realizado. Las tres nos apeamos a toda prisa y al girar la cabeza vi que los chicos hacían exactamente lo mismo ante el rostro de estupefacción del conductor de su taxi, que no entendía qué era lo que se suponía que estaba pasando.

Pegamos nuestros cuerpos a la valla que quedaba a nuestras espaldas mientras que algunos coches pasaban por nuestro lado a toda velocidad y hacían sonar el claxon estridentes.

—¿Qué coño hacemos aquí? ¿Es que os habéis vuelto locas? —preguntó Adam elevando el tono de voz, puesto que el tráfico y el viento en ese punto eran bastante fuertes.

—¡Un poco sí! —gritó Lorie.

Sarah se giró hacia mí, sin soltarse de la valla a la que seguía aferrada con fuerza.

—Elle...

—Vale, chicos. Si tuviéramos que salir corriendo hacia el inicio del puente, no tardaríamos más de un par de minutos en llegar.

—Elle, llevamos tacones, y hay tráfico —puntualizó Sarah.

—Lo sé. Pero, fíjate, los coches circulan lentamente... no hay demasiado movimiento a estas horas.

—Nos maldecirán —insistió Lorie.

—¿Y qué? Nos gritarán un poco y mañana ni se acordarán de nosotras.

Por un momento nadie habló, tan solo el viento y la ráfaga que provocaban

los coches a nuestro paso cortaba el silencio que se interpuso entre nosotros.

—Considéralo tu última locura antes de dejar esta etapa de tu vida atrás —supliqué.

Sarah me miró con el miedo reflejado en sus ojos.

—Es peligroso...

—Lo haremos bien... Te aseguro que cuando veas las fotos admitirás que ha valido la pena.

—Elle...

—¿Desde cuándo te niegas a cometer una pequeña locura? —insistí, ganando terreno.

—¿Desde que decides poner en peligro nuestras vidas!

—¿No va a pasarnos nada!

Otro coche pasó a nuestro lado con el claxon pulsado.

—A ver, pelirroja. —Lo fulminé con la mirada, por lo visto Adam era de los difíciles—. ¿Qué se supone que debemos hacer?

Lo miré y volví a dirigir la vista hacia Sarah, diciéndole con un gesto que eso era precisamente lo que debía de haber hecho ella, seguirme el juego. No respondió y entonces, volví a centrarme en él.

—¿Tienes idea de bailar?

—¿Bailar?

—¿Sí o no? —repetí a gritos para que me escuchara.

—Algo... nociones muy básicas.

Pensé.

—A ver, eres fuerte. ¿Podrías levantar a Sarah?

La recorrió de arriba abajo y una mueca de suficiencia apareció en su rostro. Los cinco seguíamos el uno al lado del otro, de espaldas a la valla a la que seguíamos aferrados con fuerza.

—Sí. Sin duda.

—Sarah... —supliqué una vez más.

—Oh, rayos... ¡Está bien! ¿Qué tengo que hacer?

—Mark, tú te alejarás unos metros y cuando te diga, cortarás el paso de los coches. Cuélate en medio de la carretera con cuidado. Lorie —dije, ahora

desviando la vista hacia ella—, tú harás lo mismo pero unos metros más cerca de nosotros. Y vosotros dos —dije, ahora mirándolos de forma alterna— os colocaréis en medio de la carretera. Cuando diga tres, sujetarás a Sarah a la altura de las costillas y la elevarás. Sarah, sabes perfectamente qué es lo que tienes que hacer.

Hizo que sí con la cabeza.

—¿Preparados?

Todos asintieron. Mark cogió a Lorie de la mano y con extremo cuidado, comenzaron a alejarse, justo por donde habíamos venido con el taxi. Caminaban pegados a la valla, sin soltarse, mientras que Mark protegía a Lorie con su propio cuerpo. Mi instinto no tardó en reaccionar. Con cuidado de no ser atropellada, pasé por delante de Adam y Sarah, encendí la cámara y comencé a fotografiar cada uno de sus movimientos sin que ellos se dieran cuenta. Me encantaba hacerlo. Las pulsaciones se me disparaban y mi propio mundo adquiría un nuevo matiz, un color distinto que nadie más podía ver. Era capaz de prever el movimiento que vendría a continuación y prepararme para capturarlo para siempre. De ese modo me convertía en testigo de expresiones que solo la improvisación, la naturaleza y la realidad eran capaces de ofrecerte. Me dedicaba a robar esos momentos y a atesorarlos para siempre, como si a ellos no les pertenecieran. A través de la cámara era capaz de respirar, de sonreír y de fundirme en el infinito abanico de posibilidades que esta me brindaba.

Sentía el latido en la garganta y en mis oídos, incluso por encima del silbido del viento y de las ráfagas que los coches provocaban y que hacían ondear el bajo de nuestros vestidos. Un vehículo pasó muy cerca de Mark y Lorie y este se pegó a ella en un gesto tan rápido que ni siquiera tuvimos tiempo a apreciar. La protegió, sirviéndole de escudo mientras sus pechos respiraban agitados, subyugados por la adrenalina del momento. Sus rostros estaban muy pegados y el miedo les hizo sonreír. Me sentía eufórica cuando pulsé el botón una y otra vez, despojándoles de la intimidad que creían poseer y adueñándome de ella. Sí, me había convertido en una experta ladrona de momentos. Al final, cuando se hallaban a unos veinte o treinta metros de distancia, los dos se giraron hacia nosotros, como si recordaran por primera vez que no estaban solos. Lorie se detuvo y Mark, tras dedicarle una última mirada que solo yo pude ver a través del zoom ampliado de la cámara, se desprendió de su mano y anduvo algunos metros más. Se detuvo y volvió la

vista atrás, a la espera de mi señal.

—¿Estáis preparados? —dije, girándome hacia los otros dos.

Hicieron que sí con la cabeza y Adam, tal y como había hecho Mark con Lorie, cogió a Sarah de la mano, tratando de transmitirle tranquilidad. Sin embargo, la adrenalina y el miedo centelleaba en sus ojos y yo sentí que la temperatura de mi cuerpo empezaba a ascender, a pesar del fuerte y gélido viento que seguía soplando en ese punto. Me alejé un poco de ellos, mientras algunos coches seguían pasando a nuestro lado y los rostros de sus conductores nos miraban molestos. Entonces, cuando vi que el tráfico disminuía, le hice una señal a Mark. Cuando me vio, giró la cabeza, en sentido contrario a la circulación, y cuando se sintió seguro, se adentró en la calzada con los brazos en alto, haciendo aspavientos. Tardamos unos segundos en ver a los primeros coches deteniéndose. Lorie fue la siguiente, haciendo exactamente lo mismo unos metros más cerca de nosotros, sirviendo de segunda barrera. La siguiente en colocarse fui yo. Me adentré en la calzada y me coloqué justo en medio antes de buscar el ángulo que deseaba.

—¡Adam! —grité—. Ponte en medio, de espaldas a mí y de frente a los coches.

Obedeció y yo aproveché para enfocar y encuadrar la imagen. Los primeros pitidos de claxon comenzaron a llamarnos la atención mientras los otros dos nos protegían. Tenía el ángulo perfecto.

—¡Ahora, Sarah!

Asintió, cogió aire y bajó la vista al frente antes de dar el primer paso. De repente, daba la sensación de que el tiempo se hubiera detenido y solo existiera ella. Como si flotara sobre la carretera, comenzó a girar sobre ella misma con los brazos extendidos.

—¡¡¡Salid!!! —grité en dirección a Mark y Lorie, que obedecieron al instante cuando alcé la mano un segundo para indicarles que se apartaran.

La llevé rápidamente a la cámara y seguí capturando toda la secuencia, todos los pasos de Sarah que giraba sobre sí misma en dirección a Adam, que la observaba de perfil, sin moverse del sitio en el que le indiqué que permaneciera. Ella danzaba a su alrededor y entonces, las primeras luces de los coches que se acercaron temerosos a nosotros. El efecto en la cámara era maravilloso.

—¡Salta, Sarah! ¡Salta! —grité desgañitándome por la fuerza que empleé para hacerlo. Estaba completamente absorta por lo que estaba viendo.

—¡Cógeme! —gritó ella, sin dejar de girar, esta vez en dirección a Adam, del que solo le separaban un par de pasos.

Se lanzó al aire sin saber si él respondería por ella, si podría con su peso o si caería con torpeza. Adam, sin embargo, se agachó para amortiguar el salto y la cogió al vuelo. Sus manos, como si lo hubieran entrenado cientos de veces antes, se posaron con destreza una sobre sus costillas y la otra en el muslo. Sarah se estiró en el aire y Adam giró sobre sí mismo ayudado por la propia inercia de Sarah. Difuminé el fondo y los enfoqué a ellos mientras los coches seguían acercándose a poca velocidad. Durante unos segundos sentí que no podía respirar a causa de la emoción. Pero lo capté todo, la sorpresa de Adam y la liberación de Sarah, en el suelo y en el aire, donde todavía seguía. Los focos de los coches se fundían con las propias del puente y en medio, tan solo ellos dos.

Adam la fue bajando lentamente, como si no fuera más que una niña cuyo peso apenas le molestara y ambos estallaron a reír mientras sus pechos seguían unidos. Sarah se abrazó a él, agradecida por el sencillo hecho de que le hubiera permitido dar aquel salto que tanto significaba para ella y él, sencillamente quedó cautivado por todas las emociones que irradiaban de su rostro y que jamás lograría entender. Con las respiraciones entrecortadas y jadeantes, sin que nadie les hubiera dicho nada, se dieron la mano e hicieron una reverencia teatral en dirección a los coches que se habían detenido frente a ellos y de los que apenas les separaban un par de metros. En ningún momento dejé de fotografiarles, ni siquiera cuando mis manos comenzaron a temblar a causa de la emoción.

Tras una segunda reverencia, se giraron en mi dirección y me hicieron un gesto con la mano. Los tres iniciamos la carrera apresurada hacia la valla y los coches comenzaron a pasar. Lorie y Mark corrieron también a nuestro encuentro y ella se abalanzó sobre Sarah, abrazándola con fuerza mientras que Mark entrechocó la mano con Adam antes de darle una palmada cariñosa en la espalda. Estaban extasiados y yo me ocupé de encarcelar esas emociones en el interior de mi cámara.

—¡Ha sido increíble, chicos! ¡Vais alucinar cuando lo veáis! —dije, acercándome, ahora ya con el objetivo bajado.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que pase un coche de policía y

tengamos que pasar la noche en el calabozo por vandalismo adolescente.

—Adolescente dice... —rió Adam, ahora con una complicidad distinta y renovada que me gustó.

—Da igual; si eso pasa, llamamos a tu padre y todo solucionado —soltó Lorie, iniciando el paso en dirección a la entrada del puente, sin soltarse de la valla. Los coches seguían pasando a nuestro lado, cada vez con menos frecuencia y nos contemplaban entre sorprendidos y molestos. Pero no podía culparles, si yo estuviera en su lugar pensaría exactamente lo mismo: ¿Qué debían de hacer cinco personas vestidas con sus mejores galas en un puente donde el paso de peatones no estaba permitido? Sin embargo, las performance estaban a la orden del día en Nueva York por lo que quizá, con fingir ser estudiantes de teatro tal vez pudieran llegar a exculparnos.

—No pienso llamar a mi padre para esto, Lorie. ¿Con qué cara iba a mirarle al día siguiente? —rechistó Sarah, sacándome de mi ensimismamiento, mientras seguían andando aferradas a la valla.

—¿Quién eres, la hija del jefe de policía de Brooklyn? —añadió Adam en tono socarrón, dando los primeros pasos en tercera posición, justo detrás de Sarah.

Lorie rio desde delante, sin girarse.

—Vaya, vaya, rubito... —añadió juguetona—. Por lo visto no tienes ni la más remota idea de quién es la mujer a la que acabas de meterle la manaza en la pierna.

Sarah le dio un pequeño y suave empujón desde la espalda, sin llegar a moverla siquiera, pero no pudo esconder una sonrisa que yo solo logré captar de perfil. Caminábamos en fila, uno detrás de otro y yo me quedé la última, cerrando la comitiva.

Sarah aprovechó ese momento para seguirle la broma y darle juego cuando vio que el interés de Adam se disparaba más aún.

—Eh, será broma, ¿no? —insistió él, a sus espaldas.

—¿Y si no lo fuera? —respondió misteriosa.

—No me jodas, ¿tú también eres poli?

Sarah giró la cabeza un solo instante y le guiñó un ojo antes de seguir su camino. Mark y yo les seguíamos sin perder de vista el hilo de la conversación y sin dejar de mirar el suelo que pisábamos. Quedaba poco para

llegar al inicio del puente, donde por fin nos pondríamos a salvo y decidí emplear ese escaso tiempo en darme cuenta de cuánto llegaba a gustarme ver la vida desde detrás de un objetivo y así, ser testigo de todo aquello que sin una cámara en las manos, parecía no ser capaz de ver.

CAPÍTULO 13

Sarah.

Por suerte para mí no llegué al despacho tan agotada como me había imaginado. La noche se alargó aunque no como la última vez. Aprovechando que llevábamos puestas nuestras mejores galas, decidimos ir a cenar por todo lo alto, tal y como estas requerían, y así fue como nos descubrimos cruzando la puerta de una hamburguesería de poco prestigio entre gritos y carcajadas. Yo fui la única reticente pero al final, tal y como siempre sucedía, acabaron convenciéndome de que no había ni una sola mejor opción que esa.

Al entrar, las cabezas de los distintos comensales fueron girándose en nuestra dirección. Al principio deseé que la tierra me tragara pero Mark y Adam parecieron meterse a la perfección en su papel y como dos elegantes y apuestos caballeros se irguieron, pusieron un brazo en jarras y esperaron a que Lorie y yo nos cogiéramos a ellos. Elle permanecía todo el rato a nuestras espaldas, fotografiando cada momento, incluso cuando casi olvidábamos que también estaba ahí. Recorrimos el pasillo central en desfile, conteniendo la risa. Por lo visto, nuestros vecinos también eran de los de armas tomar y se apuntaban a cualquier plan, por muy descabellado y ridículo que este fuera.

Era uno de aquellos locales ambientado al más puro estilo *Grease* —una de mis películas favoritas, por cierto—. Las mesas eran de colores estridentes y los asientos acolchados. Las camareras, todas ellas ataviadas con cortos vestidos rosa fucsia y patines, recorrían el establecimiento a gran velocidad, sosteniendo bandejas haciendo alarde de un equilibrio envidiable.

—Sois lo peor, ¿es que no veis que todo el mundo nos está mirando?

—¿Es que la señora policía está pasando vergüenza? —se mofó Adam.

Le dediqué un mohín burlón y aproveché para sentarme en uno de los mullidos sillones, el más alejado de la puerta y que me permitía quedar de espaldas a todo el resto de clientes.

El resto de la noche transcurrió igual de divertida. La cena, lejos de lo que podría haber imaginado, tuvo lugar de forma agradable y sin contratiempos. Descubrimos así que eran dos chicos de fácil conversación y salidas divertidas por lo que, en apenas unos minutos, el tema se desvió hacia un

listado de algunas de las mayores estupideces que ellos habían hecho y que Lorie y Elle lograron igualar. Entre los cuatro dejaron el listón muy alto.

Pero, lejos de lo que quizá pude imaginar el primer día, Adam y Mark en el fondo parecían dos buenos tipos, al margen de su desatada y exagerada obsesión por el género femenino. Estaba segura de que esa cena improvisada sería la primera de muchas y por un instante, me estremecí al pensar que ahora que yo me iría, ellas podrían disfrutar de más noches como esa y también que aquellos dos volverían a estar presentes en muchas de esas ocasiones. ¿Contarían conmigo? ¿Me llamarían para que me uniera? Pensé en ello y sentí un ligero escalofrío. Iba a mudarme a un nuevo edificio e iba a hacerlo sola. ¿Y si pasaban los días y los vecinos me hacían el vacío? ¿Y si les molestaba mi presencia?

Justo recordaba ese último pensamiento que ocupó gran parte de mi noche cuando Edward apareció a través de la puerta.

—Sarah. —Alcé la cabeza en su dirección, como si hubiera regresado de forma abrupta a la tierra—. Hay alguien que pregunta por ti.

—¿Quién es?

—Dice que un viejo conocido...

—¿Cómo...?

Me sorprendió la expresión de su rostro. Edward no solía dejar pasar a nadie sin identificarle antes por lo que debía tratarse de alguien importante.

—Está bien, no te preocupes, que pase.

Asintió y desapareció en dirección a su mesa, desde donde le oí dar la orden por teléfono a recepción para que le dejaran pasar. La curiosidad pudo conmigo y me pasé la mano por la blusa para asegurarme de que no tuviera arrugas, por si acaso debía dar una buena impresión.

Lo primero que llegó a mí fue su fragancia. Era masculina y fuerte pero, al mismo tiempo, dulce y hogareña. En algún punto de mi recuerdo la reconocí. A continuación, su presencia se adueñó de la estancia. Elevé la mirada y la llevé hacia su rostro. Era angulado, recio y de duras facciones. Iba perfectamente afeitado. El cuello de la camisa se ceñía al suyo propio con resistencia, como si le costara abarcarlo. Sentí el palpito en la sien y el pulso se me disparó mientras sus ojos me observaban sin un ápice de vergüenza. Era apuesto, seguro de sí mismo y de mirada inagotable. Como la de todos

los Spen...

—¿Mike...? —dije entonces con voz trémula, cortando de raíz mis propios pensamientos.

Sonrió. No fue una sonrisa radiante de las que te rompen en mil pedazos y te golpean el pecho. Pero el efecto, curiosamente, fue el mismo, a pesar de que no me dio tiempo a recrearme en ella.

—Mike, ¿eres tú? —repetí, mientras sentía el bombeo de mi pecho—. Pero... ¿Cómo...? ¿Cuándo...? ¿Por qué...?

—Vaya, había llegado a mis oídos que eras una de las mujeres con mayor proyección en la empresa... Tal vez me haya equivocado de despacho.

Sonreí y le reprendí con la mirada mientras me acercaba a él. Le abracé con el afecto que ni siquiera los años son capaces de borrar y aunque respondió afable a mi gesto, sentí en él una fría y desconocida distancia.

—Lo siento, no te esperaba. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido de visita? Pasa, por favor.

Le invité a pasar y sin saber por qué, hice algo que en muy raras ocasiones hacía, cerré la puerta. Le indiqué el claro sillón con un gesto de la mano y anduve hacia una esquina en la que había una jarra de agua y algunos vasos. Llevé un par hacia la mesa y los dejé justo encima. A continuación, me dirigí hacia el otro sillón y me senté frente a él, todavía en shock por su inesperada aparición.

—Has crecido mucho —dijo, con aquella expresión que todavía debía aprender a descifrar.

—Eso parece. Tú también estás... distinto.

Distinto quizá no fuera la palabra exacta. Distinto se quedaba corto. Estaba radiante, como si la vida en California estuviera repleta de lujos y maravillas. Había crecido notablemente, más en corpulencia que en altura. Su cuerpo era ahora el de un hombre y no el del jovencito que un buen día desapareció sin más, dejando un vacío considerable en el grupo. Su mirada era la de alguien que había sido testigo de muchos momentos, seguramente tanto buenos como malos. Bajo el traje se intuía una espalda sobre la que podrían explicarse cientos de historias y que sin preverlo, mis dedos querían acariciar. Lucía un elegante traje oscuro y el puño de la camisa quedaba bien sujeto a sus muñecas gracias a dos gemelos discretos y refinados. Sus manos, entrelazadas a la altura de sus rodillas, eran de aquellas por las que una mujer

vendería su alma, sin llegar a planteárselo siquiera. Me fijé en sus dedos, largos y definidos por pequeñas venitas que los recorrían. Los observé con discreción hasta que algo en ellos me hizo volver a la realidad. En el dedo anular llevaba una brillante alianza dorada que centelleaba.

—¿Qué te trae por aquí? —dije entonces, deseando no haberme recreado en mis pensamientos más tiempo del debido.

—Un necesario cambio de aires.

—¿Habéis venido de vacaciones? —pregunté, haciendo uso esta vez del plural con el objetivo de sacarle un poco más de información.

—No exactamente.

Aguardé en silencio unos instantes en los que nuestros ojos volvieron a estudiarse, como si lo necesitaran. Entonces, decidí tomar la vía directa y volví a preguntar, esta vez con la misma autoridad que me había valido el puesto que actualmente ocupaba.

—¿Qué haces aquí, Michael?

Arqueó una ceja antes de volver a dedicarme esa mueca que no sabría si encasillar como sonrisa o como otra cosa totalmente distinta.

—He venido a hacerme cargo de la empresa.

El aplomo y seguridad de sus palabras tuvo un extraño efecto en mí. De repente, una luz de alarma se encendió, indicando la proximidad de una zona peligrosa.

—¿Cómo dices? ¿No estabas trabajando en California?

—Ya no.

—¿Y tu familia?

Me había llevado mucho tiempo descubrir que los hombres, al igual que nosotras, también tenían puntos débiles. Aunque vistieran trajes de firma y ostentaran importantes cargos. Aunque supieran esconderlos tras una máscara de superioridad y fortaleza. Aunque pasaran tantas horas en el interior de un despacho que con ello creyeran que podían llegar incluso a dejar de pensar en ellos mismo. Y por lo visto, yo acababa de dar de pleno con uno de esos puntos. Fue cuestión de unas décimas de segundo, pero lo vi. En sus ojos, en sus facciones y en el leve movimiento de sus hombros al recolocarse.

—Mi familia está conmigo, en el único sitio en el que debo estar.

Sonó mucho más brusco de lo que hubiera podido considerarse normal,

pero no quise ahondar más. Habían pasado muchos años desde la última vez que nos vimos y seguramente, en nuestras palabras se estuvieran mezclando sentimientos recién encontrados. Mike y yo siempre nos habíamos entendido hasta que un buen día, decidió alejarse y dejarlo todo atrás. Pero, ¿acaso conocía al hombre que tenía delante?

—En ese caso, bienvenido, Michael —volví a repetir, sin saber si debía seguir llamándole por su nombre o por el diminutivo, como siempre habíamos hecho todos.

—Gracias, Sarah. En realidad he venido porque me gustaría que me pusieras un poco al día.

—¿Yo? No debería hacerlo tu padre, ¿o Alex? —pregunté, extrañada—. Yo no estoy al corriente de las operaciones que se llevan arriba, en las oficinas Spencer.

—Lo sé. Pero, al igual que tú, yo también llevo años trabajando con grandes empresas, no solo en un plano judicial. Por eso estoy aquí.

—Michael, te comprendo y respeto tus intenciones, pero no necesitamos más empleados ahora mismo en Vaus.

Saqué la pantera de dentro y la obligué a rugir, dejando muy claros los límites de mi territorio. No había permitido que nadie me pisoteara ni tampoco que me pasaran la mano por delante. Y Mike no iba a ser el primero en hacerlo. Hacía años que no rendía cuentas con nadie que no fuera mi padre y mi hermano. Si algo caracterizaba a la compañía era el respeto que Vaus mantenía con las labores de Spencer y viceversa, y eso no iba a cambiar ahora que él había decidido regresar. Si quería cambiar y trabajar en las oficinas de Vaus en vez de en las de su padre, podía hacerlo, pero empezando desde abajo, como todos los empleados, y demostrando por supuesto su valía. Pero si había venido a intimidarme, estaba claro que se había equivocado de persona.

—Sarah, creo que no me has entendido. Mi intención es que colaboremos y he pensado que podíamos hacerlo a las buenas.

—No, Michael, creo que eres tú el que no lo has entendido. Yo no colaboro con nadie si no es porque ambas partes lo deseamos. Conozco mi trabajo y sé desempeñarlo perfectamente por mí misma. Si quieres trabajar conmigo, puedo entrevistarte y hablar con recursos humanos para ver qué vacantes hay ahora mismo.

—¿Vacantes?

—Sí, vacantes.

—No voy a ocupar una vacante, Sarah.

—Oh, claro, creías que por llevar el apellido que llevas, ¿podrías entrar y pavonearte? Pues te equivocas, Michael. Y mucho.

Estaba desatada. Me sentía atacada y acorralada, amedrentada por su sola presencia, y eso me inquietaba y no me gustaba. A lo largo de las semanas, muchas eran las ocasiones en las que me cruzaba con hombres cuya cuenta bancaria podría dejar en ridículo a la de cualquiera. Trabajaba con hombres y mujeres muy conocidos, tanto por su trayectoria como también por su apellido y legado empresarial familiar. Y jamás me había importado. Para todos ellos empleaba la misma profesionalidad y ahora, Michael no iba a cambiar las reglas del juego porque a él se le antojara.

Le contemplé, le vi apretar la mandíbula y su gesto se me clavó en el estómago. Era guapo a rabiar y al mismo tiempo, sacaba lo peor de mí misma. Era un jodido tiburón en un mar en el que hasta ahora, el resto de peces habíamos nadado tranquilos y sin miedo.

—Muy bien. Gracias por todo, Sarah. Me alegro de que hayamos vuelto a vernos.

Se puso en pie y yo hice exactamente lo mismo. Por suerte, la rodilla no decidió dejarme en evidencia y pude hacerlo sin tambalearme. Le invité a salir con la mano y anduve a sus espaldas hasta la puerta.

—Bienvenido, Michael —dije, abriéndosela antes de que él lo hiciera, como si pretendiera dejar constancia de que en ese despacho los pasos los daba yo.

—Gracias, Sarah.

Se recolocó el nudo de la corbata que no se había movido ni un solo centímetro y cruzó el umbral de la puerta dejando una estela de aquella fragancia que me llegó a las narinas dispuesta a noquearme. Por un instante lo consiguió. Era como una poción despiadada, dispuesta a atormentarte y hacerte perder los papeles. Poco había faltado de hecho. Ni siquiera me fijé en la forma con la que Edward me observaba cuando volví a cerrar la puerta. Me temblaban las manos y sentía el pulso en los laterales de mi garganta, donde una vena latía con fuerza de forma visible, tal y como pude constatar en el reflejo del espejo. Tenía las mejillas sonrojadas sin saber por qué y todo

mi cuerpo seguía reaccionando a la presencia de Michael, que parecía haberse adherido a las paredes del despacho.

¿Para qué demonios había vuelto después de tanto tiempo?

CAPÍTULO 14

Lorie.

Cuando el sábado llegué de trabajar, vi que las chicas estaban inmersas en un zafarrancho que lo ocupaba todo. Absolutamente todo. El salón estaba lleno de cajas y trastos. Dejé las llaves en el pequeño cuenco y me adentré mientras me desprendía de la chaqueta. Me acerqué a una de las cajas y entonces vi de qué se trataba. Sarah empezaba con la mudanza.

Una descarga me recorrió la columna al darme cuenta de que aquello, por muy extraño y fuerte que pudiera parecerme, comenzaba a ser real. Sarah iba a dejarnos. Y ya no era únicamente sobre el papel.

Recorrí el pasillo mientras pasaba la vista sobre cada una de las cajas hasta que sus voces pasaron a llamar mi atención.

—Que te digo que es un imbécil.

—Eso es porque te pone tontorróna.

—¡¡Elle!! —la oí gritar.

—¡¿Qué?!

Reí sin poder evitarlo y sin saber siquiera de qué estaban hablando. Me detuve frente a la puerta de Sarah y las contemplé cuando todavía no habían reparado en mi presencia. Estaban las dos frente al armario, mirándolo como si no supieran muy bien qué hacer con él mientras seguían enzarzadas en aquella absurda discusión que intuía interesante.

—No tienes ni idea del tono que usó conmigo.

—¿Sabes cuál es tu problema? —añadió Elle, ahora acercándose a un estante mientras cogía un par de jerséis—. Que eres una estirada, una pija y una esnob.

—¡¿Una esnob?! ¿Yo?

—¡Síííí! —prosiguió, acercando su rostro al de Sarah con un mohín de burla—. ¡Eso he dicho!

—¡La madre que te parió! ¡Serás imbécil!

—Yo puedo ser lo que tú quieras —prosiguió, llevando los jerséis hacia la

cama, donde los dejó con cuidado junto a otros dos, sin dejar de sonreír en ningún momento—, pero no soportas que nadie te mire por encima del hombro.

—Lo que no soporto es que un gilipollas como Michael venga y se crea con el derecho de decirme lo que tengo que hacer.

Acto seguido, cogió otros dos jerséis e hizo con ellos exactamente lo mismo que había hecho Elle momentos antes. Aproveché ese instante para meterme en la conversación.

—¿Qué te ha pasado con el señor Spencer?

Las dos se giraron de forma brusca, como si les hubiera asustado mi presencia.

—Uy, Lorie... No se trata del señor Spencer —respondió Elle con una mueca que prometía diversión a raudales—. ¿A que no, Sarah? Vamos, cuéntaselo. A ver si ella opina lo mismo que yo.

—Dios mío, a veces te mataría —suspiró, apartándose un par de mechones del rostro—. No es Michael, Lorie... Es Michel hijo... Mike —puntualizó.

—¿Mike? ¿El hijo mayor? ¿Tu primer amor?

—¡¿Tu primer amor?!! —exclamó Elle, antes de que la otra pudiera decir nada más—. Pero, ¡serás zorra! ¡Eso no me lo habías contado!

—Joder, Elle —proseguí yo esta vez—, hay cosas que no es necesario que te las cuenten.

—¿Cómo?

—Sarah nunca lo ha reconocido abiertamente, pero estaba enamorada de él cuando no era más que una niña.

—¡Eso no es cierto!! —masculló la aludida.

—¿Ah, no? —inquirí mordaz.

—No. Te equivocas, Lorie.

—Claro... —añadí dedicándole una abierta sonrisa. Me adentré en el dormitorio y me acerqué al armario, frente al que me detuve—. Bueno, ¿qué es lo que se supone que ha pasado?

—Mike ha vuelto, por lo visto para quedarse —comenzó—. Y pretende que trabajemos codo con codo.

—¿Y cuál es el problema?

Elle se colocó a mi lado y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Sí, eso, Sarah... ¿Cuál es el problema?

Le di un suave golpecito con el hombro para que dejara de chincharla, aunque lo cierto es que me hacía gracia verla en esa tesitura. ¿Sarah sin saber cómo explicarse? Eso era completamente nuevo y valía la pena regodearse un poco en su palpable sufrimiento.

—Pues que... es un imbécil.

—Ah, claro —murmuré lacónica—. Eso lo explica todo.

—¿Tú también?!

—¿Yo? ¡Pero si no he hecho nada!

—Unirte a esa bruja —continuó, señalando a Elle con un gesto de la cabeza antes de dirigir la vista hacia el armario y buscar alguna prenda más—. Estáis fatal, ¡las dos!

—En ese caso, tienes suerte de que ya no tengas que aguantarnos mucho más tiempo.

Sarah se giró de forma brusca y repentina y se nos quedó mirando, cogiéndonos por completo por sorpresa. Nos observó primero a la una y luego a la otra con una mirada que no supe descifrar. De pronto, su rostro, primero terso y suave, comenzó a desfigurarse hasta convertirse en un puchero. Entonces, se acercó a nosotras, con los brazos elevados y nos abrazó a la altura del cuello.

—Os voy a echar tanto de menoosssss...

Elle y yo nos miramos sin dar crédito y al final nos dejamos llevar. Las tres nos fundimos en un inesperado abrazo y nos recreamos en él durante unos segundos en los que decidimos callar todos los miedos que todas esas pullas y burlas en realidad escondían, tal vez con la vaga y absurda idea de que quizás así, doliera menos verla partir.

Volvimos a separarnos pasado un rato y vi que Sarah se pasaba una mano por las mejillas para arrastrar un par de lágrimas traidoras.

—Sarah...

—No... no es nada, chicas. Es solo que, bueno... cuesta dar el paso y sé que voy a echar de menos todo esto... y a vosotras.

—Puedes venir siempre que quieras —continuó Elle, contagiada por la emoción.

—Ya lo sé. Pero no será lo mismo. Vosotras seguiréis compartiendo estos momentos y yo, en cambio, tendré que vérmelas sola. ¿Con quién voy a hacer un maratón de series por la noche?

—Podemos hacerlo por *skype*... —añadió Elle, y no me pareció una idea descabellada.

—O podemos reservarlas para la noche del viernes y así, te quedas a dormir aquí un día a la semana —añadí yo.

—¿Me prometéis que no veréis capítulos sin mí?

—Claro que no lo haremos.

—Bueno, quizá alguno... —murmuró Elle, con una sonrisa que logró contagiar a la otra.

—Pero, no puedo pedirlos que mantengáis intacto mi dormitorio... Podéis aprovecharlo para lo que queráis o alquilarlo... Ay, Dios —exclamó de repente—. ¿Vais alquilar mi habitación? ¿Me sustituiréis?

Su comentario nos robó una nueva carcajada, esta vez sincera y redentora. Verla tan desvalida era algo insólito y nos tenía descolocadas a las dos, sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Nadie va a sustituirte, Sarah. ¿Cómo puedes pensar eso después de tantos años?

—No lo sé, Elle... Ya no sé ni lo que pienso. Todo esto es muy raro... y nuevo.

—Es normal que estés asustada, todas lo estamos. Pero no tiene por qué cambiar nada.

Elle y Sarah elevaron la cabeza y me miraron elocuentes, demostrándome quizá que ni yo misma podía creerme mis propias palabras.

—Lo digo en serio. Vale que el día a día no será lo mismo y que te echaremos de menos... Sobre todo cuando nos levantemos y nadie haya preparado café. —Sin esperarlo, mi comentario le robó una sonrisa—. Pero, si lo piensas bien, cada vez son más las horas que pasamos fuera de casa, trabajando y ocupándonos de otros asuntos... Nuestra vida se ha reducido a los minutos que tenemos de tiempo libre... Y esos puedes seguir ocupándolos siempre que lo desees. Puedes venir a cenar o podemos venir nosotras; estoy segura de que tu nevera estará a menudo más llena que la nuestra.

Me gustó que ambas volvieran a sonreír. No quería que el ambiente se

entristeciera ahora que nos quedaban apenas dos semanas para compartir.

—Sí, supongo que tienes razón. Sois un desastre en lo que a la cocina se refiere. No sé cómo vais a sobrevivir sin mí... —dijo, esta vez en un tono muy distinto, recuperando el aplomo y seguridad de siempre.

—No deseches tan deprisa la opción de vernos mendigando en la calle —continuó Elle.

—Bueno... ahora que todo ha pasado... ¿¿Vas a contarme de una maldita vez qué ha pasado con Mike?!

—No.

—¿¿Cómo que no?!

—¿Para que también te lo tomes a guasa?

—¿Y cómo iba a tomármelo sino?

Ladeó la cabeza, lo cual, todavía me hizo más gracia.

—Está bien... ¡pesada! —Cogió aire y lo expulsó con fuerza, en un bufido—. Mike quiere que colaboremos. Pero no me he vuelto loca por eso. Fue la forma de decirlo lo que no me gustó, como si diera por supuesto que así debía ser, fuera cual fuera mi opinión al respecto. El hecho es que, a pesar de formar parte de la misma empresa, Vaus y Spencer trabajamos por separado. Ellos son abogados. Mike es abogado. ¿Qué narices hace inmiscuyéndose en mi trabajo? Además, esos aires de superioridad con los que ha venido...

Podía entenderla, ahora un poco más que antes. Pero eso no le quitaba razón a Elle. Había algo más en todo aquel asunto de Mike que perturbaba a Sarah más de la cuenta. Pero no valía la pena echarle más hierro al asunto. Ya nos habíamos metido con ella suficiente.

—Dale un poco de margen, a ver cuál es su siguiente paso. Tal vez te sorprenda.

—Lo que me sorprendería es que regresara a California, que es de dónde no debió de salir.

Vale, definitivamente algo más le pasaba. Contadas eran las ocasiones en las que un hombre la había alterado de ese modo, muy contadas. Tanto que cabían en una mano, igual que el número de chicos con los que había salido.

¿Coincidencia?

—¿Qué estabais haciendo? —dije para rebajar un poco la tensión.

—Sarah me estaba regalando algunos de los jerséis que ya no usa.

—Ni lo sueñes —respondió aquella, ahora de espaldas, inclinada sobre la cama en la que había más ropa.

Elle me miró y rio divertida, si hubiera colado le hubiera obligado a compartir esos jerséis conmigo.

—Estoy comenzando a guardar mis cosas para que luego no se me acumule todo el trabajo. Por ahora, estoy con la ropa que menos uso, o de la que puedo prescindir durante estas dos semanas. ¿Quieres echarnos una mano?

—En realidad estoy agotada... me apetecía tumbarme un rato. He tenido un día muy movido.

—No te preocupes.

—Pero creo que Elle sí que necesita de tu ayuda. Podrías echarle una mano mientras vais guardando cosas.

—¿Yo? —se extrañó.

—¿No necesitabas echarle un vistazo a tu currículum?

—¿Tu currículum? ¿Qué le pasa a tu currículum?

—Nada... Es solo que no sé cómo hacerlo más atractivo.

Las dejé hablando del tema y me dirigí a mi dormitorio, situado apenas a unos pasos de distancia. Si más tarde seguían liadas, les echaría una mano. Pero necesitaba unos minutos para mí.

Me tumbé en la cama y de debajo de la almohada saqué una pequeña libreta en la que últimamente escribía demasiado. Desde que empecé a hacerlo sentía que una pequeña parte de mí se recuperaba lentamente, como si sacar todos los sentimientos tuviera un poder sanador. Ahí me permitía ser yo misma, feliz o enfadada, pero siempre yo. Había llenado páginas y páginas con algunos de mis pensamientos, muchos de ellos de forma repetida. Al observarla me sentía poderosa, como si fuera capaz de desmembrar esa parte de mí que sobraba y confinarla en algo tan pequeño como un sencillo cuaderno. La abrí y fui pasando las hojas sin prestarle demasiada atención.

En mi cabeza tenía un solo propósito, reescribir la lista del modo en el que lo debería de haber hecho la noche de fin de año, tal y como la doctora me había recomendado. Cogí un bolígrafo que tenía siempre sobre la mesilla y

busqué una página en blanco. Necesitaba ponerme cómoda. Me recosté contra la pared y doblé las piernas para apoyar el cuaderno encima. Jugueteé con el bolígrafo y lo apoyé mil veces en el folio. Cogí aire, cerré los ojos y traté de concentrarme. Sin embargo, cuando había dejado pasar unos cuantos minutos, al final comprendí que era absurdo y que aquella no sería una tarea tan sencilla. Necesitaba comprenderme primero para luego, entender qué era lo que quería poner en ella, lo que quería cumplir antes de los treinta y lo que necesitaba para sentirme bien conmigo misma.

CAPÍTULO 15

Elle.

—¿Por qué quieres que tu currículum resulte más atractivo?

Cogí uno de los jerséis, lo puse sobre la cama y lo doblé con parsimonia.

—Voy a intentar buscar otro trabajo. Uno solo, para no tener que andar todo el día dando vueltas por toda la ciudad. Quiero empezar a centrarme, ¿sabes?

Sarah me observaba de aquella forma tan peculiar con la que parecía poder ver a través de tu piel.

—¿No quieres seguir trabajando en *Marshall Brothers*? Es una gran empresa, Elle.

—Ya... Ya lo sé. Pero no puedo seguir con un contrato de prácticas sin garantías de nada, Sarah. Todas estáis prosperando y yo... Me he estancado. Y no sé muy bien cómo salir de este bucle. —Jugueteé distraída con el puño del jersey que llevaba puesto—. ¿Por casualidad no necesitáis a nadie en la empresa?

Su gesto se dulcificó.

—¿Y qué harías tú ahí? Te morirías, Elle. Ese mundo no te pertenece y acabaría aplastándote como una hormiga.

—Puedo ser tu secretaria, o la de quien lo necesite.

—Elle, cariño, no es que no quiera darte empleo... Créeme. Es que eso no es para ti.

—Me estoy volviendo loca, Sarah. No sé qué hacer, no sé para qué sirvo, no sé en qué soy buena. Joder, voy a cumplir treinta y no tengo ni idea de qué es lo que quiero hacer con mi vida. Yo solo quiero trabajar y ganar un sueldo con el que poder pagar las facturas y que me deje un poco de tiempo libre para mí, para seguir haciendo fotos y seguir disfrutando un poco de la vida. Pero parece que el mundo y yo no vamos en la misma dirección.

—Eso es porque ni siquiera sabes qué dirección quieres tomar.

—No me ayudas con eso.

—No lo pretendía.

La miré de reojo y seguí jugando con el puño del jersey.

—Tienes que centrarte, Elle. Yo puedo ayudarte con el currículum, no me importa. Pero, ¿de qué te servirá si no sabes dónde enviarlo?

Permanecí en silencio mientras escuchaba los engranajes de mi cerebro. Los únicos lugares a los que desearía enviarlo no disponían de vacantes. La suerte, como siempre, no estaba de mi parte.

—¿Y qué hago? —murmuré al fin.

—A ver, pensemos. ¿Cómo te imaginas dentro de diez años?

Giré la cabeza y recapacité. ¿Cómo iba a saberlo? En ese instante, me imaginaba todavía con un contrato de prácticas y mendigando algunos días en el apartamento de Sarah, donde seguramente tendría que compartir habitación con uno de sus hijos y otros tantos en el de Lorie, donde cada noche tendría que escucharla gritar de placer en la habitación de al lado.

—Vale, pues eso es lo primero que debemos solucionar —dijo entonces, obligándome a volver a la realidad.

—No te sigo.

—Haremos un ejercicio. Durante los próximos siete días te dedicarás a pensar qué es lo que quieres hacer, pero de verdad... a consciencia.

—¿Siete días?

—Siete. Ni uno más.

—No puedo decidir mi futuro en siete días. Por si no te has dado cuenta, han pasado casi treinta años y no he sido capaz de hacerlo todavía.

—Por eso mismo. Se acabó lo de perder el tiempo, Elle. Ni un día más.

Sentí un cosquilleo nervioso bajo la piel.

—¿Y qué propones que haga?

—Quiero que te escuches a ti misma, que hables y te sinceres con tu corazón. Pero también quiero que escuches a tu cerebro; a veces, aunque parezca imposible —añadió con una mueca con la que pretendía restarle un poco de seriedad— dice cosas que vale la pena tener en cuenta.

—¿Y qué saco de todo esto?

—Una decisión, Elle. Una maldita decisión con la que comenzar a encarrilar tu vida.

—O sea, quieres que en siete días decida en qué quiero trabajar el resto de mi vida.

—Exactamente.

—¿Y qué pasará cuando lo decida y no haya vacantes?

—Cuando uno desea algo, lucha y se esfuerza por conseguirlo y no espera con los brazos cruzados a que eso que se supone que tanto desea le llueva del cielo, mientras se lamenta una y otra vez por su mala suerte. La mayoría de decisiones importantes conllevan un gran esfuerzo. Solo tienes que pensar si estás dispuesta a hacerlo.

—Sí, por supuesto que estoy dispuesta.

—Entonces —añadió con solemnidad—, empieza a pensar en qué deseas trabajar y lucha por ello. Haz que tu esfuerzo valga la pena.

La temperatura de mi sangre ascendió y un burbujeo inquieto me hizo cosquillas desde dentro. Podía hacerlo; fuera lo que fuese, era capaz de ello. Me sentía subyugada por una sensación de euforia renovada, que corría por mi cuerpo llenándolo de vida. Con el pulso acelerado, desvié la vista y me fijé en el despertador que había sobre su mesilla.

—¡Mierda! —exclamé de repente.

—¿Qué pasa?

—Había quedado con Liam dentro de quince minutos.

Le di un beso precipitado en la mejilla y salí de su dormitorio en apenas un par de zancadas. Me encaminé hacia el mío, cogí el *pendrive* en el que había metido todas las fotos que quería revelar y corrí hacia la puerta principal para dirigirme a toda prisa hacia el estudio que, por suerte, quedaba solo a unas manzanas del apartamento.

—¡Elle! Pensaba que ibas a dejarme tirado —dijo cuando me vio cruzar la puerta casi sin aliento.

—Lo siento, estaba ayudando a Sarah y casi me olvido de que habíamos quedado. ¿Cómo estás?

—Bien, como siempre. Trabajando mucho y durmiendo poco. ¿Qué tal tú?

Con la confianza ganada después de años compartiendo momentos, opiniones y consejos, me adentré en el estudio y crucé el mostrador sin pedirle permiso. Al principio, Liam se encargaba de todo pero con el tiempo,

comenzamos a entablar conversaciones y un buen día me dejó entrar a la parte trasera, en la que revelaba todas las fotos por medio de distintas técnicas. Lentamente, y fruto de mi exacerbado interés en el tema, fue dándome pequeñas lecciones con las que yo fui aprendiendo cada vez más. También ayudó el hecho de que un tiempo atrás nos hubiéramos apuntado a un par de cursos de fotografía juntos.

—Bien... He dejado el trabajo en el cine.

—¡Vaya! ¿Y eso por qué?

—Las cosas no iban bien y decidí cortar por lo sano.

—Pues, en ese caso, me alegro por ti.

—Gracias.

—¿Seguirás trabajando en *Marshall*?

—Estoy barajando opciones, pero sí, mientras no encuentre otra cosa no puedo permitirme dejarlo también. Oye —dije entonces, mudando mi expresión a otra más risueña, puesto que no me apetecía seguir hablando del tema—, no tendrás tú un trabajo para mí, ¿no?

—Ojalá lo tuviera... Estoy seguro de que podríamos hacer grandes cosas juntos. Pero el estudio no da para mucho más, Elle. Entre impuestos y facturas pierdo casi todo lo que gano.

—Lo sé, Liam. Tan solo bromeaba... No te preocupes.

Me dedicó una sonrisa afable y abrió la puerta que había justo a su espalda, tras el mostrador, por la que se accedía a su pequeño estudio.

—Espera, cierra la puerta con llave, por favor.

Volví a salir y le di una vuelta a la llave que estaba puesta siempre en la cerradura para evitar que nadie pudiera entrar sin llamar antes al timbre, por lo menos mientras los dos estuviéramos dentro. Acto seguido, regresé a su encuentro.

—¿Qué has traído? —Encendió el equipo, algunas luces y un ordenador.

—Este mes he acumulado bastantes fotos.

—Lo imaginaba, no has pasado por aquí ni siquiera para saludar.

Ladeé la cabeza y le di un golpecito suave con el hombro, que quedaba muy cerca del suyo. Nos inclinamos sobre el ordenador, el uno al lado del otro, y conectamos el *pendrive* para poder cargar todas las fotos que quería

revelar.

—Vas a alucinar con las que hice el otro día, estoy segura.

—¿Sí?

Liam clicó un par de botones y entonces las fotos se cargaron en la pantalla, en pequeñas miniaturas.

—¿Hay algo que no pueda ver? —preguntó, antes de ampliarlas.

—No, tranquilo. No me va el porno fotográfico. Por lo menos no todavía. —Elevé las cejas un par de veces cuando sus ojos me buscaron divertidos y le hice saber que no era más que una broma. ¿De veras me veía capaz de eso?

—¿Cuáles son esas fotos que dices?

—Mira. —Puse mi mano sobre la suya y su calidez se trasladó a mi piel. No se movió ni un solo centímetro sino que se dejó guiar hasta dar con las últimas fotos que había en la pantalla—. Son estas.

Le di un par de toques al ratón y las fotos del puente se cargaron. Me había pasado toda la tarde anterior retocando las luces y las sombras para que el efecto fuera todavía mejor. De hecho, cené porque las chicas vinieron a buscarme a mi dormitorio, de lo contrario, ni siquiera me hubiera levantado de la silla. Todas eran impresionantes, sin excepciones.

—Joder, Elle... —murmuró, sin alejar la vista de la pantalla.

Apartó con cuidado la silla y se hizo hueco para sentarse en ella.

—Esto es... —Se quedó sin palabras.

El bombeo de mi pecho se disparó mientras le contemplaba embelesada. Solía usar a Liam de filtro cuando no sabía si una foto había quedado perfecta. A veces, una opinión externa solía resultar muy necesaria —e imprescindible— para acabar de descubrir si realmente algo valía la pena.

—Joder, Elle... —repitió—. ¿De veras os colasteis en el puente de Brooklyn para hacer las fotos?

Asentí con la cabeza, orgullosa del resultado de mi pequeña travesura que, por suerte para nosotros, no conllevó ningún riesgo ni consecuencia.

—Son... son increíbles —murmuró, mientras seguía pasándolas una por una—. Como siempre, en tu línea.

—¿En mi línea?

—¡Sí! Todas llevan tu sello, tu propia marca. Te lo digo siempre. Si

escondieras tus fotos entre las de otros fotógrafos, estoy seguro de que sabría distinguirlas sin ningún tipo de problema.

—¿Y cuál es ese sello?

—Tú no haces fotos, Elle, robas momentos, expresiones e instantes que no te pertenecen.

—Soy una buena ladrona, entonces —presumí.

—Ya lo creo que sí. —Se detuvo unos instantes en los que siguió pasando fotos—. Fíjate, en ninguna, en ni una sola —remarcó con especial énfasis— sale alguien posando. No hay artificios ni sonrisas falsas, no hay poses estudiadas. Todo es natural, tan real como el instante en el que se ha hecho cada una de estas fotos.

Volvió atrás y buscó una en concreto. Era la de Sarah y Adam, justo cuando él la cogió y la levantó tras el salto. La felicidad de sus facciones era capaz de dejarte sin habla. En los brazos de Adam parecía una muñeca, como si este pudiera subirla hasta el cielo con un sencillo impulso.

—¿Puedo quedarme una copia para colgarla en el estudio? Por supuesto, pondría tu nombre.

—Claro, ¡me encantaría!

—¿Crees que a ellos les importará?

—Si me regalas una copia para Sarah, no creo que haya problema.

—Eso está hecho. —Movié las manos deprisa y a lo lejos escuché que una máquina entraba en funcionamiento después de que él enviara el archivo para imprimirse—. Por cierto, si alguien ve la foto y me pregunta por ti, ¿te gustaría que les dijera que haces reportajes fotográficos?

—¿Yo? No soy fotógrafa profesional.

—¿Y qué? Ni que necesitaras un título para demostrar tu talento. Además, tal vez así puedas sacarte unos dólares extra a final de mes. De hecho, podríamos ir a medias. Tú haces las fotos y yo el revelado. ¿Qué me dices?

—No lo sé, Liam... No me lo había planteado.

—Vamos, podría ser divertido.

Deambulé por el estudio mientras le daba vueltas. Era la primera vez que me planteaban colaborar como fotógrafa. Vale que el estudio de Liam era pequeño y que no tenía nada que hacer contra grandes empresas, pero era justamente eso lo que a mí me había enamorado de él, de su trabajo. Se

entregaba con toda su alma en cada proyecto y vivía por y para la fotografía. Sus clientes no éramos números, nos conocía a todos y también conocía nuestros gustos. Y eso le convertía en imprescindible para todos los que frecuentábamos su estudio en busca de cualquier material o sencillamente, para revelar las últimas fotos que hubiéramos hecho. Tal vez no me diera para ganarme un sueldo completo, de hecho, seguramente no lo haría jamás, pero quizá pudiera ofrecerme unos ingresos extra, por pequeños que estos fueran.

—Pero, ¿cómo lo haríamos?

—A través del estudio. Podemos facturarle a mi nombre y luego yo te pagaría la parte que acordáramos.

No me parecía mala idea aunque me gustaría comentarlo antes con Sarah, ella sabía mucho más que yo de estos temas. Sin embargo, había conseguido despertar algo nuevo en mí y me gustaba esa renovada sensación. Podría hacerlo, al fin y al cabo, me encantaba hacer fotos y ahora disponía de una gran cantidad de tiempo libre.

—Podría ser divertido.

Liam se recostó en el respaldo de la silla y se inclinó hacia atrás mientras jugueteaba con un lápiz en la boca, sin perder de vista ni un solo instante la pantalla, en la que seguía pasando fotos. Pasé por detrás, me coloqué a su lado y me senté sobre la mesa, junto al ordenador, dejando las piernas colgadas. Las balanceé con suavidad mientras me imaginaba cómo sería recibir la llamada de algún interesado en uno de mis reportajes.

—¿Cómo debe ser?

—¿El qué? —preguntó, sin apartar la vista de la pantalla. Más máquinas se pusieron en funcionamiento.

—Que te llamen... que quieran que seas tú el encargado de hacer un reportaje.

—Es agradable. Sobre todo cuando disfrutas haciéndolo.

—¿Debería buscarme un nombre artístico?

Entornó la mirada y me observó de medio lado, con una sonrisa agradable.

—A mí me gusta tu nombre... Es sofisticado.

—¿Elle Wright? ¿O mejor Danielle Wright?

—*Mmmmm...* Prefiero la primera opción.

—Sí, a mí también me gusta más.

—Ves... incluso tienes nombre de fotógrafa.

—¿Nombre de fotógrafa? —reí—. No existen nombres de fotógrafa.

—Lo sé, pero queda bien.

Me perdí en la gran cantidad de imágenes que forraban las paredes del interior de aquel estudio, era una de las pocas privilegiadas a las que le estaba permitido el paso. Liam seguía enviando fotos a distintas máquinas mientras paseaba el ratón entre todos los archivos, ampliaba y estudiaba todas las fotos con una expresión de fascinación.

—¿Crees que alguien se interesará por mis fotos?

—Podemos colgar algunas más, si quieres. De hecho, puedo poner alguna en el escaparate.

—¿Harías eso por mí?

—Podemos probarlo... No te garantizo nada, Elle. Es un estudio pequeño, tú lo sabes. Pero si puedo ayudarte con un gesto tan sencillo como este, para mí será un placer.

—Te lo agradezco, Liam... No sabes cuánto. Ahora que tengo tantas horas libres, me siento más asfixiada que nunca.

—Eso no es por el tiempo libre —aseveró—, es porque tienes demasiadas cosas en la cabeza que te preocupan. Créeme.

—Tú lo has dicho.

—Todo pasará, no desesperes. Aunque no creo que te libres de los dolores de cabeza fácilmente... vienen con la edad.

—¿Me acabas de llamar vieja? —solté divertida.

—No, ¡no! —rio y me gustó el dibujo que crearon sus facciones—. Solo decía que conforme adquieres más responsabilidades... el peso de estas también es cada vez mayor.

Nos detuvimos en ese punto y él volvió a perderse en las imágenes que seguía deslizando en la pantalla. Le veía ampliar y reducir, a veces acercaba el rostro a ella más de la cuenta y otras se alejaba, como si pretendiera observarla desde otra perspectiva. Tenía una melena frondosa y ondulada de un tono castaño clarito, siempre despeinada, como si jamás pudiera estarse lo suficientemente quieto como para que esta se mantuviera en su sitio. Liam era alto, de figura esbelta y robusta. Lo que contrastaba con la suavidad de sus manos, dulces y de grácil movimiento. Siempre llevaba una camisa de

cuadros abierta, dejando a la vista la camiseta que lucía debajo, cada día con un personaje, logotipo o dibujo distinto. Las compraba por internet en distintas tiendas de todo el mundo y todas ellas eran demasiado *frikis* para ser llevadas por alguien que no tuviera una gran y firme personalidad. De hecho, fue él quien me regaló la camiseta de *Uniporn*, en la que podía verse a un unicornio metiendo el cuerno en el agujero de tantos *Froot Loops* como la longitud de este le permitía. Desde entonces se había convertido en una de mis favoritas.

—¿Este es Olly? —dijo de pronto.

Volví la cabeza y me fijé en la pantalla.

—Sí.

—Parece la portada de un disco.

—¿Verdad que sí?

—Esta también sería una buena elección para poner fuera, en el escaparate. Desde luego, te obliga a girarte para mirarla; lo quieras o no. ¿Puedo?

—Se lo preguntaré, pero no creo que haya ningún inconveniente. Es más, te lo confirmo ahora mismo.

Saqué el teléfono y abrí *WhatsApp*. Pasaban de las ocho y media de la tarde y no estaba segura de que todavía estuviera en el cine, puesto que había perdido por completo el control sobre sus turnos. Por si acaso, tecleé rápidamente un mensaje, pues él siempre solía llevar el móvil encima.

«Mira a tu izquierda. No, ahí. Más, un poco más a la izquierda. ¿Me ves? En serio, ¿qué buscas? Jajaja Es broma, no sé dónde estás así que no sigas buscándome porque no me verás. ¿Cómo te va? ¿Qué tal el día en el cine? ¿Me has echado de menos? Oye, te escribía porque quería comentarte una cosa. Estoy en el estudio de Liam y estamos hablando para hacer algo juntos. El caso es que necesitaría exponer algunas fotos para que los clientes puedan ver mi trabajo y hay una en concreto que me gusta mucho, en la que sales tú. ¿Te importaría que la pusiera en el escaparate? Dime que no, pooooorfi. Por cierto, ¿nos vemos pronto? Un besito».

Dejé el móvil sobre la mesa, justo a mi lado, y volví a centrarme en Liam, que había subido las piernas sobre la mesa y tenía el respaldo de la silla inclinado hacia atrás bajo su peso.

—¿Y si no funciona? —pregunté entonces, con miedo.

—No habrás perdido nada.

—Prefiero no hacerme ilusiones. Seguramente nadie llame ni pregunte por mí.

—Pues sí que sucumbes rápido a la derrota.

El móvil vibró a mi lado. Lo cogí y abrí el mensaje.

«Hoy ha sido un día duro, James continúa igual de insoportable. Por suerte, mi turno ha terminado, aunque tengo un poco de lío. ¿De qué foto hablas? Si crees que puede ayudarte (y salgo vestido) puedes usarla. Podemos cenar juntos el martes por la noche si quieres. Un beso (o más de uno). ¿Puedo pedirlo yo? ¿O esto solo vale cuando tú lo necesites? Creo que no aclaramos muy bien ese punto».

No pude evitar el vuelco que me dio el estómago al leer esas últimas palabras. O más de uno, me repetí. A lo largo del día no había vuelto a pensar en él. Había estado ocupada echando una mano a Sarah y después, las fotos habían absorbido el resto de mis pensamientos. Sin embargo, sus palabras despertaron al dragón, que ahora rugía inquieto.

—No hay problema, Olly dice que puedes ponerla en el escaparate.

Sostuve el teléfono y pensé una respuesta mientras Liam la buscaba de nuevo y escogía el tamaño y la calidad con la que quería imprimirla.

—¿Me harás una copia para mí?

—Claro. ¿Es para ti o quieres regalársela?

Lo pensé, todavía con el teléfono entre las manos.

—Para mí.

—Ok.

Se puso el lápiz detrás de la oreja y se incorporó para dirigirse hacia la otra punta. La pantalla de mi teléfono volvió a iluminarse y el chat abierto apareció de nuevo. Tecleé deprisa.

«¿Qué te parece si traigo una pizza a tu pequeño búnker?».

Ni siquiera me dio tiempo a desviar la mirada cuando el teléfono vibró entre mis dedos.

«¿Tan irresistible me he vuelto para ti que necesitas repetir?».

Mi columna vibró con la misma intensidad que el propio teléfono.

«¿Alguien está más juguetón de la cuenta?».

Tenté, ahora a la espera de su respuesta.

«Ahora que lo dices, quizá sí.»

«En ese caso, será mejor que me lo piense... No me gusta jugar con fuego».

«Podría fingir que me lo creo, pero mentir no va conmigo. Te encanta el fuego, Elle... Y te encanta jugar con él. Quiero una cuatro estaciones, ¿te espero a las diez?».

Me sobresalté cuando, al desviar la mirada, Liam me observaba muy de cerca, con los brazos cruzados sobre el pecho y el lápiz todavía detrás de la oreja.

—¿Qué? —exclamé de forma aguda.

—Nada.

—Liam...

—Nada, tu expresión. Simplemente me ha llamado la atención. Ven — prosiguió, haciéndome un gesto con la mano—, a ver cómo ves el tamaño para la foto de Sarah.

Bajé de la mesa de un saltito y mientras le seguía, respondí al mensaje a toda velocidad.

«Yo soy el fuego, Olly. A las diez estaré ahí».

CAPÍTULO 16

Sarah.

—Edward —llamé desde el interior de mi despacho. No tardó más de unos segundos en aparecer—, ¿a qué se debe la reunión improvisada de esta mañana?

—Es para presentar formalmente la incorporación de Michael Spencer hijo.

—Oh, rayos, ¿lo dices en serio?

—Me temo que así es.

—¿Y por qué nadie me ha informado de esto antes?

—Te lo he dicho tan pronto lo he sabido...

—No, no... No hablaba de ti, me refería a mi padre —concreté, inexplicablemente exasperada.

¿Por qué Mike había tenido que entrometerse en nuestras vidas? ¿Para qué todo aquel teatro con él? Ni Alex ni Eric ni tampoco yo habíamos sido recibidos de ese modo, ¿por qué tenía que ser todo distinto con él?

Me pasé la mano por la falda y luego me recompuse la blusa, que no se había movido ni un solo centímetro de su sitio. Me acerqué hacia una de las paredes en la que tenía un espejo y comprobé mi reflejo. El sutil maquillaje seguía intacto y no había un mechón fuera de lugar. Cogí mi teléfono y la agenda y miré por última vez la hora. La reunión era en la planta de arriba, en la sala de reuniones de las oficinas de Spencer.

—¿Te encargas de las llamadas? —pregunté al pasar junto a su mesa.

—Por supuesto.

Me dirigí hacia el fondo del pasillo, donde estaba situado el despacho de Eric. Me detuve frente a su puerta y le contemplé, después de saludar a su ayudante con una sonrisa. Estaba absorto en la pantalla, tanto que ni siquiera se percató de mi presencia. Di un par de golpecitos en la puerta de cristal y alzó la mirada de golpe.

—Ey —dijo, se sacó las gafas de pasta y se dejó caer hacia el respaldo de la silla.

—¿Subimos juntos?

—¿Es que te da miedo perderte, hermanita?

—Dios mío —suspiré—, y que consigas ligar con lo imbécil que eres...

—Vaya, veo que alguien no se ha levantado hoy de muy buen humor.

—¿Buen humor? ¿Crees que perder el tiempo con esta estúpida reunión puede ponerme de buen humor?

—Vamos, es Mike, ¿no te alegras de que haya vuelto?

Se puso en pie y rodeó su mesa. Al igual que el mío, el suyo era un despacho amplio y luminoso, también con un gran ventanal a sus espaldas. Todo estaba decorado en tonalidades mucho más sobrias y grises y apenas había en el interior objetos personales que pudieran hablar un poco de su personalidad. Eric era así, siempre separaba su vida personal del trabajo.

Cogió la solapa de la americana y guardó su teléfono en el bolsillo interior. A continuación, cogió también su agenda y se aproximó a la puerta, donde yo seguía esperándole.

—¿Cómo llevas la mudanza?

Di media vuelta para dejarle pasar y comenzamos a recorrer el pasillo el uno junto al otro.

—Supongo que bien.

—¿Ya te imaginas viviendo sola?

—No le echas más leña al fuego, anda...

—¿Es que has cambiado de idea?

Nos detuvimos frente a uno de los ascensores y Eric pulsó el botón mientras me observaba cauteloso.

—No, no es eso. Pero es un cambio importante.

—Por supuesto que lo es. Pero eso no debería asustarte.

—No estoy asustada.

—Hermanita...

—Eric, estamos en el trabajo, lo de hermanita está de más.

—Te saco casi dos cabezas de altura.

—¿Y?

—Eres una estirada.

Suspiré resignada. Trabajar con tu propio hermano podía llegar a resultar exasperante en determinadas ocasiones.

—Sarah, todo saldrá bien —dijo, ahora en un tono distinto—, y ahora te lo digo en serio.

—Eso espero.

Las puertas se abrieron y nos colamos en el interior.

—¿Qué opinas de la llegada de Mike? —pregunté, tras unos instantes de silencio.

—Que no parece el mismo.

—En eso tienes razón.

Las puertas volvieron a abrirse y aparecimos ahora frente a la gran recepción de las oficinas de Spencer. Las tres chicas que había en el gran mostrador nos saludaron con extrema educación, una formalidad a la que todavía no lograba acostumbrarme. Atravesamos el largo pasillo, idéntico al de nuestras oficinas, y llegamos a la gran sala de reuniones que había situada en una esquina. Mi padre nos esperaba dentro junto con los tres Spencer y el resto de socios minoritarios de la empresa. Era la única mujer de la sala aunque eso jamás me hizo sentir inferior a ellos.

—Buenos días —nos recibió Michael padre.

—Buenos días —dijimos al unísono.

Recorrimos la sala y nos dirigimos hacia el otro extremo, junto a mi padre. El resto comenzó a ocupar también sus asientos a excepción de Michael padre, que permaneció en pie. Dejé de observarle por un momento y me fijé en Mike, que estaba sentado a su derecha, sin quitarme ojo de encima. Se me cerró el estómago y mi respiración se aceleró, aunque me afané en controlar mis propios instintos. No era precisamente el mejor lugar para perder los estribos. Así que opté por la vía fácil y volví a desviar la mirada hacia su padre, que ahora llamaba nuestra atención.

—Buenos días a todos. Me alegro que hayáis podido encontrar un hueco en vuestras apretadas agendas para venir. Como sabéis, mi hijo Michael —dijo, haciendo un ademán con el que le señaló a pesar de que todos sabíamos quién era— ha regresado recientemente de California y lo ha hecho para quedarse. Así pues, tras haber demostrado su valía durante todos estos años, le he ofrecido volver a casa, a esta casa. Frente a cada uno de vosotros tenéis un expediente con algunos de los resultados más importantes de su trabajo.

Podéis echarle un vistazo y opinar vosotros mismos. Mi petición es la de permitirle entrar en *Vaus Spencer & Co* como socio mayoritario, en las mismas condiciones en las que estáis el resto de hijos.

—¿Como socio mayoritario? —exclamé, sin poder evitarlo.

Todos se giraron en mi dirección aunque mis ojos solo pudieron captar una única mirada, una que me taladró para atornillarme después a la silla en la que seguía sentada y de la que estaba segura que no me podría levantar tan fácilmente en ese instante. Su expresión se mantuvo impertérrita, sin dejar mostrar ni una sola emoción.

Volví a centrarme en su padre.

—¿Tienes alguna objeción, Sarah?

—No... bueno, sí. Sí que la tengo. —Casi podía cortar con un cuchillo la tensión que se estaba acumulando a mi alrededor. Mi padre me observaba paciente, sin rechistar, dispuesto a escuchar mis razones antes de opinar al respecto de mi seguramente precipitada reacción—. Es decir, todos los que estamos aquí hemos pasado por un periodo, largo en la mayoría de los casos, en el que lo hemos dado todo por la empresa antes de convertirnos en socios mayoritarios de la misma. Sé que Michael es bueno en su trabajo —me apresuré a añadir, antes de que aquello pudiera tomarse como una rabieta que poco podría beneficiarme—, estos informes lo avalan y soy consciente de que, de no ser así, no nos habríamos reunido hoy; pero... Creo que no sería justo para el resto de socios... ni tampoco para el resto de hijos —puntalicé, esta vez refiriéndome mucho más concretamente a Alex, a Eric y a mí, tratando de ganarme así su simpatía y apoyo.

Me pareció ver algún atisbo de conformidad entre los presentes aunque ninguno se atrevió a pronunciarse después de mis palabras. El silencio comenzaba a pesar demasiado. Entonces, cuando creí que ya no iba a poder soportar la presión, fue mi padre el que cogió el relevo.

—Michael, creo que Sarah tiene razón. Sus argumentos son sólidos y fundamentados. Todos los socios, incluidos nuestros hijos, han pasado por un periodo previo antes de pasar a ocupar su actual cargo.

Le sonreí de forma disimulada, agradeciéndole en silencio su apoyo y abrazándole mentalmente tan fuerte que temí partirlo en mi propia imaginación. Me giré hacia Michael y no me pareció ver el rencor en sus ojos, y aquella era una de las cualidades que más me gustaba en él. Era un

hombre justo, siempre lo había sido. Y, al igual que mi padre, pude ver la conformidad en sus ojos. Lo que me llevó a pensar que tal vez esta propuesta no hubiera salido de él sino del propio Mike, que había tratado de persuadirle para que lo lograra sin tener que ganarse antes esa condición, tal y como lo habíamos hecho el resto. Le miré y su expresión esta vez me lo confirmó. Bingo.

—¿Os parece que sometamos la decisión a votación?

Un murmullo general mostró el acuerdo.

—Está bien. Lo haremos a mano alzada —prosiguió—. Nosotros dos —dijo, refiriéndose a él mismo y a mi padre—, dada nuestra implicación, nos abstendremos, a no ser que haya una situación de empate real. ¿Os parece? —Todos asentimos, incluido mi padre—. Michael, lo siento pero debo pedirte que abandones la sala mientras se realice la votación.

Asintió, se puso en pie y se recolocó la americana en un gesto que me paralizó unos instantes, como si con ello me hubiera lanzado un hechizo de hielo. Sentí frío y calor al mismo tiempo, todo mezclado en mi interior, en mis manos y en mis piernas. Agradeció a los presentes con un gesto educado y desapareció para cerrar la puerta al salir. A través de la acristalada pared le seguí, al tiempo que sus ojos seguían taladrándome desde la distancia. Se me secaron los labios justo cuando, tras una última mirada que estaba segura de que no olvidaría fácilmente, desapareció al final del pasillo, quedando ahora lejos de nuestro alcance y así, ajeno a la votación. Cogí el vaso de agua que tenía frente a mí, junto al expediente de Mike y lo llevé a mis labios para hidratarlos de nuevo. ¿Qué narices me pasaba?

—Entonces —dijo Michael—, ¿votos a favor de que Michael sea nombrado socio mayoritario?

La espera, a pesar de no durar más de unos segundos, se hizo eterna. Todos nos miramos de forma intermitente, tratando de descubrir nuestras opiniones. Entonces, cuando creí que ya nadie iba a pronunciarse, dos de los siete socios minoritarios alzaron la mano. Ni siquiera Alex se pronunció a favor del nombramiento de su propio hermano. Y no podía reprochárselo, a él le había llevado nada menos que cinco años de duro y extenuante trabajo conseguir el suyo propio.

—¿Votos en contra?

El resto de socios levantamos la mano, en una clara mayoría. La decisión

estaba tomada.

—Bien. En este caso, la decisión está clara. Mike ocupará un puesto en la empresa y tendrá que esperar a su nombramiento como socio hasta que todos estemos de acuerdo. Si nadie tiene nada más que comentar, aprovechando que estamos todos, podemos dar la reunión por finalizada.

Llegué a mi despacho todavía con una sensación de gelatina en mis piernas. Toda yo temblaba de un modo distinto y desconocido para mí. Ni siquiera los nervios previos a cualquiera de las actuaciones, castings o pruebas a las que me había presentado a lo largo de mi vida se parecían lo más mínimo a lo que en ese instante estaba experimentando. Era... distinto. Intangible pero real al mismo tiempo. Inexplicable. Me acerqué a la mesa y solo me dio tiempo a dejar la agenda sobre ella cuando unos pasos me alertaron de una presencia a mis espaldas. Cogí aire, lo solté y me giré, haciendo acopio de toda mi serenidad y ocultando la confusión de mis propias emociones.

—Michael... —dije nada más girarme, sin dudar de que era él antes incluso de darme la vuelta.

—¿Por qué has tenido que hacerlo?

—Porque era lo justo.

—¿Lo justo?

—Sí, Michael, lo justo. ¿Sabes cuánto tiempo tardó Alex en ser nombrado socio? ¿Y Eric? ¿Sabes cuánto me costó a mí?

—¿Todo esto es por ti?

—¿Por mí? —Di un paso al frente, aproximándome más a él, en actitud desafiante y precavida a la vez—. Nada de esto es por mí.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué más te da?

—¿Que qué más me da? —Sonreí, ahora con cierta superioridad. Sentía las venas de mi cuello dilatadas y los vasos sanguíneos conduciendo la sangre por ellos en un bombeo más fuerte de lo normal—. Que me hagas esta pregunta no hace más que confirmar mis motivos para hacer lo que he hecho.

Esta vez él dio un paso más, aproximándose a mí de forma peligrosa. Su fragancia me llegó, peligrosa y ávida de poder, y el temblor de mis piernas se intensificó. Sentí el calor en mi pecho, en la nuca y en mi vientre, y maldije mentalmente los sucios e inapropiados efectos que la testosterona que

desprendía Michael producía en mis hormonas. Malditas, jodidas y puñeteras hormonas.

Pero conseguí mantener el tipo y permanecí inmóvil, sin apartar la vista de sus ojos.

—¿De qué tienes miedo, Sarah?

Su voz sonó en un susurro ronco, tan cerca de mí que su aliento me acarició. Olía a menta suave y fresca y por un segundo se me nubló la razón. Tragué saliva y conté mentalmente hasta cinco.

—¿Miedo? —murmuré, en un tono considerablemente más bajito que antes—. Yo no tengo miedo.

—Entonces, existe una pequeña esperanza de que todavía quede algo de la Sarah que un día creí conocer detrás de toda esta fachada de formalismo y distancia —añadió en un murmullo, justo antes de recorrerme con la mirada de arriba abajo. Sentí el cortocircuito en mi mente y en mi cuerpo.

Dicho esto, me dedicó una sonrisa y dio la vuelta sobre sí mismo antes de encaminarse hacia la puerta, provocando con el movimiento que una estela de su perfume impactara contra mí con la fuerza de un boxeador. El K.O fue instantáneo. Ni siquiera podía moverme, incluso cuando Edward apareció después de no supe cuántos segundos de que el otro se fuera.

—¿Estás bien? No me ha dado tiempo a detenerle... —se excusó—. ¿Sarah...?

Me costó volver a la realidad mientras mi respiración seguía agitada por culpa de su perfume, pero me obligué a hacerlo, a pesar de la danza a ritmo de tambores que estaba teniendo lugar en mi interior.

—Descuida, Edward... —murmuré, antes de recuperar mi tono habitual—. No tienes que disculparte. Cuando aparezca cualquiera de los Spencer, no le cuestiones el paso nunca.

—Claro.

Lo que él no sabía era que el único Spencer que se atrevería a hacer tal cosa era Mike. El único que, al mismo tiempo, era capaz de arrasar con todo lo que pillara a su paso.

CAPÍTULO 17

Elle.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

Me llevé otra cucharada de cereales de colores a la boca mientras Sarah soplabla sobre la taza de café que tenía en las manos, todavía demasiado caliente para poder bebérselo.

—El domingo hablabas de dedicarte a crear páginas web, ayer de hacer reportajes fotográficos en bodas y eventos. ¿Cuál es el oficio de hoy?

Me metí otra cucharada en la boca sin dejar de mirarla.

—Son las seis y media de la mañana, Sarah.

—¿Y qué?

—Ni siquiera tengo las neuronas despiertas todavía.

—Pues deberías.

—No todos somos robots como tú.

—No soy un robot. —Volvió a soplar el café con una mueca exasperada. Se ponía nerviosa incluso perdiendo el tiempo con cosas tan simples como esa.

—Ya, claro.

Me fijé un poco más en ella. Agarraba la taza con fuerza, intranquila. Solía tomarse el café en la mesa, conmigo, sin embargo, ese día no podía estarse quieta, sus pies iban de un lado a otro. Aunque fuera con pasitos diminutos.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí?

—No veo a nadie más en el salón.

—No me pasa nada.

—Claro.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé... quizá por el tono con el que acabas de preguntarlo, o tal vez

porque parece que vaya a darte un ataque al corazón de un momento a otro, tu cabeza vaya a empezar a girar y te conviertas en una versión dos punto cero de la niña del exorcista.

—¿Podías ser más gráfica? —inquirió irónica.

—Podía... pero ya te he dicho que tengo las neuronas dormidas.

Se acercó la taza a los labios y esta vez sí que le dio un pequeño sorbo al café. Opté por la técnica más efectiva. Dejé el bol de cereales a un lado, crucé los brazos sobre la mesa y me la quedé mirando fijamente, apenas sin pestañear. No tardó más de algunos segundos en reaccionar como esperaba que lo hiciera.

—No hagas eso.

—Pues cuéntamelo.

—Elle... —aseveró unos instantes después en los que seguí mirándola fijamente.

—Cuenta.

—Demonios, Elle, ¡para!

Sonreí y alcé las cejas un par de veces en un mohín burlón. Pulso ganado. Resultaba tan fácil sacarla de quicio a veces...

—Es por Mike.

—¿Otra vez?

—¿Otra? —exclamó sin comprender. Se acercó a la mesa, apartó la silla y se sentó frente a mí—. Deberías lavarte la cara. Parece que hayas vuelto de la guerra.

Hice caso omiso. Era demasiado pronto todavía como para que esas cosas me afectaran.

—Solo lleva unos días en la oficina y ya te ha regalado más cabreos que el incompetente que tuviste antes de conocer a Edward. Y te recuerdo que estuvo contigo unas cuantas semanas.

—Esto no tiene nada que ver.

—¿Entonces?

—No lo sé, ¿vale?

La contemplé mientras volvía a ocultar parte de su rostro tras la gran taza de porcelana rosa y descubrí que sus mejillas estaban sonrojadas y eso que

todavía no se había maquillado. Comencé a reír sin poder evitarlo y entonces, sus ojos me buscaron, como si me hubiera vuelto definitivamente loca.

—¿De qué te ríes?

—De que te pone tontorrón el Spencer este. Es tu criptonita, tu *Harvey Specter* particular —dije, haciendo alusión al personaje de ficción por el que Sarah se derretía y que representaba, como no podía ser de otro modo, a uno de los mejores abogados de la ciudad. Si es que era predecible hasta para eso —. ¡¿Ves?!, incluso sus apellidos se parecen, ¿no te resulta curioso?

Seguí riendo mientras ella continuaba sonrojándose, cada vez más. Podía ser la mujer más madura del mundo para ciertas cosas y para otras, en cambio, era como una cría. Vale que yo no era la más indicada para hablar en este sentido, pero lo mío lo tenía asumido. Me gustaban los unicornios y los cereales de colores, ¡y a mucha honra! Pero lo suyo...

—Michael es un presuntuoso.

—A Sarah le pone Michaaaaaaelllllll —empecé a canturrear como una niña, con la única finalidad de molestarla un poco.

—Elle.

—A Sarah le pone Michaaaaaaelllllll —seguí, riendo todavía más fuerte, ahora que a ella también se le escapaba la risa mientras hacía notables esfuerzos por parecer fastidiada.

—¡Elle!

Rompí a carcajadas cuando el tono de su rostro alcanzó el del más rojo de los pintalabios de Lorie.

—¿No decías que tenías las neuronas dormidas?

—¿Acaso te parece que esa canción hacía alarde de mi gran inteligencia?

—¿Te has levantado graciosa, eh?

—No, joder... en realidad me muero de sueño. Pero es que me lo has puesto muy fácil.

—Mira, déjalo, ¿vale? No quiero hablar del tema contigo.

—Eh, no te enfades, ¡solo estaba bromeando!

Volvió a ponerse en pie rápidamente y se dirigió hacia la cocina para dejar la taza en el fregadero. Me apresuré y la seguí.

—No te enfades, anda. Mike es un gilipollas. Ignóralo o títatelo y dale una

alegría a tu cuerpo, una de dos. Pero no trates de sacar algo de donde no lo hay.

No podía ser, volvía a ponerse roja por momentos. Joder con Michael, ¿qué era lo que tenía para causar ese efecto en ella?

—¿Está bueno?

Trató de reprimir una sonrisa pero no lo consiguió.

—Pero... —proseguí intrigada, dando por hecho que la respuesta era obviamente afirmativa—. ¿Muy bueno...?

Apretó los labios con fuerza.

—Vale, la prueba de fuego. ¿*Harvey Specter* o Mike Spencer? ¡Y...! —puntalicé—. Ten en cuenta que solo me refiero al físico.

Mientras esperaba su respuesta, no pude evitar pensar en Olly y en lo mucho que echaba de menos ese juego tan nuestro de las preguntas sobre famosos.

Pero Sarah no dijo nada y eso hizo saltar todas las alarmas.

—¡¿¿Eeeeeen seeeeeerio??!

Hizo aspavientos con las manos para que bajara el volumen pero no podía detenerme.

—¡¿¿Eeeeeeeeeen seeeerio??!

—¡¿Os queréis callar, joder?! —El grito se escuchó desde el dormitorio de Lorie—. ¡No son ni las siete de la mañana! ¡Locas! ¡Que estáis locas!

Nos miramos en absoluto silencio, como dos críos que acabaran de cometer una jugarreta y hubieran sido pillados, y estallamos en carcajadas silenciosas. Por un momento, colmada de aquella felicidad momentánea que podían ofrecerte momentos como ese, sentí un pequeño vacío al recordar que la cuenta atrás seguía activada y que no era más que cuestión de días que Sarah dejara el apartamento e instantes como ese, entonces, dejaran de existir.

Como si ella hubiera reparado en lo mismo, tras secarse un par de lágrimas producidas seguramente por la mezcla de nervios y de aquellas liberadoras carcajadas, se me quedó mirando y ninguna se atrevió a decir nada más. Me acerqué a ella, yo todavía con el pijama puesto mientras que ella ya lucía impoluta con uno de sus trajes y la abracé.

—Ve pensando en el oficio de hoy, ¿vale? Recuerda que dijimos siete días —me dijo cuando nos separamos.

Hice que sí con la cabeza y me dirigí hacia el dormitorio antes de que pasara más tiempo y llegara tarde a las oficinas de *Marshall*. Todavía tenía muchas horas por delante para hacerlo.

CAPÍTULO 18

Elle.

Comencé a sentirme nerviosa más o menos a media tarde. La mañana en la oficina pasó en apenas un suspiro, como si alguien hubiera adelantado las agujas al reloj. Llegué a casa y me preparé una ensalada que me comí en silencio en el salón. Me resultó extraño no escuchar ni un solo ruido. No había música ni voces; tampoco en el apartamento de enfrente. La vida seguía para todos excepto para mí. Sin embargo, en la inesperada quietud encontré lo que necesitaba, escucharme a mí misma. No quise poner la tele ni encendí los altavoces, quería escucharme, a mis pensamientos y a mis deseos. Traje a la mesa un folio y un bolígrafo para poder anotar todo lo que me viniera a la mente o lo que fuera que necesitara plasmar. Comencé a comer sin apartar la vista del folio, pero este seguía tan blanco como lo estaba mi mente. ¿Por qué no era capaz de encontrar nada que me motivara?

Tal vez no se tratara de que nada me motivara, en fin, la fotografía lo hacía... y mucho. De hecho, seguía esperando que alguien llamara a Liam preguntando por mí, por uno de mis reportajes y las horas del día se consumían con ese único pensamiento. Solo que estas acababan pasando y cuando el día llegaba a su fin, nadie había llamado. Quizá debiera empezar a asumir que lo que a mí me gustaba no resultaba tan atractivo para los demás. Por eso tenía que obligarme a pensar en otras opciones, otras que pudieran darme beneficios y estabilidad a largo plazo.

El resto de la tarde pasó más o menos igual, solo que perdí la mayoría del tiempo curioseando en distintas páginas web que, por lo visto, estaban triunfando. ¿Cómo era posible que siempre hubiera gente con grandes ideas y otros que no supiéramos ni siquiera por dónde empezar?

Oscureció sin que me hubiera dado cuenta y una alarma en el móvil me devolvió a la realidad. Eran las ocho y media y había quedado con Olly para cenar a las diez. De repente, la expectativa de volver a verle, de abrazarle y tal vez algo más, logró sacarme de aquel estado de desidia. Decidí que debía dar por terminada aquella infructuosa búsqueda de nada en concreto y lo primero que hice fue poner la música a todo volumen. Salí de la ducha y me vestí. Escogí unos tejanos ajustados, una blusa con volantes escotada y de

mangas anchas y unos zapatos negros de tacón. Me puse un par de gotitas de perfume en el cuello, en la parte baja de los oídos y también en las muñecas. A continuación, tras comprobar que pasaban ya de las nueve, me puse el abrigo y salí corriendo con el teléfono en la mano. Por el camino aproveché y llamé a la pizzería favorita de Olly para encargarme una pizza y que estuviera preparada cuando yo llegara. Disponía del tiempo justo para ser puntual.

Esta vez no subí a su apartamento sino que bajé directamente las escaleras que conducían hacia el sótano, con la enorme caja de pizza entre las manos. La puerta se abrió después de esperar unos segundos en los que creí que nadie iba a contestar. El rostro de Olly me recibió feliz y ojeroso y de pronto, todos mis males se evaporaron.

—¿Es una cuatro estaciones? —dijo únicamente.

—La mitad de ella sí.

—¿La mitad?

Pasé y cerré la puerta mientras yo buscaba con la mirada alguna mesa que estuviera despejada para poder dejarla encima sin riesgo de manchar nada. Me adelantó, se dirigió hacia una esquina, lejos de todos aquellos aparatos, y apartó unos papeles para dejar hueco a la cena. Dejé la caja encima y la abrí con cuidado antes de mirarle satisfecha.

—Triple de queso.

—¿Triple?

—De hecho, en realidad es mucho más que eso.

Dejé el bolso en el respaldo de la silla y a continuación me quité el abrigo para dejarlo colgado justo encima. Acto seguido, me giré hacia él y concreté todavía más.

—La mitad de la pizza es de cuatro quesos pero triple de queso.

Se pasó la lengua por el labio superior y trató de esconder la diversión de su rostro que en realidad, no pudo obviar.

—Triple... —repitió con voz ronca.

—Exactamente... —arrastré las palabras de forma sensual, como si aquello fuera lo más excitante del mundo.

Ni siquiera comprendí qué era lo que acababa de suceder hasta pasados unos instantes. Su mano apresó mi nuca, con fuerza, mientras la otra se

aferraba a mis costillas, obligándome a permanecer muy cerca de él. Sus labios castigaban a los míos, saboreándolos con deleite. Los separé y su lengua buscó a la mía desesperada. Mi mente se detuvo en ese preciso instante en el que su mano se enredó en mi pelo, mientras con fuerza me inclinaba hacia atrás. No entendía qué estaba pasando pero tampoco me importaba lo más mínimo. Mi cuerpo reaccionaba, cada vez más fuerte, y se entregaba a sus instintos, como si hubiera estado esperando ese momento sin que yo lo hubiera sabido. Sus besos no eran pacientes, sino todo lo contrario. Y yo, ardía de los pies a la cabeza.

Sus manos comenzaron a descender, recorriendo mi espalda como si quisieran grabar en ellas todas mis curvas, hasta detenerse justo donde esta dejaba de considerarse espalda para entrar en terreno más íntimo. Sin embargo, a esas alturas ya me había hecho enloquecer, por lo que su indecisión no hizo más que potenciar esa locura momentánea. Así pues, le mordí el labio inferior y él entendió el gesto. Sus manos continuaron bajando y se aferraron a mis nalgas con fuerza. Tal vez fuera la primera vez que reparara en lo grandes que las tenía, en lo firmes que eran y en lo bien que se amoldaban a mi cuerpo. Se apretó contra ellas y yo me dejé hacer. Entonces, me subió en voladas y lo tuvo todo mucho más fácil. Me agarré a su cuello y conmigo a cuestas, se dirigió hacia el sofá en el que también nos habíamos besado la última vez, tan solo unos días atrás. ¿Iban a ser así todos nuestros encuentros a partir de ahora?

—La pizza... —murmuré durante el breve lapso de tiempo en el que aproveché para coger aire.

—Esto es mucho mejor que la pizza —dijo, dentro de mi boca.

Evidentemente, no pude negar que tenía toda la razón. Así pues, me entregué al deseo de nuestros cuerpos, que parecían necesitarse más de lo que nosotros podríamos haber imaginado. Vibraban necesitados, deseosos de explorarse. Su mano se coló en el interior de mi blusa y el tacto directo de su piel contra la mía me produjo una descarga. Su sonrisa se pegó a la mía, maliciosa y ávida de nuevas sensaciones, y su mano continuó ascendiendo, esta vez hasta rozar el borde de mi sujetador. Mi corazón se detuvo y todo mi cuerpo lo hizo con él. Sus manos, grandes y firmes, encajaron a la perfección sobre mi pecho, ni muy grande ni muy pequeño. Resolló, todavía sobre mi boca y su cuerpo se pegó al mío, sintiendo ahora su excitación pegada contra mi pierna.

Dejé de razonar. Sin más. Como si no fuera más que un cuerpo desprovisto de la única cosa que diferenciaba a los humanos del resto de animales. Me había convertido en uno de ellos. Uno al que no le importaban las consecuencias sino solo el pleno disfrute de su cuerpo, por lo menos en ese momento. Con habilidad, coló la mano por debajo del sujetador y esta vez, el contacto fue todavía más directo. Me arqueé bajo su cuerpo y gemí de forma pausada. Su mano estaba caliente y sus dedos buscaron mi pezón para jugar con él, torturándome todavía más.

—Joder, pelirroja... No hagas eso.

—Abrí los ojos y me topé con los suyos, a escasos milímetros. Nuestros besos no se detuvieron sino que mientras me observaba, llameante y excitado, cogió mi labio entre los suyos y tiró de él, separándose así unos centímetros, permitiéndome enfocar mejor su expresión.

Esta vez fueron mis manos las que buscaron su cuerpo y se colaron por primera vez bajo su ropa. Cuando me aferré a su espalda, me detuve. Su piel era suave. Continué subiendo y me regodeé en cada curvatura, en la columna, en cada recoveco. Sus besos incrementaron el ritmo y yo seguí recorriendo su cuerpo. Las dirigí hacia el abdomen y me asombré al descubrir una firmeza que no esperaba o quizá, no imaginaba. No era una tableta de aquellas de película en la que desearías restregarte. Era dureza pura, fuerza natural. Seguí ascendiendo hasta sentir una fina capa de vello que cubría su pecho, igual de duro. Me volví literalmente loca de deseo.

Habían pasado meses desde la última vez que me había acostado con un tío. Muchos meses. El temblor de mi vientre y la humedad lo corroboraban y además, no era algo que pudieras fingir. Mi cuerpo estaba ansioso y preparado y todo aquello, además, lo había empezado él. Así pues, ni corta ni perezosa, busqué el borde de su camisa, antes de tirar de ella hacia arriba. En un gesto rápido me ayudó y terminó de sacársela, dejando su pecho desnudo. Le contemplé durante unos instantes en los que confirmé mis sospechas. Ese cuerpo no tenía nada que ver con el del Olly que siempre había creído conocer. Puse la mano sobre su pecho y empujé hacia atrás, invitándole a tumbarse. Obedeció y entonces, me incliné sobre él y me recreé en unos besos que ahora quedaban lejos de sus labios. Empecé por el cuello, punto que mordí de forma animal, aunque contenida. Le robé un nuevo gemido que escuché muy de cerca, ahora que su garganta estaba pegada a mi boca. Seguí descendiendo y bajé por su pecho sin dejar de besarle. Toda su piel se erizó.

Sus manos me buscaron, se posaron sobre mi espalda y la empezaron a recorrer en una suave caricia con la yema de los dedos. Bajé un poco más y jugueteé en la zona del abdomen. Me detuve cuando mi barbilla rozó el borde de sus pantalones. De hecho, casi no me dio tiempo a hacerlo puesto que sus manos me cogieron con fuerza por los costados y me obligaron a regresar de nuevo a sus labios.

Sonreí juguetona contra estos y me recreé en la excitación de su mirada. Me sentía poderosa al saberme tan deseada por él.

—Tenías razón... —murmuró ronco—. Eres una jodida llama.

—Y tú te estás quemando.

—Y lo haría hasta quedarme en carne viva.

Me pasó la mano por la parte baja de la espalda y volvió a colocarse sobre mí, dejándome apesada otra vez bajo el peso de su cuerpo. Se hizo con el control y me recorrió con la mirada unos instantes antes de volver a buscar mis labios. Mientras tanto, sus manos tantearon mi blusa al tiempo que su respiración sonaba jadeante muy cerca de la mía. Tiró lentamente de ella y la hizo subir hasta que mi pecho quedó descubierto, tapado únicamente por el sujetador de encaje negro. Liberó a mis labios de la tortura y bajó por mi cuello para luego encajarse en mi pecho donde de golpe, se detuvo. Sentía su respiración a la altura de mi esternón, mezclada con su dulce aliento. Se quedó inmóvil. Mi cuerpo subía y bajaba dominado por la excitación a la espera de su siguiente movimiento, que no llegaba. Bajé la vista y mis ojos se encontraron esta vez con una expresión extraña, desconcertada y nerviosa.

—¿Olly...? —susurré.

Estaba haciendo notables esfuerzos para calmar su respiración.

—¿Olly...? —repetí, incorporándome apoyada sobre mis codos.

Levantó el rostro y lo separó ligeramente de mi pecho, aunque todavía podía notar su aliento contra mi piel, erizada y ansiosa.

Se irguió lentamente, con la mirada perdida, e hizo un gesto con las manos con el que trató de explicarse, a pesar de que parecía no encontrar las palabras para hacerlo. Su silencio comenzó a asustarme. Me incorporé yo también y me bajé la blusa.

—Se me ha ido de las manos. Lo siento.

—¿Qué...?

—Esto... joder, Elle. No sé qué me ha pasado —hizo una pausa y desvió la mirada, como si quisiera evitarme—. Te he visto y me he vuelto loco.

No pude contestarle. Seguía demasiado excitada como para poder comprender qué narices estaba pasando. Cogí aire y me pasé una mano por el pelo para recomponerlo. En ese momento sus ojos me buscaron por primera vez y en ellos distinguí una tonalidad distinta.

—Te he seguido el juego, así que no te culpes por todo.

—Ya... Pero, es que, joder...

Me mordí el labio, no sabía qué hacer. No le había visto nunca así. Todavía seguía con el torso desnudo y mis ojos, sin querer, lo repasaron de arriba abajo. Se apoyó sobre sus muslos y todos sus músculos se tensaron más aún. El perfil de sus costillas quedaba definido mientras que los dorsales también hacían acto de presencia.

—Sigues haciéndolo.

—¿El qué? —pregunté sin comprender.

—Mirarme de ese modo.

Podía mentir. Podía fingir que no era verdad y soltar cualquier excusa absurda. En cambio, tan solo me salió una risita nerviosa que no pude evitar. Giró el rostro de golpe, sorprendido, y eso todavía me hizo más gracia. Mi respiración seguía entrecortada, y tenerlo semidesnudo al lado no es que ayudara demasiado.

—¿Qué quieres que haga? —añadí—. ¿Cómo pretendes que te mire? —Le señalé con la mano con manifiesta evidencia—. Además, ¿qué problema hay? Te recuerdo que fuiste tú el que dijo que mientras no hiciéramos daño a nadie no pasaba nada.

—Ya, y también fui yo el que dijo que bajo ningún concepto nos acostaríamos.

—¿Y lo hemos hecho? —Me temblaron los muslos ante la sola idea de imaginarlo dentro de mí.

—No, pero ahora mismo me tragaría mis propias palabras.

Me costó reaccionar durante unos instantes. Aquella barrera era infranqueable. Lo demás era un juego pero pasar a mayores con tu mejor amigo podía acarrear consigo graves consecuencias... aunque en ese momento nada me apeteciera más en el mundo que tentar a la suerte y

comprobarlo por mí misma.

Escondió el rostro entre las manos y yo me apreté el puente de la nariz. Joder, me iba a costar mucho bajar la excitación que parecía haberse adueñado de mi cuerpo.

—No sé qué me pasa, Elle. Es decir, me gusta esto... sea lo que sea. Pero no pensaba que... —se detuvo.

—¿Qué es lo que no pensabas?

Tardó mucho más de lo debido en responder y lo hizo tras exhalar un lento suspiro.

—No imaginaba las ganas que tendría de acostarme contigo.

—Vaya... No pensaba que pudiera resultarte tan poco atractiva.

—¿Qué cojones dices? —Su brusquedad me dejó sin habla—. Precisamente esto no es porque no me gustes sino todo lo contrario. Jamás había sentido todo esto por ti. Y... joder, es muy raro.

Vale que no debía hacerlo, que era mi mejor amigo y que su frustración debería dolerme. Pero una pequeña parte de mí se alegró. No por su sufrimiento, sino por sentirme tan deseada como para llevar a un hombre hasta ese punto. Sin embargo, la parte racional que todavía había en mí —por suerte—, se apiadó.

—Eh, dejémoslo estar, ¿vale?

—Elle...

—No —corté—. Estás confundido, nada más.

Tensó los labios hasta que estos formaron una fina línea.

—¿Tú no lo estás?

—Estoy demasiado caliente ahora mismo como para responder a esa pregunta.

Juro que lo dije sin pensar, que me salió sin más. Y también supe que quizá no había sido el comentario más acertado cuando sus ojos, abiertos hasta límites insospechados, me escrutaron sin dar crédito. Pero no pude evitarlo. Y ahora tenía dos opciones: tratar de arreglarlo o seguir adelante y que el karma se apiadara de mí algún día.

—No me mires de ese modo, si estoy así es por tu culpa.

Seguí adelante, como era de esperar. Tardó unos instantes pero al final su

expresión por fin comenzó a cambiar.

—¿Qué estamos haciendo? —dijo al fin, con un amago de sonrisa.

—Por lo visto, todo lo contrario a lo que en realidad me gustaría estar haciendo. —Sonó mucho más sensual de lo que en realidad pretendía.

—Joder, Elle, me lo estás poniendo muy difícil.

Su reticencia se me antojó todavía más irresistible y lo peor era saber que en el fondo, él también lo deseaba. Eso lo volvía todo mucho más difícil, porque quería acabar con lo que habíamos empezado, mi cuerpo lo necesitaba. Todo era demasiado extraño porque estaba hablando de mi mejor amigo. Es decir, nos conocíamos desde hacía muchísimos años y jamás habíamos llegado a un punto parecido al que nos encontrábamos ahora. Acariciarle era muy distinto a hacerlo con cualquier otro tío, pero a mis dedos parecía gustarles el tacto de su piel, y a mis labios el sabor de la misma. Era un puñetero caramelo en las manos de una niña a la que no hay que olvidar que los dulces la volvían loca.

—Tienes un problema.

—¿Uno solo? —dijo, cada vez más sonriente.

—Me pregunto qué será más fuerte... ¿Tu palabra o lo que desearías hacerme ahora mismo? —Lo dije en un susurro provocador y me gustó ver el efecto que en el produjeron mis palabras. Sonreí con juguetera maldad.

—No sigas por ahí... por favor.

Me fijé en sus manos y por primera vez en mi vida las vi temblar. Vale, la cosa iba en serio. Su esfuerzo me conmovió y entonces decidí ceder un poco y tratar de olvidarlo. Era una locura. Tenía razón. Aunque me fastidiara tener que dársela y quedarme a medias. Pero no era la única. Y compartir los males con tus amigos siempre era mucho más fácil que hacerlo sola.

—Está bien.

Volvió a mirarme, deseando con todas sus fuerzas que esta vez fuera en serio.

—Mierda.

—¡¿Y ahora qué pasa?!

—Que el mero hecho de que estés de acuerdo hace que todavía tenga más ganas de abalanzarme sobre ti.

—Pues, ¿sabes qué te digo? ¡¡Que lo hagas!! —Y a pesar de que lo dije

sonriendo, deseaba con todas mis fuerzas que lo hiciera.

—No. Tenemos que ser fuertes.

—No me vengas con esas o te juro que no me hago responsable de mis actos.

—No pensaba que fueras de las que se acuestan con un tío a la segunda cita.

—Y yo no sabía que esto era una cita. Además, le llevas diez años de ventaja a cualquiera de mis ligues, así que no me vengas con tonterías. ¿No crees que son suficientes?

—¿Así que eres de las que se enfada cuando se queda a medias?

—¡Que te den, Olly!

Me senté de lado y evité mirarle. Iba a acabar conmigo. Cuanto más jugaba, más deseaba que hiciera lo único que se negaba a hacer. Y ahora que había decidido apoyarle y aguantar por el bien de los dos, parecía estar disfrutando.

—Te brillan más los ojos.

—Y a ti se te anula el cerebro —respondí.

Sentado de lado también, respiró profundo, lanzó una sonrisa al techo que pude captar solo porque en realidad le estaba mirando de reojo y se acercó un poquito más a mí.

—Tu pelo todavía parece más rojo cuando te pones así.

—Y tú... —pero no supe qué más decir.

—¿Y yo... qué?

—Nada —respondí al fin, rendida.

—Este trato es una locura... ¿verdad?

—Lo que es una locura es lo mucho que me gustaría que lo incumplieras.

—Aceptaste las normas.

—Y por lo que parece, tú tampoco estás conforme con ellas.

—Pues dejémoslo estar. Volvamos al principio.

—¿Al principio?

—Sí, al momento anterior a que esto se nos fuera de las manos.

No podía creerlo. Le oía, pero no podía entender cómo era capaz de

mantener sus deseos a raya.

—Pero... ¿por qué?

—Porque esto escapa de nuestro control —dijo, y la responsabilidad de su tono hizo que me sintiera todavía peor por desear que se comportara conmigo como el canalla que era con otras mujeres—. Porque te quiero demasiado para hacernos daño y porque acostarnos lo cambiaría todo. Así que lo siento. Siento haber provocado esto hoy. No debería haberlo hecho.

—Ok.

Se acercó un poquito más a mí.

—¿Estás muy enfadada conmigo?

—Mucho.

Salvó la poca distancia que nos separaba y se sentó a mi lado hasta que nuestros brazos y nuestras piernas entraron en contacto. Empujó un poco su hombro en mi dirección, llamándome la atención. Giré la cabeza y me encontré con un rostro sonriente, amable y conciliador. Así no había quién pudiera fingir enfadarse en condiciones.

—¿No vas a perdonarme?

—Nunca —respondí de prisa, regodeándome en la atención que me prestaba.

Alzó el brazo y lo pasó por encima de mis hombros, acercándose a él. Mi mejilla se posó sobre su pecho y aspiré por última vez el aroma de su piel mientras la suavidad de su vello me acariciaba. Cerré los ojos, cogí aire y lo expulsé antes de poder acabar de contar hasta cinco.

—Por el amor de Dios, ¡¡ponte la camisa!!

La carcajada que rompió el silencio liberó la presión contenida en mi pecho y en mi vientre.

Elevó las manos enseñándome las palmas, estiró el brazo y la cogió del suelo antes de cubrirse de nuevo en un movimiento rápido.

Se puso en pie para agacharse frente a mí. Me cogió las manos con las suyas y me sostuvo la mirada. Aproveché el silencio para desprenderme de una de ellas y pasársela por el pelo para echarle un par de mechones hacia atrás.

—¿Volvemos atrás...?

—Me gustan tus besos, Olly... —dije, y esta vez sonó a súplica. Me gustaban... y mucho.

—Y a mí los tuyos.

—¿Y por qué no seguimos con esto si a los dos nos gusta?

—Porque si vuelvo a besarte no voy a ser capaz de controlarme. Querré más.

—¿Y...? —Porque por mucho que lo pintara como un problema, yo no era capaz de ver el supuesto inconveniente de que así fuera.

—Que no quiero hacerlo sin estar seguro de que no voy a estropearlo todo.

—Pero...

—Elle, todo esto es muy confuso. Soy consciente de que lo inicié yo mismo y por eso me veo en la obligación de ser yo el que tome esta decisión. Si fueras una tía que no me importara lo más mínimo, te juro que ya estaría metido entre tus piernas. —Se me condensó algo muy adentro solo de imaginarlo—. Pero no es el caso y, como te aprecio demasiado, tengo que reconocer que me equivoqué y que no soy capaz de llevar esto sin que la parte más animal de mí salga de dentro cada vez que rozo tu piel.

¿En serio tenía que decirme esas cosas? ¿Ese era el Olly por el que había visto suspirar a tantas chicas? Pues a mí también me gustaba y era injusto que yo no pudiera disfrutar de él. Pero lo peor de todo es que le comprendía y que todavía le quería más ahora que sabía la clase de hombre que era en una intimidad muy distinta a la que habíamos compartido hasta ahora.

—Solo uno más.

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza un poco, estudiándome. Tragué saliva y le mantuve la mirada con firmeza. Solo le pedía una cosa. Solo una. Me lo debía. Por todo lo que habíamos pasado y por lo que por lo visto, no pasaría entre nosotros.

Sus labios se curvaron y la comisura de sus ojos se achinó antes de acercarse. Seguía de cuclillas frente a mí, por lo que no estaba muy lejos. Su boca encajó en la mía y esta vez el beso fue muy distinto. Todas las emociones de mi cuerpo se concentraron en él, en su sabor, suavidad e intensidad y el resto, sencillamente desapareció. Mis miedos se silenciaron, mi excitación dejó paso a algo mucho más intenso y la tensión de mi cuerpo se liberó. Sus manos seguían envolviendo a las mías y ejercieron un poco de presión cuando creyó que iba a separarme. Pero lo cierto es que no quería

hacerlo. Me sentía bien así... ¿Por qué tenía que hacer ver que nada de esto había pasado?

Iba a resultarnos muy difícil volver atrás.

CAPÍTULO 19

Lorie.

—Estoy hasta las mismísimas narices.

Cerré la puerta de un golpe seco y fui hacia el salón, donde Elle estaba ayudando a Sarah a guardar algunas de sus cosas en cajas que iban apilando en una esquina. Las dos se detuvieron y me miraron extrañadas.

—¿Qué te pasa?

—Esa... Esa estúpida de Lily.

—Lorie, cariño... —siguió Sarah en tono meloso—. Necesitaremos más información.

No solía mostrarme tan vulnerable ante nadie, ni siquiera con ellas; lo detestaba, pero es que aquello me superaba. Si seguía así, era solo cuestión de tiempo que mis reservas en el salón comenzaran a bajar.

—Tiene el salón lleno, desde la primera hasta la última hora. Ha tenido que contratar a dos ayudantes más y aún así, no tiene ni un solo hueco disponible. ¡Se está quedando con todas las clientas de Brooklyn!

—¿Qué es lo que ha hecho para tener el salón tan lleno? —siguió Sarah.

—Una oferta masiva —respondí a regañadientes. Recorrí la estancia, pasé entre un par de pilas de cajas y me dejé caer en el sofá. Las chicas se giraron, se acercaron y Sarah se sentó a mis pies mientras que Elle lo hizo sobre el borde de la mesa de centro.

Suspiré, consciente de que esperaban un poco más de información por mi parte.

—Es que lleva semanas así... Parece que quiera acabar conmigo... con mi pequeño negocio. Y ese salón lo es todo para mí. Todavía conservo a mis clientas fijas, pero me da la sensación de que apenas recibo nuevas clientas... Todas prefieren ir a ver a Lily —gimoteé.

—¿Cómo podemos ayudarte nosotras? —preguntó Sarah, solícita.

Elle permanecía pensativa y en silencio, casi podía ver el ritmo de su cabeza mientras le daba vueltas a algo.

—¿Quieres que pregunte en la academia si puedo dejar algunos panfletos de tu salón?

—Gracias... pero tengo que pensar en algo más efectivo.

—Podemos crearnos perfiles falsos y escribir algunas opiniones negativas acerca de su servicio.

La miré y sonreí.

—Esa maldad resulta tremendamente extraña viniendo de ti.

—Qué quieres que te diga, una también tiene su parte diabólica.

—Sarah... —Aunque supiera que jamás lo haría, porque esas cosas no iban con ella, se lo agradecí con todo mi corazón.

Una regla universalmente conocida es que las enemigas de tus amigas pasan a convertirse en tus peores enemigas. Y en ese sentido, yo tenía dos a mi lado que valían como cien soldados de caballería. Y era por eso mismo que el silencio de Elle me extrañaba. Lo normal hubiera sido que empezara a despotricar y maldijera a toda la estirpe de Lily pero, en cambio, parecía ausente. De repente, sacó el móvil de uno de sus bolsillos y como si la cosa no fuera con ella, empezó a buscar algo en él. Sarah, que también estaba pendiente de ella, me miró con gesto comprensivo y me envolvió una mano con la suya, transmitiéndome ánimos. Yo no le pedía milagros a la vida, lo único que quería era que mi negocio, al que había dedicado lágrimas, sudor y todo mi esfuerzo, no fracasara. Nada más.

—Disculpadme —dijo entonces, y desapareció en dirección a su dormitorio.

La vimos marchar y no dijimos nada más hasta pasados unos instantes.

—¿Qué le pasa?

—No tengo ni idea, estaba normal hasta que has aparecido.

¿Elle estaba molesta conmigo? ¿Acaso le había dado motivos para estarlo?

Traté de desviar esos pensamientos. Me sentía demasiado abrumada como para tener que sumar otra preocupación.

—¿Qué puedo hacer?

—No lo sé, cielo... La verdad es que no sé cómo podría ayudarte.

Exhalé un suspiro. Yo tampoco sabía qué hacer pero tenía que encontrar una solución cuanto antes.

Elle no volvió a aparecer y fui yo la que terminó de ayudar a Sarah con las cajas. Al cabo de un rato, Sarah se metió en su dormitorio para terminar de leer unos documentos que necesitaba para la mañana siguiente y yo me quedé en el mío sin saber muy bien qué hacer.

Cuando dejé que pasaran más minutos de la cuenta sin hacer absolutamente nada de provecho, al final abrí el cajón de la mesilla y saqué una libreta del interior. La abrí y busqué un folio en blanco cualquiera. Me recosté contra la pared, la coloqué sobre mis piernas y como si aquello fuera lo único que necesitara, comencé a escribir.

Querida Lorie:

Vas a leer esta misma nota dentro de unos meses, por lo que es probable que recuerdes su contenido. Pero, de todos modos, me gustaría dejártelo por escrito igualmente, tal vez algún día la recuerde, la relea y quién sabe, tal vez me sienta orgullosa de mí misma.

Esta debería de haber sido la carta que escribiste hace diez años. Digo debería porque la verdad es que no lo hiciste. Quizá porque no eras más que una niña inmadura, con demasiados problemas y poca experiencia o tal vez porque acababas de descubrir que había un gran mundo ante tus ojos pendiente de ser explorado. No culpes a esa cría... al fin y al cabo, ¿quién no hubiera hecho lo mismo en su lugar?

Con esta reflexión me gustaría llevarte al primero de mis deseos antes de los treinta. Como habrás deducido, quiero que dejes de culparte y que vuelvas a confiar en ti como habías conseguido hacer. Estoy segura de que puedes —podemos— hacerlo. Sé fuerte, ¿vale?

Me sorprendí a mí misma al releer este último párrafo. Era como si no lo estuviera escribiendo yo. Pero necesitaba sacarlo todo de dentro, tal y como me había recomendado la doctora Olsen, y lo necesitaba en ese instante. Así que preferí no analizar lo que estaba escribiendo y sencillamente, dejarlo salir.

También me gustaría decirte que he estado observándote estos últimos días y creo que, aunque te da miedo reconocerlo, la partida de Sarah te alegra. No porque no vayas a echarla de menos... las dos sabemos que eso es

imposible y que con ella, se va una parte muy importante de tu vida. Me refiero al hecho de que durante estos últimos días, por primera vez has asumido el control en algunos momentos y eso te ha hecho sentir bien. Tan solo recuérdalo cada vez que sientas miedo. Puedes seguir adelante sin ella, eres madura, responsable, organizada y trabajadora. Y por eso, en segundo lugar, quiero pedirte que sigas siéndolo... y que lo demuestres siempre que tus fuerzas amenacen con dejarte. Practica con Elle, al fin y al cabo, ella seguirá necesitándote como lo ha hecho hasta ahora.

Conforme iba escribiendo, la sensación de pesar me abandonaba y me sentía un poco mejor. Así que no me detuve.

En tercer lugar, quiero pedirte que sigas luchando por mantener tu negocio como lo has hecho hasta ahora. Ni siquiera la estúpida, arrogante y miserable Lily debería poder contigo. Y si pudiera, prométeme que bajo ningún concepto le pedirás trabajo.

Por último, puesto que no voy a llenar una lista de diez deseos que sé que no vas a poder cumplir, quiero pedirte que te concentres en estos tres, con todo tu empeño. Recupérate a ti misma, vuelve a ser la que eras, sonríele al mundo y hazle saber que estás en él para lograr todos tus propósitos. Si puedes escribirlo, puedes hacerlo. Solo debes creer en ti. Ve a terapia, habla con las chicas o haz todo lo que necesites hacer para plantarte cara y salir adelante, pero no dejes que esto se convierta únicamente en una retahíla de palabras... Cúmpelas.

Sé fuerte, ¿vale? Sé que puedes hacerlo.

PD: Y olvídate de lo que sientes por Olly, por tu bien.

Estaba leyendo por tercera vez lo que acababa de escribir, sorprendida por la fuerza que desprendían y suplicaban mis propias palabras, cuando una sombra me alertó de que no estaba sola. Giré la cabeza y el rojizo color de su pelo fue lo primero que vi. Lo llevaba recogido en un moño de aquellos que no entendían de orden alguno y un par de mechones le caían despeinados sobre la frente.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Cerré rápidamente la libreta y la dejé sobre la mesilla mientras Elle se acercaba hasta la cama para sentarse a los pies de la misma y poner después el portátil sobre sus piernas.

—Mira —dijo, señalando la pantalla—. Es por esto por lo que Lily tiene el salón tan lleno.

Empezó a pasar distintas páginas y perfiles de redes sociales en los que la actividad de Lily parecía inagotable. Había un sinfín de ofertas publicitadas, hashtags, colaboraciones y fotos públicas de algunos de los mejores looks creados en su salón. Había también sorteos y muchísimas otras cosas que alguien con un presupuesto tan ajustado como el mío ni siquiera podía llegar a imaginar.

—Cuando estabas contando lo de Lily me he dado cuenta de que algo no encajaba —comenzó a decir—. Es decir, vale que tiene un salón bonito, pero ni por asomo tiene el mismo talento que tú. Yo misma fui un día a comprobarlo.

—¿Has puesto tu pelo en sus manos a mis espaldas? —exclamé indignada.

—¡¿Tú estás loca?! —dijo, y por la expresión de sus ojos no pude más que creerla. Elle tenía muy claro a quién le dejaba poner las manos en su pelo—. Fui a hacerme la manicura y a que me maquillaran. Quería saber qué tenía de especial puesto que siempre estás diciendo que está lleno.

A pesar de que detestaba que mi propia amiga hubiera acudido a la competencia, sabía que lo había hecho por mí, y lo cierto es que me moría de curiosidad.

—¿Y bien?

—No es más que una niña de papá a la que le han montado un saloncito para que no dé la lata en casa. Ese sería el resumen más adecuado.

—Pues la niña no debe de hacerlo tan mal si siempre lo tiene lleno —rezongué a regañadientes, todavía más molesta por el mero hecho de que ni siquiera supiera cuánto costaba levantar un negocio desde la nada.

—La niña —siguió con ese apelativo despectivo— sencillamente pertenece a la generación *Instagram* y sabe cómo usar las redes en su favor.

—¿Es por eso por lo que has desaparecido antes?

Giró el rostro y me miró con los ojos abiertos, como si le extrañara que hubiera pensado que había otros motivos.

—Claro, ¿qué pensabas que me pasaba?

—No, nada... Es que te has ido tan de repente...

Subió y bajó los hombros en un gesto interrogante y la apremió a que lo dejara estar y que siguiera contándome todo lo que había descubierto.

—El caso es que todo esto no es más que una cortina de humo —prosiguió.

—Ya, pero yo no tengo los recursos económicos suficientes para hacer algo así, tú lo sabes mejor que nadie.

—Tú no, pero *Marshall Brothers* sí.

—¿*Marshall*? ¡No puedo financiar una campaña publicitaria llevada por tu empresa!

¿Cómo podía siquiera planteárselo? Una sola campaña publicitaria en manos de *Marshall* podría costarme el sueldo de unos cuantos meses enteros de trabajo... y dudo que con eso pudiera llegar a pagarla por completo. Se había vuelto loca.

—Pero podemos usar mis recursos dentro de la empresa.

—Elle... de veras te lo agradezco, pero tú misma sabes que solo las empresas más grandes pueden pagar vuestros servicios.

—Déjame darle la vuelta a esto, ¿vale? Sé que puedo ayudarte.

Conocía a Elle y conocía la convicción de sus ojos. Y por eso mismo sabía que nada la detendría. Que se tomara mi caso como algo tan personal, tan suyo, me hacía sentir extraña pero, al fin y al cabo, lo hacía porque ella quería. Y nada ni nadie podían hacer nada por detenerla cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

—¿Esto no te quitará tiempo? Es decir, ahora que estás buscando qué es lo que quieres hacer... si te encargas de algo más, ¿no será como echarte piedras encima?

—Dispongo de muchísimo tiempo libre ahora mismo. No te preocupes por mí. Yo no tengo nada sólido, pero tú sí. Y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras tú lo estás pasando mal si sé que puedo ayudarte a que eso no pase.

—Gracias... —dije, y sonreí agradecida de verdad.

—No tienes por qué dárme las.

Nos quedamos en silencio y volvió a concentrarse en la pantalla, en la que

seguía mirando distintas páginas en las que Lily había ido dejando su rastro. Entonces, cuando creí que la suerte por fin iba a estar de mi parte y que nada podría estropear ese momento, recordé lo que había pasado unos días atrás entre ella y Olly y se me hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo. Necesitaba saber qué era lo que había entre ellos para mentalizarme y saber si podría resistirlo. Era una camicace, lo sabía, pero una parte de mí necesitaba confirmar que todo eran ideas absurdas y que en realidad, las cosas entre ellos dos seguían como siempre.

—¿Cómo está Olly? —pregunté al fin, sin que pareciera que me importaba demasiado.

—¿Por? —La expresión de su rostro esta vez fue muy distinta, como si la hubiera descubierto.

—No sé, hace días que no pasa por aquí.

Entrecerró los ojos y me escrutó con atención.

—Te lo ha contado Sarah, ¿no? Si es que no se os puede decir nada, no sabéis mantener un secreto —comenzó a toda velocidad—. Pues mira, ayer volví a su estudio, o lo que quiera que sea eso, y no esperó ni siquiera un par de minutos para lanzarse a mi cuello. Literalmente, Lorie. Total, que acabamos metiéndonos mano como dos animales en el sofá y luego, va y dice que no podemos seguir con esto. No tienes ni idea de lo mucho que tuve que aguantarme Lorie.

El nudo de mi garganta amenazaba con acabar conmigo. No podía respirar mientras trataba con todas mis fuerzas de disimular mis sentimientos. ¿Desde cuándo estaban liados?

—No es justo, Lorie. ¿Tú le has visto sin camiseta? Te digo que no es justo.

Si es que me lo tenía merecido. Eso me pasaba por preguntar.

—Y todo por ese estúpido pacto. ¡Me cago en el pacto, Lorie! Me-cago-en-el-pacto.

En otras circunstancias me hubiera reído de su reacción, estaba segura. Sin embargo, no pude hacer nada más que desear que no percibiera el manifiesto temblor de mi voz.

—Un... ¿un pacto?

—Sí. En teoría se trataba de un par de besos tontos, nada más. El pacto era

el de que, pasara lo que pasase entre nosotros, no habría sexo. Pero, la cosa se ha desmadrado y... Joder, Lorie, no puedo dejar de pensar en su pecho, en sus brazos y en sus manos. Necesito un polvo urgente.

Ella necesitaba un polvo y yo que alguien me sostuviera por los hombros antes de que cayera a peso muerto. Aquello era mucho más de lo que podía soportar y los celos me carcomían por dentro. Quería estrangularla y al mismo tiempo, darme a mí misma una colleja por ser tan estúpida como para no haberlo previsto. Sin embargo, por lo visto quedaba una parte más depravada todavía en mi interior que necesitaba continuar sacando información sobre lo que se suponía que existía entre ellos dos.

—Pero, ¿estáis liados?

—¿Liados? ¡¡Qué va!! No han sido más que un par de magreos tontos. Ya sabes, cuatro besos y para casa. Pero es que... ¡joder cómo besa! Si lo llego a saber no espero tanto tiempo.

Me golpeé mentalmente la frente una y otra vez mientras que en realidad me mantenía impertérrita y trataba de sonreír, al tiempo que concentraba todas mis fuerzas en tragarme las lágrimas que amenazaban con desequilibrarme.

—A ver, Elle —comencé, haciendo acopio de mis últimas fuerzas—. ¿A ti te gusta Olly?

Tardó en responder unos instantes en los que creí sinceramente que la mejor opción era la de abrir la ventana y lanzarme por ella. Después recordé que vivíamos en un primer piso y que como mucho me partiría las piernas y mis intenciones pasaron a un segundo plano.

—No.

Vale. Eso podía soportarlo. Entonces, me di cuenta de que me había precipitado al lanzar la pregunta ya que no estaba preparada para escuchar otra respuesta que no hubiera sido precisamente esa.

—¿Entonces?

—Pues que no entiendo su reticencia si con ello no le hacemos daño a nadie. No está engañando a ninguna otra chica y yo... Maldita sea, Lorie, hace mucho tiempo que no echo un polvo.

—Puedes llamar a la puerta de enfrente, tienes a dos perfectos candidatos que estoy segura de que cumplirían con todos tus deseos a cambio de una noche de sexo desinteresado.

Me salió sin más, aunque hubiera pagado la pequeña fortuna que atesoraba a cambio de que lo hiciera y así se olvidara de una vez por todas de Olly. Podía soportar que otras mujeres se metieran en su cama, era la bendita ventaja de no saberlo. Pero si la tenía metida en mi propia casa todo resultaría mucho más difícil.

—Pensaba que tú y Mark... —dijo entonces, con una mueca cotilla.

—¿Mark y yo? Bah, me pilló en un día de flojera, nada más.

—¡Eres de lo que no hay, Lorie! —rio, y en el fondo de mi pecho me sentí muy vacía.

Era consciente de que durante los últimos años me había acostado con muchos tipos tan solo con el propósito de sentirme deseada. En gran parte era liberador, sobre todo cuando con ello conseguía aliviar un poco la presión que yo misma me infundía. Lo que ellas no sabían es que detestaba ser así, aunque no pudiera evitarlo llegado el momento. A mí también me gustaba la estabilidad, pero no soportaba sentirme vulnerable con nadie y por eso mismo jamás le permitía a ninguno de esos tíos traspasar la infranqueable barrera que siempre delimitaba mi vida. Ellas pensaban que era cuestión de ataduras, que no las soportaba. Pero la realidad era otra muy distinta. Mientras no me quisiera a mí misma, no lograría que nadie más lo hiciera también. Y no estaba dispuesta a que un hombre me hiciera sentir más débil de lo que ya era.

—Bah... —dije al fin, antes de que mi silencio delatara mis inquietudes y me pusiera en evidencia—. Todo tuyo si lo quieres.

Sonrió antes de ponerse en pie, con el portátil en las manos, y se encaminó hacia la puerta.

—Encontraré una solución para tu salón, te lo prometo.

Me obligué a devolverle la sonrisa porque a pesar de que la odiara por conseguir sin proponérselo uno solo de los besos por los que yo moriría, la quería.

Tras unos segundos, volví a coger la libreta y busqué el folio en el que había escrito mi supuesta lista. Me dirigí al final de la misma y releí la postdata como cinco veces con la firme intención de grabarla en mi memoria. *«Olvídate de lo que sientes por Olly, por tu bien».*

Cogí el boli que había dejado junto al cuaderno y garabateé con fuerza bajo la misma, remarcando los trazos una y otra vez, a consciencia.

Olvídate de él.

CAPÍTULO 20

Elle.

—Buenos días, Alice.

Levantó la cabeza y me observó con atención.

—Hola, Danielle. ¿Cómo estás? Pasa, por favor.

Con un gesto me indicó una de las sillas que había frente a su mesa.

—¿Qué te trae por aquí?

—Me gustaría hablarte de algo.

—Danielle, ya te dije que lo sentía mucho pero...

—No, no... No vengo por eso. Me gustaría hablarte de otra cosa.

—Oh, claro, disculpa. Tú dirás.

—Verás, el otro día, hablando con una amiga, me di cuenta de que su negocio peligraba por culpa de una falta de publicidad competente y sobre todo, actualizada. Y me gustaría poder ayudarla.

—Danielle... Ya sabes que no podemos usar los medios de la empresa para fines particulares.

—No es eso tampoco —me afané a aclarar.

—¿Entonces?

—No lo tengo muy definido todavía pero, después de un par de días de dedicación exclusiva a este asunto, me he dado cuenta de que esa es la realidad para muchas otras mujeres emprendedoras que, como ella, ven peligrar su pequeño negocio por falta de inversión, sobre todo en publicidad.

—No sé adónde quieres llegar...

—El caso es que yo, a nivel particular, podría ayudarla con sus perfiles de redes sociales, pero nada parecido a lo que podría hacer desde aquí dentro, con los medios de los que *Marshall Brothers* dispone.

—Pero, no comprendo... Pretendes que la empresa asuma el coste de una publicidad, ¿sin ningún tipo de beneficio a cambio?

—Sé que suena absurdo y descabellado, pero me gustaría encontrar un

modo de que no lo pareciera en absoluto. En mi mente, la idea sería una aproximación a una actuación benéfica —añadí, con un gesto de comillas— para ciertos proyectos. Es decir, poder ofrecer los servicios de *Marshall* al servicio de empresas que ni de lejos podrían costearlos, siempre que sus proyectos cumplieran con algunas condiciones... o algo por el estilo. Todavía no lo tengo muy claro.

—¿Y qué sacaría *Marshall Brothers* de todo esto?

—Reconocimiento a nivel empresarial.

—¿Más?

—No. Más no, distinto. —Enarcó las cejas y me pareció distinguir una sonrisa atrevida en sus labios—. Es imposible que *Marshall Brothers* consiga un mayor reconocimiento pero, si te fijas, muchas son las empresas que dedican parte de sus beneficios a obras desinteresadas. Y ya no hablemos de los beneficios fiscales que eso puede conllevar en el cierre del ejercicio anual.

—Veo que le has estado dando vueltas de verdad al asunto.

—No puedes llegar a imaginar cuántas —afirmé—. Lo cierto es que me he dado cuenta de que el tiempo pasa para mí y debo reinventarme. Me gusta trabajar aquí pero no puedo seguir en prácticas mucho más tiempo, Alice. Espero que puedas comprenderlo. Y creo que puedo encontrar la manera de hacer que esto que ahora parece un boceto horrible y disparatado cobre forma.

—Hazlo.

—¿Cómo?! —exclamé sin comprender.

—Dale forma y me comprometo a someterlo a valoración. Te dije que no podía ofrecerte un puesto en tu campo, pero confío en la gente que sabe reinventarse y si crees que ambas partes podemos obtener algo, te doy mi palabra de que lo estudiaré.

La observé incrédula, con miedo a preguntarle si lo estaba diciendo en serio. A lo largo de las dos noches que me había pasado encerrada en mi dormitorio tratando de imaginar cuáles serían sus posibles respuestas y cuáles las mejores formas de rebatirlas, no había llegado a imaginar que en realidad, Alice Marshall me concediera una oportunidad tan deprisa. Pero, ahora que la tenía, no iba a desaprovecharla.

—Gracias, Alice, de verdad.

—Quiero dejar claro que no puedo prometerte nada, Danielle, sobre todo no quiero malentendidos. Pero también quiero que sepas que valoro mucho a las personas con iniciativa propia y lo que sí puedo darte es mi palabra de que cumpliré con lo que te he dicho.

—Eso es mucho más de lo que puedo pedir. Gracias, Alice. Lo estudiaré a fondo y volveré cuando tenga una idea clara que presentarte.

Su respuesta fue una sonrisa. Nada más. Hay personas que no necesitan palabras para demostrarte que un silencio puede resultar igual de efectivo, o tal vez más. Tenía una oportunidad para hacer algo nuevo. Había llegado esa mañana casi convencida de que no obtendría nada más que una excusa para no poder atender a un proyecto de ese tipo y quizá por eso mismo, ahora sentía la adrenalina recorriendo mis venas. Y vale que no tenía mucho más que su palabra de que escucharía mi proyecto, pero es que eso ya era mucho más de lo que había esperado. Habían pasado seis días desde que Sarah me había planteado el objetivo de encontrar a qué quería dedicar el resto de mi vida y, a pesar de que no lo hubiera descubierto todavía, sabía que lo que deseaba ahora más que cualquier otra cosa era aprovechar esa oportunidad que tan solo un par de días atrás ni siquiera había creído posible.

No sabía lo que quería todavía, estaba claro, pero cuando vi la preocupación en el rostro de Lorie supe que quería ayudarla con todas mis fuerzas. Pertenecíamos a aquella generación de mujeres que todavía tenían que luchar para reclamar su lugar en el mundo. Teníamos que imponernos, alejarnos de los prejuicios y no desistir. Robábamos tiempo al tiempo y aún así, las perspectivas de conciliación de vida personal y laboral todavía quedaban lejos. A años luz.

Yo no era el mejor ejemplo, era consciente de ello. Pero Lorie lo había dado todo, absolutamente todo, por su pequeño negocio, y no había nadie que mereciera más que ella una oportunidad para ver prosperar su trabajo, su vida, y dejar atrás un pasado que ya se había cebado suficientemente con ella.

Verla por primera vez tan dolida me impactó. No lo hacía cuando hablaba de su familia y ni siquiera las facturas la tumbaban, y sabía perfectamente que eran uno de sus peores quebraderos de cabeza. Jamás se le habían dado bien los números. Pero se esforzaba, ponía todo su empeño y los acababa sacando, aunque tuviera que pedirle mil veces ayuda a Sarah. No le avergonzaba tener que hacerlo, para ella era un orgullo aprender y aplicar los conocimientos a lo mejor que había creado en su vida. Mientras yo había estado perdiendo el

tiempo, quizá sin darme cuenta de ello, Lorie se había implicado en su trabajo. Había ahorrado religiosamente cada centavo obtenido con su esfuerzo y se había volcado en ese pequeño salón de belleza que era toda su vida. Tal vez fuera exagerado pensar que iba a hundirse por culpa de Lily, su rival, pero en realidad no era tan descabellado. La situación actual de muchas empresas —sobre todo pequeñas— era precisamente esa, la de sobrevivir a la gran jungla de internet gracias al cual se efectuaban el mayor número de transacciones y ventas. Las nuevas generaciones encontraban los productos que deseaban a través de anuncios virtuales, recomendaciones en redes sociales y campañas guiadas a través de distintos hashtags. Había llegado el momento de actualizarse y yo tenía la oportunidad de ser útil. Conocía la carencia de su negocio y sabía perfectamente que yo podía hacer algo por subsanarla. Y quería demostrar que servía para algo.

Tal vez no fuera un sentimiento altruista, por lo menos no del todo. Quizá lo que necesitaba era demostrarme a mí misma que no había malgastado todos esos años en los que ellas dos habían ido creciendo en el plano laboral. Tal vez era solo que no había llegado mi momento, mi oportunidad, aquella que parecía haberles llegado a todos mis compañeros del cine y en cambio, para mí no parecía tener vacantes. Fuera como fuese, el caso es que ahora, sin haberlo previsto, tenía la ocasión de que me escucharan. Por lo menos eso. Tan solo tenía que encontrar el modo de hacer que todo encajara y quizá así, no tuviera que desprenderme por completo de *Marshall* y al final, mi tiempo de formación habría valido la pena.

CAPÍTULO 21

Sarah.

—Sarah, me estás poniendo de los nervios. ¿Quieres parar de una maldita vez?

No, no podía. Olly estaba a punto de llegar con la furgoneta que le había prestado su compañero de piso para que pudiéramos empezar a llevar cosas a mi nuevo apartamento. Mi nuevo apartamento... ¡ni siquiera podía creérmelo!

—Me estás sacando de quicio, y te recuerdo que es domingo.

—¿Y eso qué más da?

—Domingo, Sarah. Do-min-go. El día de dormir, levantarse, tumbarse en el sofá y seguir durmiendo.

—No sé cómo lo haremos para subir todas estas cajas, pesan un montón —seguí, sin hacerle el menor caso.

—Eso te pasa por mudarte a un décimo piso.

—Tiene ascensor.

—¿Entonces de qué te quejas?

—Mira, Lorie, no me pongas más nerviosa.

—¡Pero si eres tú la que no sabe ni lo que dice!

—¿Y Elle? ¿Qué demonios hace todavía en su dormitorio? Hace días que apenas le vemos el pelo. —Me giré y grité en dirección al pasillo—. ¡¡Eeeeeelleeee!! ¿Vas a ayudarnos o no?

Seguí deambulando de un lado a otro del salón, comida por los nervios. En las últimas dos semanas había perdido un par de kilos sin apenas hacer ejercicio. Había empezado a ocuparme de las clases yo sola y a pesar de que el primer día experimenté un miedo atroz, lo conseguí. Las niñas me siguieron en todos los pasos sin rechistar y yo me sentí ligera y liberada al poder volver a moverme sin el insistente dolor de mi rodilla. Bailar para enseñar no requería el mismo esfuerzo que hacerlo para aprender. Yo no tenía que ensayar y eso, junto al tratamiento del doctor, había permitido que la inflamación de la rodilla remitiera por completo.

Por otro lado también estaba el asunto de Mike. Esta semana habíamos pasado los días evitándonos de forma consciente. Su sola presencia seguía alterándome demasiado y hasta que no lograra acostumbrarme a ella, distanciarme era la opción más recomendable.

Por último estaba la mudanza. Solo quedaba una semana para que me trasladara de forma definitiva a mi nuevo apartamento y todo me asustaba demasiado. Sabía que podía valerme por mí misma, pero temía sentirme sola por las noches. No porque tuviera miedo de que alguien pudiera entrar a robarme. Temía otro tipo de soledad, una a la que jamás me había enfrentado y para la que no sabía si estaba preparada.

—¡¡Eeeeeelleeeee!! —grité de nuevo.

—Si llego a saber que ibas a ponerte así de histérica hubiera buscado una excusa para escaquearme —soltó Lorie.

No podía culparla, toda yo era un amasijo de nervios. Elle llevaba días encerrada en el dormitorio, según ella trabajando en un proyecto que lo iba a cambiar todo. La verdad es que nos dio miedo preguntar pues, por primera vez en mucho tiempo la veía entregada a algo con toda su atención. Tan solo salía para ir a trabajar, comer o cenar algo, y esto último lo hacía principalmente a altas horas de la madrugada. No volví a recordarle lo de los siete días. No obstante, habíamos quedado las tres para este domingo y además le iría bien airearse un poco. Era la primera vez que las tres íbamos a mi nuevo apartamento juntas y quería que todo saliera perfecto.

La puerta del dormitorio de Elle se abrió justo antes de que esta asomara la cabeza. Estaba despeinada y todavía llevaba el pijama puesto. Bajo sus ojos lucía unas oscuras y profundas ojeras, y eso que Lorie y yo fuimos las que nos acostamos tarde ultimando todas las cosas que me llevaría en esta primera parte de la mudanza.

—¿Te estás muriendo? —preguntó entonces, con una parsimonia desconcertante. Me dejó sin habla.

Negué con la cabeza.

—¿Necesitas ir al médico? —preguntó igual de tranquila, solo que su expresión comenzó a darme miedo.

—No.

—Entonces... ¡¿para qué cojones gritas?! —vociferó.

Durante una fracción de segundo, el silencio se apoderó de la estancia por

completo tras su grito, hasta que la carcajada de Lorie, a mis espaldas, lo rompió. No tardé en contagiarme de ella, puesto que la situación resultó de por sí bastante cómica. Elle parecía una loca con ese aspecto y el rostro demacrado le hacía un flaco favor en ese sentido. Cerró la puerta de nuevo y se encerró en el interior. Así pues, me acerqué hacia ella y le hablé a través de la hoja de madera.

—Prometiste venir con nosotras.

—¿Acaso habéis salido de casa? —respondió desde el interior.

—Llevas días encerrada, necesitas un poco de aire fresco.

—Tengo la ventana abierta, mamá —informó, con cierto recochineo en la voz.

—Vamos, Elle, no quiero hacer esto sin ti...

Lorie se colocó a mi lado y las dos quedamos pegadas a la fina puerta que nos separaba, sin que ninguna se atreviera a abrir.

—Habíamos quedado a las once, ¿no? —inquirió.

—Sí...

—Pues todavía son las diez y media.

—¿Es que piensas venir en pijama? —insistí.

Se hizo el silencio y Lorie y yo nos miramos de reojo, expectantes. De repente, la puerta se abrió con brío y las dos dimos un paso atrás por instinto ante el desequilibrado aspecto de nuestra amiga.

—Eres muy pesada.

Tal vez lo propio hubiera sido mandarla al cuerno y largarme pero, en cambio, lo único que pude hacer fue sonreírle y abalanzarme sobre ella para abrazarla con todas mis fuerzas. La necesitaba. Había respetado su espacio durante los últimos días sin decirle que debería descansar, comer o apartar la vista de la pantalla, por lo menos un rato. No lo hice por ella. Pero me había prometido esta mañana... Entonces, con el único propósito de hacerla cambiar de humor y de recuperar su habitual jovialidad, opté por usar otra técnica distinta que solía resultar altamente efectiva.

—Si te metes en la ducha ahora mismo te regalo el jersey de *Marc Jacobs*.

Supé que había dado en el punto clave por el destello de sus ojos.

—¿El negro?

—Tampoco te pases... —respondí divertida—. El azul.

—¡Eh! Yo he estado aguantándote durante estos cuatro últimos días... ¿y no me llevo nada a cambio? —rechistó Lorie.

—¿Quieres el de *Hermès*? —concedí, con tal de no oírla más.

—Oh, dios, ¡gracias!

Dio un par de saltitos antes de abrazarme hasta casi partirme el cuello y luego se separó para meterse en el que todavía era mi dormitorio y comenzar a rebuscar en el armario.

—No lo vas a encontrar... está en una caja —confesé en voz alta.

—¡Demonios!

—Ayúdame con la mudanza y en cuanto esté instalada, prometo dároslos.

Se miraron en busca del consenso y luego asintieron. Acababan de costarme muy caras las dos pero sabía que aquellas eran dos de sus prendas favoritas. Y me apetecía realmente que las tuvieran ellas, sabía que las cuidarían con cariño más por lo que pasarían a representar que por lo que físicamente eran.

Elle volvió a meterse en el dormitorio y fue directa hacia el armario para buscar algo que ponerse. Lorie y yo, mientras tanto, regresamos al salón donde volví a revisar que no faltara ni una sola de las quince cajas que hoy nos llevaríamos y que sabía a la perfección que estaban ahí.

Escuchamos el claxon de la furgoneta después de que Olly lo hiciera sonar por segunda vez.

—Ay, dios... ¡Ay, dios! ¡¡Qué nervios!!

—¿Quieres hacer el favor de calmarte?

Elle, ahora ya con un aspecto renovado, se había recogido el pelo y nos ayudaba a llevar las cajas hacia la puerta.

—Tías... es que no me lo puedo creer... ¡Vamos a mi casa! ¡Mi caaaaasa!

—Joder con el complejo de E.T. Que alguien le dé un teléfono, a ver si cierra el pico de una vez por todas.

Lorie rio a sus espaldas, cargada con una pesada caja, y la vi detenerse en seco cuando Olly apareció por la puerta, que habíamos dejado abierta. La siguiente fue Elle.

—Hola —dijo, en un tono muy distinto al que siempre solía emplear con él.

—Buenos días, pelirroja.

Alzó la mirada y se encontró con la de Lorie, a la que dedicó una amplia sonrisa y luego se detuvo en mi rostro.

—Bailarina, espero que tus cosas pesen tan poco como tú porque, de lo contrario, tendrás que compensarme por el esfuerzo.

—¿Y tú cómo sabes cuánto peso?

—¿Tengo que recordártelo?

No lo dijo a malas y lo confirmé viendo la sonrisa canalla de su rostro. Elle pasó por su lado, con la caja entre los brazos y comenzó a bajar las escaleras principales. Lorie fue la siguiente pero al dar un paso al frente se tambaleó por culpa del peso. Olly se inclinó hacia ella en un movimiento muy rápido y puso las manos bajo la caja, rozando las suyas. No creía que las chispas invisibles que se creaban en ciertos momentos pudieran verse hasta ese instante. Pondría la mano en el fuego y estoy segura de que no me quemaría si dijera ahora mismo lo que Lorie debía de estar pensando. Madre mía. Iba a dejarlas solas en un momento realmente delicado. Como lo de Elle y Olly siguiera adelante, Caroline iba a sufrir en silencio un verdadero infierno.

Les vi bajar la caja entre los dos mientras me dejaba llevar por ese último pensamiento. Lorie era fuerte, mucho, pero desde que me enteré de sus sentimientos descubrí que ella también tenía un punto débil. Y este llevaba el nombre de Olliver. Debía hablar con ella cuanto antes. Si pudiera desahogarse conmigo por lo menos...

—Bailarina.

Alcé la cabeza ante su repentina aparición. Esa mañana llevaba puesta una camisa azul cielo y unos pantalones granate. Si hubiera sido otro el que hubiera llevado ese conjunto, estoy segura de que no le habría quedado ni la mitad de bien de lo que él lo hacía lucir.

—¿Qué? —respondí al fin.

—Sé que eres la persona más segura en toda la faz de la tierra pero, ¿estás convencida de este paso que vas a dar?

Cogió una de las cajas más pesadas y la elevó con visible esfuerzo.

—¡¿Pero qué hay aquí dentro?!

—Libros.

—Para que luego digan que el saber no ocupa lugar.

Reí y le seguí con otra caja entre mis manos.

—Olliver...

—¿Sí? —dijo, a unos pasos por delante, sin girarse siquiera.

—¿Cuidarás de ellas cuando yo no esté?

Se detuvo y esta vez sí que me buscó. En sus ojos, de aquel gris gatuno tan peculiar, vi la solemnidad. Fuera lo que fuese lo que estuviera teniendo lugar entre él y Danielle, si había un hombre al que podía confiarle a mis amigas era a él. Aunque, dadas las circunstancias, eso pudiera suponer un gran problema entre ellas. Pero necesitaba a un confidente en Brooklyn, alguien que me diera la seguridad de que si alguna de ellas necesitaba algo en plena noche, correría sin necesidad de pensárselo.

—Por supuesto. Pero tienes que prometerme algo.

—Tú dirás.

—No te olvides de ellas ahora que te mudas a la gran ciudad.

—Estaré apenas a media hora de distancia en metro. No me mudo a Canadá...

—Lo sé, pero Brooklyn es Brooklyn y Manhattan es otro mundo. Y porque sé lo que es eso... te lo digo de corazón. No te olvides de ellas.

Lo dijo con una firmeza que me cautivó y comprendí un poco mejor a Lorie. Si no fuera porque Olly y yo no teníamos nada que ver y porque la nuestra era una amistad sincera —y no como la confusa relación que mantenía con Elle—, entendería que un gesto como el que acababa de tener hubiera dado lugar a nuevos sentimientos encontrados.

—Eres un gran hombre, Olly.

Se giró y su expresión dio paso a otra más juguetona. Mi primera reacción fue la de tratar de comprender por qué me miraba de ese modo hasta que entonces, caí en la cuenta.

—Lo has hecho.

—No es verdad —negué de forma absurda.

—Lo has hecho, me has llamado Olly. ¡Y ni siquiera he tenido que insistir!

—¡No te inventes cosas!

—¿Es que la gran y difícil Sarah ha sucumbido al fin a mis encantos? —se carcajeó.

Seguimos bajando las escaleras y las chicas nos tomaron el relevo cuando llegamos a la calle. De ese modo, en ningún momento la furgoneta estaba sola y tampoco el apartamento.

—Eres un idiota.

—¡Lo que tú digas!

Subió al vehículo y colocó la caja con cuidado. A continuación, se giró y cogió la mía para hacer lo mismo.

—Eres un caso perdido, Olliver —solté, esta vez con un énfasis especial al pronunciar su nombre—. Tal vez no sea buena idea dar por hecho que podrás cuidar de ellas.

Volvió a asomarse desde el interior de la furgoneta y se me quedó mirando, con la diversión incrustada en sus facciones.

—En el fondo, sabes que no hay nadie que pueda hacerlo mejor que yo.

—Procura mantener tus pantalones en su sitio y entonces te creeré.

Lo dije con todas las segundas intenciones y mordacidad que alguien pudiera esperar de un comentario como ese y tras él, me giré rápidamente, sin fijarme en la cara que debió de poner. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a las escaleras que daban acceso al edificio del que pronto me despediría, escuché el carraspeo de su voz.

—Aunque no lo creas, sé atarme el cinturón cuando es necesario hacerlo.

Me giré. Lo decía en serio y le admiré un poquito por ello. Aunque no se lo diría o lo acabaría usando en mi contra en cuanto tuviera ocasión de hacerlo.

—Pensaba que eras más de llevar tirantes —dije, en cambio.

—Sea como sea, la finalidad es la misma. Mantener los pantalones en su sitio.

Asentí y me escabullí hacia el interior, de donde salieron las otras dos seguidas por Mark.

—¿Y tú de dónde has salido? —pregunté al pasar junto a él y darme cuenta de que también llevaba una caja entre las manos.

—No paraba de escuchar voces y pasos y he salido a comprobar qué sucedía. Todavía no sé cómo se las han ingeniado para que haya acabado

convirtiéndome en su mula de carga.

Las siguió y me reí de forma inevitable. Llevaba puesta una sudadera de un equipo de baloncesto, los pantalones caídos, un calcetín más subido que el otro y las zapatillas de andar por casa. El pelo parecía un nido enmarañado y todavía no se había lavado la cara a juzgar por las legañas de sus ojos. Todo un cuadro el chico, pero sus manos nos vendrían bien.

CAPÍTULO 22

Elle.

Había pasado una semana exacta desde que salí del despacho de Alice y a estas alturas creía que iba a volverme loca. Ni siquiera sabía de dónde sacaba las fuerzas para acostarme a las tres de la madrugada y levantarme a las seis y media para ir a la oficina. Después, la rueda volvía a girar y así iban ya siete días. La única excepción fue la del domingo, cuando acompañamos a Sarah con la primera parte de la mudanza.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y ejercí presión sobre el puente de la nariz. Me dolía muchísimo la cabeza después de tantas horas frente a la pantalla del ordenador. Lo tenía casi todo bien ligado, sin embargo, seguía habiendo una pequeña parte que se me seguía resistiendo y para la que no encontraba la solución, ese dichoso *click* que hiciera que por fin, todo tuviera sentido.

Suspiré con fuerza e inspiré, mi cerebro necesitaba oxígeno y parecía haber terminado con las reservas de mi dormitorio.

Pensé en el domingo y no pude evitar sonreír. Pasamos un día maravilloso las tres juntas. El apartamento de Sarah era tan bonito... Cuando abrió la puerta me quedé sin palabras. Por suerte me llevé la cámara. La cámara, claro.

Volví a inclinarme hacia delante y busqué la carpeta en la que había descargado las fotos del domingo. El rostro de Sarah era todo un poema, una composición de emociones distintas y dispares, capaces de transmitirse con luz propia. Las fui pasando y agradecí ese breve espacio en el que dejé de pensar en el proyecto. El domingo fue la primera vez que comimos las tres juntas en su apartamento, después de que Olly nos ayudara a subir todas las cajas. Pedimos comida china, por aquello de comprobar cuál iba a ser la calidad de las cenas en su apartamento a partir de ese momento y nos sorprendió descubrir que podíamos aceptarla como “pasable”. Reímos, lloramos, dimos vueltas por todo el apartamento y la ayudamos a imaginar cómo quedaría una vez acabara de traer sus cosas y comprara un par de muebles que quería.

Volví a pensar en Olly y en su forma de desaparecer el domingo. No quiso

quedarse con nosotras alegando que debía devolverle la furgoneta a su compañero, pero sabía perfectamente que no era del todo cierto. Aparte del hecho de que ese momento nos pertenecía solo a nosotras tres, Olly se mantuvo un poco distante durante toda la mañana y eso me dolió. Él no era así, no éramos así. Nosotros siempre habíamos sido mucho más que eso y no podíamos dejar que todo se estropeará por unos estúpidos besos.

Caí en la cuenta entonces de que, salvo esa mañana en concreto, no habíamos vuelto a vernos ni a escribirnos durante el resto de días. Había pasado una semana entera sin saber de él y estaba segura que era la primera vez que pasaba tanto tiempo sin mantener ningún tipo de contacto. ¿Sería así a partir de ahora? Ahora que no trabajábamos juntos... ¿todo lo demás también terminaría?

Cogí el teléfono y abrí *WhatsApp* para buscar el último chat abierto con él. Siete días, ni más ni menos. Apoyé ambos codos sobre la mesa y pensé durante unos instantes antes de formular la pregunta que iba a mandarle.

«Ashton Kutcher. ¿Mila Kunis o Demi Moore?».

Sonreí y dejé el teléfono sobre la mesa. Los mechones me caían sobre los ojos y aproveché para deshacer el moño que llevaba —o los restos que quedaban de él— y volver a recogérmelo. El aparato vibró.

«La respuesta es Elle Wright. Te mueres por sus huesos y, pensándolo bien, no haríais mala pareja».

«¿Verdad que no? Si es que llevo toda la vida insistiendo. Algún día el Karma me devolverá el favor y hará que Asthon y yo tengamos una vida feliz en nuestra mansión de Malibú. ¿Cómo estás?».

Reí mientras sentía de nuevo algún vestigio de vida en mi interior, como si esta se hubiera detenido a lo largo de estos últimos días.

«Bien... Hoy tengo el día libre y la perspectiva de no ver a James es apasionante. ¿Y tú?».

«Agotada. Estoy trabajando en un proyecto nuevo y creo que he consumido todas mis energías».

«¿Es importante?».

«Espero que algún día lo sea».

«¿Puedo ayudarte con algo?».

«Mmmm... Me iría bien salir y despejarme un poco. ¿Te apetece tomar un

chocolate?».

«¿Qué clase de persona podría negarse a semejante propuesta?».

«¿Nos vemos a las seis?».

«Hecho. ¿Te recojo en moto?».

«No... Me apetece pasear».

«Eso está hecho».

«¿Nos vemos en la puerta de Dough Doughnuts?».

«Mmmmm me muero por uno de esos donuts. Allí te espero».

Dejé el teléfono sobre la mesa y me puse en pie. Mis piernas estaban entumecidas después de pasar tantas horas en la misma posición a lo largo de los últimos días. Aproveché para estirarlas y a continuación hice lo mismo con los brazos y la espalda. Al pasar frente al armario, unos minutos después, el espejo me devolvió un reflejo que poco tenía que ver con mi aspecto habitual. Miré el reloj y comprobé que todavía tenía tiempo de darme una ducha. No lo pensé más y me encerré en el cuarto de baño.

Me dirigí a toda prisa hacia la estación de metro y tardé unos veinte minutos en llegar. Al salir, corrí hacia el establecimiento, al que llegué justo a tiempo. Olly me esperaba fuera, con un pitillo en los labios y la mirada perdida.

—¿Cuándo vas a dejar de fumar? —pregunté cuando llegué a su lado.

Se giró sorprendido y sonrió después de soltar el humo de forma pausada.

—Cuando encuentre algo mejor que hacer para matar el tiempo muerto.

—Olly...

Ladeé la cabeza y le contemplé con un mohín de reproche. Entonces, esperé sin saberlo algo a lo que me había acostumbrado sin darme cuenta, un abrazo o uno de sus besos. No de los de los últimos días... Uno normal. Me contempló y me pareció que él pensaba exactamente lo mismo. Ninguno sabía cómo debía saludar al otro ahora que las cosas habían vuelto a cambiar entre nosotros. Al final, sonreí y él respondió del mismo modo.

Tiró la colilla, soltó la última bocanada de humo y nos dirigimos hacia el interior. El local era pequeño y hacía esquina. Las paredes del escaparate eran negras y acristaladas, y en el interior podías encontrar cientos de donuts de diferentes sabores. Nos inclinamos sobre el mostrador mientras una chica

preparaba un par de vasos de cartón con chocolate caliente después de que se los hubiéramos pedido y nos perdimos en la inmensidad de calorías y azúcar que ocupaban todos y cada uno de los rincones de aquel acristalado aparador.

—Yo quiero el glaseado rosa con virutas de colores —dije al fin.

—Pues yo... el de cobertura de chocolate blanco relleno de mantequilla de cacahuete.

—¡Eso es una bomba! —me carcajeé, extendiendo la mano cuando la chica nos tendió los vasos.

Olly le entregó un billete y yo, mientras tanto, cogí los dos vasos de chocolate a la espera de que él guardara el cambio.

Salimos a la calle con una cosa en cada mano y no dijimos nada hasta el segundo o tercer bocado. Podría llegar a llorar de lo buenos que estaban.

—Esto es muy injusto —dije, después de darle un sorbo al chocolate.

—¿El qué?

—Esto. —Alcé las dos manos y las zarandeé—. ¿Por qué tiene que engordar tanto?

Rio y le dio otro bocado al donut, del que rebosó un chorro de mantequilla de cacahuete que fue directa a la comisura de sus labios. Se pasó la lengua y aparté la mirada, sin poder evitar una sonrisa, esta vez teñida de puro vicio. No. No había quedado con él para eso.

—¿Has dormido poco estos días? —preguntó, después de pasarse la yema de los dedos por el labio inferior y acabar de retirar los restos de mantequilla.

—Me gustaría haber dormido poco... eso ya sería mucho.

—¿Puedo preguntar qué es lo que te tiene tan ocupada?

—Sí. Si antes me explicas de una maldita vez qué es lo que haces en ese dichoso sótano.

Permaneció unos instantes en silencio y le dio un sorbo al vaso de cartón sin apartar la vista de la calle. Giramos en una de las esquinas hacia otra más transitada.

—Me parece justo. Pero esta vez, presta atención.

—Lo prometo —respondí, ansiosa por descubrir su secreto.

—Tú primera.

—¡Ni hablar! Eso no es justo.

—Son las condiciones.

Resoplé indignada.

—Está bien. Hace unos días, Lorie llegó a casa abatida porque hay otro salón que, por lo que parece, se está haciendo con toda la clientela de Brooklyn Heights. Lorie no suele meterse con nadie, ella siempre vive y deja vivir. Pero lo está pasando mal con esto porque su negocio se estanca y si sigue perdiendo clientas por culpa de las ofertas de la otra, su facturación se resentirá. Cuando nos lo contó tuve una corazonada y me metí en internet, confirmando así todas mis sospechas. Lily es una chica con un gran capital y un amplio dominio de redes sociales, por lo que está haciendo una campaña masiva que ha permitido que su negocio crezca a lo largo de las últimas semanas como la espuma. Incluso se ha visto obligada a ampliar la plantilla.

—Pero eso significa que está facturando grandes cantidades de dinero.

—Exacto. Olly, créeme si te digo que no hay nada más eficiente que una buena campaña publicitaria.

—Y eso tú lo sabes muy bien.

—Sí... hay pocas cosas que sepa en la vida, pero esta es una de ellas —expliqué—. Lorie no puede permitirse una buena campaña de marketing que no se reduzca a un par de anuncios pagados en Facebook y Google.

—¿Y tú no puedes echarle una mano?

—Sí... precisamente fui yo quien le creó las cuentas de Instagram y los otros perfiles que gestiona. Pero, a nivel particular poco más que eso puedo hacer, aparte de algunas fotos con las que voy actualizando su página web para mantenerla siempre a la orden del día.

Giramos a la izquierda y llegamos a una calle más concurrida, en la que pequeños negocios locales llenaban los bajos de los edificios, acogedores y familiares.

—¿Y qué es lo que tienes pensado?

Tardé unos instantes en responder.

—Crearás que es una tontería.

—Ponme a prueba por lo menos.

—Quiero proponerle a *Marshall Brothers* la creación de un departamento pequeño que se encargue de proyectos sin ánimo de lucro.

—¿Una especie de actuación benéfica?

—Algo así. Cada vez son más las grandes empresas que destinan parte de sus fondos a causas con las que no sacarán ningún beneficio económico pero sí un mayor y mejor reconocimiento a nivel social, aparte de beneficios fiscales, claro. Me gustaría encargarme de ese proyecto y ayudar a chicas como Lorie, que han depositado todas sus fuerzas, sus horas, su dedicación, formación y tiempo a un negocio por el que lo darían absolutamente todo. Joder, Olly —dije, elevando un poco más el tono—, es que es muy injusto. Crear un negocio de la nada no es fácil y los jóvenes apenas contamos con ayudas de ningún tipo. Sé que no se trata de una subvención ni tampoco de dinero, pero muchos de esos pequeños negocios acaban fracasando porque no cuentan con una buena estrategia de publicidad que les dé un empujoncito cuando nadie les conoce todavía.

Callé después de soltar de carrerilla todo lo que llevaba dentro.

—¿Todo eso lo has pensado tú sola?

—Sí... claro. Es que... me fastidia verla así, ¿sabes? Y me fastidia sentirme perdida. Me gustaría tener mi pequeño negocio y sé que no voy a poder hacerlo porque no dispongo del dinero, el aval ni de muchas de las cosas que necesitaría para montarme un estudio. Pero tengo la oportunidad de ayudar a otras personas que sí han podido llevar a cabo ese sueño y que, en un momento dado, pueden necesitar un pequeño empujoncito publicitario. Sé que no es mucho pero... Puedo hacerlo... Puedo serles útil.

Olly se detuvo y yo, por inercia, hice lo mismo. Me estudió circunspecto, sin ningún tipo de diversión ni burla en el rostro.

—¿Cómo puedes pensar que no es mucho?

Exhalé un suspiro antes de responder.

—Es poco en comparación con lo que podría hacerse a través de un buen programa de subvenciones.

—No todo es el dinero, Elle.

—Ya lo sé... y por eso llevo tantos días dándole vueltas a este asunto... pero sigue habiendo algo que no encaja. No encuentro la última pieza del puzle.

—Pues tienes que seguir buscándola. Es un proyecto maravilloso, Elle. Y creo que has tenido una gran idea. Así que busca la pieza, debajo de las piedras si hace falta.

—Eso pretendo pero... es que creo que ya no sé dónde más buscar. Y me

sigue dando rabia que niñas de papá como Lily puedan ver prosperar sus negocios y otras mujeres, en cambio, no tengan la misma suerte. ¿Sabes? Pasan los años y las mujeres seguimos sufriendo todavía los estragos de una discriminación que no veremos desaparecer fácilmente. Robamos tiempo al tiempo, robamos horas al sueño, sonrisas, caricias y palabras y se las entregamos a otros cuando en realidad, deberían pertenecernos. Somos perfectas ladronas en ese sentido. Muchas de esas mujeres tienen que renunciar a criar a sus hijos o bien, a dejar un empleo porque no encuentran el modo de conciliar ambas cosas. Se despiertan antes que nadie, ponen la casa en orden, preparan el desayuno de todos y luego afrontan una jornada de trabajo. Al volver a casa, las tareas no se detienen. Y si el negocio es tuyo, súmale algunos quebraderos de cabeza extra y algunas horas de más por las noches. Solo tienes que mirar hacia el interior de las tiendecitas... en la mayoría de ellas encontrarás a una mujer detrás del mostrador.

Giré la cabeza hacia la derecha y señalé con un gesto hacia una floristería. Seguimos andando y confirmé mis palabras cuando en el interior de una pequeña pastelería, una mujer atendía con la mejor de las sonrisas a un par de clientes. Lo mismo pasó cuando dejamos atrás una tienda de ropa y una pequeña librería de segunda mano.

—¿Lo ves? —Asintió con la cabeza sin decir nada más. Andaba a mi lado, ahora con las manos en los bolsillos, sin interrumpirme ni una sola vez—. Si pasáramos por aquí a primera hora de la mañana, veríamos esas mismas caras que acabamos de ver... y estoy segura de que si nos esperamos a la hora del cierre de persianas, tardarán más de media hora en abandonar sus puestos, después de comprobar que todo esté en su sitio, que no falte ni un centavo en la caja y que las cuentas del día sean las debidas. Son muchísimas las ocasiones en las que Lorie vuelve tarde a casa, ojerosa y con dolor de piernas después de pasar tantas horas de pie.

Me detuve frente a una pequeña tienda de sándwiches para llevar y Olly lo hizo a mi lado, todavía en absoluto silencio. Solo había una chica detrás del mostrador, nadie más. Debía de tener más o menos mi edad, tal vez un par o tres de años más, y limpiaba la parte trasera del mostrador mientras esperaba la llegada de los próximos clientes. Regresó detrás de la barra, abrió la caja registradora y sacó del interior unos albaranes que comenzó a contar, totalmente ajena al hecho de estar siendo observada.

—Ojalá tuviera la cámara aquí. ¿Ves lo mismo que yo?

—Me encantaría hacerlo, te lo prometo.

—Mira... mira su cara. Lleva parte del lápiz de ojos corrido y las raíces del pelo empiezan a oscurecer porque seguramente han pasado algunos días de más desde la última vez que tenía que haberse teñido. No debe de haber tenido tiempo... o quizá prefiere alargarlo y ahorrarse el dinero de un tinte al mes y hacerlo cada dos. Lleva un moño que estoy segura que ni siquiera se ha hecho frente a un espejo y a pesar de que no le están cuadrando los números, sigue dispuesta a luchar por su negocio.

—¿Cómo sabes eso?

Le miré de reojo y volví a fijarme en ella.

—Porque es la misma cara que pone Lorie muchas veces. Se trata de saber observar a las personas y ver lo que los demás no son capaces de ver.

—No puedes estar tan segura.

—¿Quieres que te lo demuestre? Esa chica no es una simple dependienta... Este negocio es suyo —afirmé con rotundidad—. Me juego lo que quieras.

—Compremos un par de sándwiches y tratemos de averiguarlo. El que pierda paga.

—Ya has pagado los donuts, no me parece justo.

—Es una apuesta.

—Está bien.

Se giró hacia la izquierda y empujó con delicadeza la puerta de madera y cristal. Una campanilla sonó y la chica, reparando en nosotros por primera vez, se giró.

—¡Buenas tardes! —saludó jovial, escondiendo la mueca desolada que había visto en ella tan solo unos segundos atrás. Guardó rápidamente los albaranes en el interior de la caja y la cerró—. ¿Puedo ayudaros en algo?

—Sí —se adelantó Olly—. Nos han dicho que aquí vendéis los mejores sándwiches caseros de la ciudad y hemos venido expresamente a comprobarlo.

—¡Vaya! ¿De veras?

Sus ojos brillaron titilantes e ilusionados ante el cumplido y maldije una vez más el hecho de no poder capturar ese momento.

—Sí. ¿Nos recomiendas alguno en especial?

—Pues, los de pastrami son los que atesoran la mayoría de buenas opiniones y ventas —añadió a modo de confidencia—. ¿Queréis probarlo?

—¡Por supuesto!

Con la ayuda de unas pinzas cogió uno de los sándwiches para envolverlo en un papel antes de tendérselo.

—Son una receta de mi abuelo. De pequeña me volvían loca —añadió, radiante.

—Oh, o sea, ¿este negocio es tuyo? —instó Olly con disimulo, después de ver la oportunidad de hacerlo sin que se notara su especial interés.

—¡Sí!

—Vaya, ¡enhorabuena! ¡Es una gran apuesta!

—Gracias... La verdad es que me ha llevado muchos años, pero, aunque parezca una tontería, siempre había soñado con tener mi propia tienda de sándwiches. Mi abuelo era muy conocido por sus recetas y sus sándwiches eran demandados por todos los vecinos del barrio. Me encantaba verle prepararlos y aprender. Y comérmelos, claro —sonrió—. Por cierto, ¿queréis algo más? Que me ponga a hablar y no os dejo pedir siquiera.

—A mí me gustaría probar el de salmón —dijo entonces.

—¡Buena elección!

Su belleza natural radicaba precisamente en eso, en la felicidad con la que hablaba de lo único que configuraba toda su vida. Mientras lo cogía, Olly me miró y yo alcé una ceja con un “te lo dije” impreso en el gesto. Asintió, dándome la razón y sacó la cartera del bolsillo. Pero le detuve con la mano. Me agarré a su muñeca y le lancé una mirada severa.

—Déjame a mí.

—Has ganado la apuesta.

—No importa... por favor, insisto.

Asintió y se giró hacia el mostrador cuando la atención de la chica volvió a centrarse en nosotros.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —dije, tendiéndole un billete por encima de la barra.

—Abrí el año pasado.

—¿Y cómo te va?

—Bueno... no me puedo quejar. Aunque muchos todavía no conocen de mi existencia. Pero aún tiene que correr la voz. Es normal. Al fin y al cabo, cafeterías hay muchas pero... ¿cuántas tiendas de sándwiches caseros puedes encontrar en Brooklyn?

Rio y me devolvió el cambio, mientras que yo no podía dejar de pensar que la casualidad había querido llevarme hasta ella, otro ejemplo idéntico al de Lorie con el que mi proyecto todavía cobraba una mayor dimensión.

Su confianza ciega me abrumaba, incluso cuando regresamos a la calle.

—Tenías razón, Elle. Este es un claro ejemplo de esas ladronas de las que hablabas, ¿no?

Elevé el mentón y me perdí en su plomiza mirada mientras sus últimas palabras repiqueteaban en las paredes de mi cerebro. Una de mis ladronas. ¿Cómo no lo había visto hasta ahora?

—Tengo que irme, Olly —respondí de forma apresurada.

—¿Qué?

—Lo siento... debo irme. Creo que lo tengo. ¡Creo que sé cómo hacerlo!

Me sentía eufórica y aterrorizada al mismo tiempo por si la idea desaparecía de mi mente tan deprisa como había llegado a ella. Me acerqué a él, le besé en la mejilla, esta vez sin pensar en nada más, y corrí hacia la esquina bajo su atenta mirada.

CAPÍTULO 23

Lorie.

Me había pasado las dos últimas semanas preparando la fiesta sorpresa de Sarah yo sola. Habíamos quedado en hacerlo entre las dos, pero justo después a Elle le surgió aquel proyecto que tan intrigadas nos tenía y me suplicó que me hiciera cargo. No pude negarme, parecía tan importante para ella... Además, me vendría bien para dejar de pensar en Lily y en el hecho de que mi facturación hubiera disminuido durante esos últimos días. Tal vez solo fuera casualidad. Seguramente lo era. Pero el hecho de que su salón estuviera cada día más lleno y al mío empezara a costarle mantener el ritmo habitual hacía que a veces me resultara inevitable pensar que ambas cosas estaban relacionadas. Pero aproveché esos ratitos que me quedaban entre horas para acabar de ultimar los preparativos. Decidimos que no sería gran cosa. Preparé una lista con la comida que debíamos encargarnos y con las botellas de vino que serían necesarias. Lo haríamos en casa, del mismo modo que habían pasado algunas de las mejores fiestas que siempre recordábamos.

Adam y Mark estaban colocando un montón de latas de cerveza que trajeron de su casa por voluntad propia en el frigorífico y Sarah estaba radiante de felicidad. Elle estaba sirviendo un par de copas cuando de repente, su teléfono comenzó a sonar. Miró la pantalla extrañada y luego nos miró a nosotras antes de descolgar y dirigirse hacia su dormitorio.

Regresó pasados unos minutos, con una expresión de sorpresa y felicidad que, sin saber a qué se debía, nos contagió, haciendo que nos sintiéramos igual de felices por ella.

—Lo tengo... Es mío... Eh, tías. Lo tengo. ¡Lo tengooooo!

Comenzó a dar saltos sin poder evitarlo por todo el salón, mucho más vacío ahora que algunas de nuestras cosas estaban en el nuevo apartamento de Sarah.

—¡Lo teeeeengooooo!! —Siguió gritando como si se hubiera vuelto loca.

Oí que alguien descorchaba una botella de champán desde algún punto de la sala y las dos nos abalanzamos sobre ella hasta que las tres nos convertimos en uno solo. No pudo contener unas lágrimas de emoción. Lo

había conseguido. Su proyecto tenía luz verde. Saltamos con ella hasta que las tres terminamos gritando y jaleando presas de la emoción. Aquella noche iba a cambiarlo todo para siempre y las tres teníamos los nervios a flor de piel.

Cuando al final nos separamos, Sarah le cogió de las manos y la miró directamente a los ojos.

—Cuéntanoslo ya.

—Vale... ¿Recordáis que os dije que estaba trabajando en un proyecto?

—Llevas dos semanas desaparecida por ello, como para no recordarlo.

—Pues lo han aceptado. *Marshall Brothers* ha aceptado mi proyecto.

—Pero... Pero... ¡Eso es genial! ¡Es maravilloso, Elle! ¡¡Felicidades!!

—Por el amor de Dios, ¡dinos de qué se trata de una vez por todas!

Se giró y buscó mis manos para envolverlas con las suyas.

—Lorie... antes de nada, tengo que darte las gracias.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque eres un ejemplo a seguir y porque quiero que todo el mundo lo sepa.

Sentí que mi mirada se enturbiaba tras una tela acuosa que logré contener. ¿Yo era un ejemplo para ella?

—Elle, por favor, que hoy tengo el día muy tonto para estas ñoñerías — pude responder únicamente.

—Lorie, este proyecto es tuyo. Es nuestro.

—¿¿Quieres contármelo ya?! —exclamé presa de la emoción.

—Te acuerdas del problema de la publicidad... ¿de aquello que te conté hace unos días?

—Sí, claro. Por supuesto que lo recuerdo, pero, ¿a qué viene eso?

—He presentado un proyecto a *Marshall Brothers* para que acepten llevar casos que no aportarán ningún tipo de beneficio pero que, a nivel social, les reportarán una mejor imagen.

—Elle... no te sigo.

—*Shhhh...* ¡déjala acabar! —chistó Sarah, con la histeria incrustada en los ojos.

Las manos de Olly se posaron sobre sus hombros y un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—El caso es que, a partir de ahora, dejaré de trabajar en el departamento de publicidad para encargarme de mi propio proyecto, que contará con el aval de la compañía. Desde *Marshall* me ofrecen la posibilidad de llevar a cabo un programa de publicidad que correrá totalmente a costa de la empresa y que estará destinado a todas aquellas pequeñas empresas que cumplan una serie de condiciones.

—¿Cuáles son esas condiciones?

Se mordió el labio emocionada al poder decir en voz alta de una vez por todas aquello en lo que había invertido todas las horas de las dos últimas semanas.

—Trabajaremos con mujeres, solo mujeres, propietarias de pequeños negocios en los que se han dejado la piel y que sacan tiempo, ganas, esfuerzo, dinero y fuerzas de donde no las hay para mantener su pequeño sueño a flote.

—Y yo...

—Tú serás la primera, Lorie. Tú fuiste la que me abrió los ojos. Este proyecto lo creé para ayudarte con lo poco que sé hacer en el mundo y lo único que se me da bien. No podía verte así... Me dolía tu tristeza. Y joder, ¡te lo mereces más que nadie!

Esta vez no pude contener la emoción y mis ojos se anegaron en lágrimas.

—¿*Marshall Brothers* va ayudarme? —grité de forma aguda.

—¡Síiiiiiiii!

—Pero... ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Utilicé algunas de tus fotos, desde que abriste el salón hasta otras más actuales. Incluso adjunté al proyecto algunas de las que nos habíamos tomado en tu dormitorio, cuando maquillabas o peinabas a Sarah... Les cautivaron, Lorie. Ellos vieron lo mismo que yo puedo ver cuando haces lo que más te gusta. Lorie, tus ojos no pueden mentir. Lo necesitas. Y ya sé que no es una subvención y que no puedo ofrecerte mucho pero te juro que voy a dejarme la piel para que esto salga bien y tu salón dé el salto que realmente merece.

Me lancé sobre ella, desconsolada y las tres acabamos llorando por el cúmulo de emociones mientras nos repetíamos una y otra vez cuánto nos queríamos, y eso que todavía no habíamos vaciado ni una botella entera de

vino.

—Pero bueno, ¿esto no era una fiesta?! —gritó Adam desde la cocina. Y aunque trató de disimularlo, también se había emocionado al vernos así—. ¡¡Que se note!!

CAPÍTULO 24

Elle.

Mark encendió los altavoces y los hizo tronar antes de acercarse a nosotras y apretujarse contra mi espalda. Ellos también se alegraban por todo. Adam hizo lo mismo y también se apretujó contra nosotras. Era curioso el cariño que les habíamos llegado a coger en apenas unas semanas. Entonces, sentí las manos de Olly sobre mis costillas, tirando de mí en su dirección. Me desprendí de las chicas y me giré para dejarme envolver por sus brazos. Por un momento cerré los ojos y me dejé llevar por los recuerdos de la última tarde en la que llegué a un punto de difícil retorno. Me besó en la mejilla, pausado y más fuerte, y luego llevó los labios hacia mi oído.

—Eres la mejor, pelirroja. No sabes lo orgulloso que estoy de lo que has hecho.

Tragué saliva y también las ganas que tenía de besarle hasta dejar incluso de respirar.

—Olly... —susurré.

Pero no pude continuar porque Sarah nos separó. Entonces, Adam y Mark se aproximaron y después de contar hasta tres, me levantaron sobre sus hombros apenas sin esfuerzo, y recorrieron parte del salón conmigo encima, como si acabara de ganar el partido más importante de la temporada.

A partir de ese momento todo pasó de forma muy confusa y rápida. Las botellas comenzaron a vaciarse de una forma casi irracional y la música sonaba desde todos los rincones de la sala. Sin saber cómo, el apartamento empezó a llenarse. Aparecieron Eric, Edward y algunos compañeros de Sarah, tanto de la academia como de la oficina. Todos eran bienvenidos y ella brillaba con luz propia. Lo que en un principio organizamos para nosotras, acabó desmadrándose más de la cuenta pero a nadie pareció importarle.

—¿Puedo decirte que hoy estás especialmente preciosa? ¿O es incorrecto que lo haga?

Sentí su aliento contra mi nuca justo antes de que sus manos se pegaran a mi cintura y su cuerpo al mío, mientras bailaban al ritmo de la música.

Me giré y pasé las manos alrededor de su cuello, sin dejar de bailar. Llevábamos toda la noche con un tonteo que no era normal ni aceptable. Y yo no hacía más que imaginarlo una y otra vez con el torso descubierto y eso todavía complicaba más las cosas.

—¿Y es incorrecto que yo te diga cuánto me gustaría ver esa camisa en el suelo?

Distinguí el perfil afilado de sus colmillos cuando sonrió ante el descaro de mi comentario y lo que este significaba.

—Estamos volviendo al fuego, ¿verdad?

—¿Sabes qué pasa? —dije, y pasé un dedo más juguetona de la cuenta por su pecho—. Que quien busca, al final encuentra. Y sigue haciendo frío... así que el calor siempre es bienvenido.

—Elle...

—¿Qué? —susurré melosa. Despegué los labios a consciencia y los mantuve abiertos muy cerca de los suyos. Ni siquiera me importaba que pudieran vernos. De hecho, no me importaba nada más que él en ese momento y la necesidad que tenía de acabar con aquello que habíamos dejado a medias y que no estaba dispuesta a que volviera a suceder.

—Esto no ayuda.

—¿Y si no pretendo ayudarte?

—Elle... quiero volver a recuperarte. A ti... a la de siempre.

—Júramelo —dije, acercando mis labios con peligro a los suyos.

Aproveché el movimiento, giré el rostro y bajé la mano para coger la copa que había dejado sobre la mesa. Le di un largo trago sin apartar mis ojos de los suyos y volví a dejarla sobre la mesa.

—Estoy esperando —murmuré paciente.

—Elle... por favor.

Entonces, cuando vi la súplica en sus ojos, me enfurecí.

—Joder, Olly. Otra vez no.

—Elle...

—¡Ni Elle ni nada! —elevé más de la cuenta la voz sin ser consciente y me separé de él de forma brusca.

Fui a darme la vuelta cuando me cogió por la mano, haciéndome

tambalear. Nos sostuvimos la mirada, casi borrosa por culpa de la ingente cantidad de alcohol que llevábamos encima. La fiesta seguía a nuestro alrededor y agradecí que nadie reparara en nosotros. Tenía los ojos enrojecidos y eso hacía que su gris habitual todavía resaltara más.

Me desprendí con fuerza y me encaminé hacia la cocina a pasos torpes y precipitados.

—¡Elle!

Me siguió, pasando por medio de los demás, sin que tampoco le importara demasiado que con ello se giraran hacia nosotros.

Abrí el frigorífico y saqué una botella de vino blanco. La descorché con torpeza y llené una nueva. Olly, en absoluto silencio, acercó otra a la mía para que también la llenara.

—¿Vas a seguir jugando conmigo al gato y al ratón?

—No estoy jugando contigo.

Dejé la botella en el interior del frigorífico y regresé a por mi copa, que aguardaba en una de sus manos. Al cogerla, sentí el roce de sus dedos y creí que no lo soportaría. Mi mente iba por libre, imaginándolos una y otra vez recorriendo mi cuerpo. Era la fiesta de Sarah, pero también era mi noche, lo había conseguido y me sentía feliz por ello. No estaba dispuesta a que Olly lo estropeará.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué no eres capaz de jurar que solo quieres volver atrás?

—Porque solo lo deseo el noventa y nueve por ciento del tiempo.

¿Cómo...?

CAPÍTULO 25

Elle.

—¿Y qué pasa con el otro uno por ciento, Olly? —añadí, de nuevo volviendo a ese peligroso juego en el que mis labios acababan sobre los suyos.

Di un paso al frente y mi mano, la misma que sostenía una copa a la altura de mi pecho, rozó su abdomen. Tragó saliva y su nuez subió y bajó. Alzó la copa y se la bebió entera, recreándose durante algunos segundos.

—Si te dijera lo que me gustaría hacer en ese uno por ciento del tiempo que pienso en ti, no estaríamos hablando ahora mismo.

—¿Y por qué no me lo demuestras?

—Porque sería injusto para el otro noventa y nueve por ciento. ¿No crees? Al fin y al cabo, creo en la democracia y en las mayorías absolutas.

Di otro paso más, sintiendo de nuevo el cosquilleo en la parte baja de la espalda.

—Pero, ¿sabes una cosa? Siempre resulta mucho más agradable romper las estadísticas y hacer lo que menos se espera de ti.

Adam, que no supe ni siquiera de dónde salió, metió la cabeza entre nosotros, rompiendo de golpe la tensión del momento.

—¿Por qué veo dos copas vacías? —exclamó, mirándonos primero a uno y luego al otro.

Se giró, sacó una botella y rellenó las copas sin que se lo hubiéramos pedido. Olly no apartó sus ojos de mí ni un solo segundo.

—¿Queréis jugar a algo?

—Creo que no estoy en condiciones... —respondió Olly.

—Pues yo me apunto —respondí animada, tan solo por llevarle la contraria.

—Eh, tío, no puedes dejar que ella juegue y tú pasar del tema. Pensaba que eras de los nuestros.

Mark también se acercó.

—Está bien —cedió al fin.

—¡Yeah! —gritó el rubio, entusiasmado—. ¿Queréis duelo o escogéis juego sin más?

Olly me miró y yo respondí mientras me doblaba las mangas de la camisa.

—Que escoja él.

—¿Por qué yo, pelirroja?

—Porque así solo habrá un uno por ciento de probabilidades de que te gane.

—Uuuuuuuuhhhhhh —abuchearon los otros dos.

—¡La pelirroja va fuerte! —gritó Adam.

—¡Eh, tú! ¡Eso solo se lo digo yo! —instó Olly con autoridad y mi vientre se retorció como una gamuza—. Pelirroja —añadió con recochineo. Acto seguido me guiñó un ojo, volviendo a ser mi cómplice, el de siempre—, escoge. Así podré demostrarte que un uno por ciento no tiene nada que hacer contra un noventa y nueve por ciento de probabilidades a mi favor.

—Eso ya lo veremos. Te reto a un *Beer pong*.

—¿*Beer pong*? ¿Tan poco confiáis en vosotros mismos? Os recuerdo que todavía tenemos pendiente una partida de *Strip Beer Pong*.

Miré a Olly a los ojos y sonreí con toda mi maldad. Quería ver su camisa en el suelo y aquella era mi oportunidad. Podía con él.

—Hecho.

Adam y Mark corrieron hacia la mesa y se afanaron en despejarla mientras echaban a todos los que había a su alrededor.

Me agaché para sacar la bolsa de plástico llena de vasos desechables y Olly aprovechó para moverse y colocarse a mi espalda.

—¿Ya sabes lo que haces? —dijo muy cerca de mi oído, cuando volví a ponerme en pie.

—¿Y tú?

Aproveché su cercanía para besarle en la mejilla con toda la mala intención del mundo.

Rodeamos la barra y nos acercamos a la mesa, con algunas dificultades. El equilibrio comenzaba a menguar pero aún así, estaba segura de que iba a poder con él. Cogimos los vasos de plástico y los fuimos poniendo sobre la

mesa, mientras que Olly y Mark los llenaban de cerveza.

Sarah se acercó a mí con el rostro desencajado. Tenía los ojos enrojecidos y un brillo sospechoso en ellos, pero estaba bien.

—¿Qué haces? ¿Es que no tuvimos suficiente la otra vez?

—Sarah, estoy bien, ¿vale? Esto no tiene nada que ver con lo de la otra noche.

Me observó muy de cerca, como si buscara en mis ojos la verdad.

—Elle.

—¿Quieres que me aguante a la pata coja para demostrarte que estoy bien?

—Hazlo —respondió para mi sorpresa.

No me quedó más remedio que hacerlo. Me aparté de la mesa, elevé una pierna y conté en voz alta hasta diez mientras me balanceaba como uno de esos muñecos que se llevaban unos años atrás en el salpicadero del coche. Pero no perdí el equilibrio, a pesar de los esfuerzos por aguantarme la risa.

—¿Lo ves? Estoy bien, confía en mí.

—De acuerdo...

Lorie, con algunos mechones sueltos y la frente perlada en sudor, también se acercó. El resto no tardó en formar un corro a nuestro alrededor. La expectación comenzó a crecer.

—¡Esperad! —dijo Sarah, y todos nos giramos en su dirección—. Esto iba entre Adam y yo. Quiero la revancha.

—Puedo ganarte luego, preciosa —añadió el otro con su habitual descaro.

—Ni de coña, rubito. Tres por tres. Nosotras contra vosotros.

—¿Pero, qué dices? —exclamamos nosotras al unísono.

—Podemos con ellos —fue su única respuesta antes de volverse hacia los tres, que se miraron tratando de descubrir sus intenciones—. ¿Qué decís?

—Chicas, estáis en evidente desventaja... —murmuró Mark.

—Un momento, ¡reunión de equipo! —gritó Lorie.

Ellos tres se juntaron y nosotras hicimos lo mismo.

—¿Qué narices haces, Sarah? Van a destrozarnos.

—Elle, podemos hacerlo. La otra vez no pude, pero ninguno de los tres sabe lo que iba a hacer. Y a ti también se te da de miedo la puntería.

Dejémosles ganar un par de rondas y luego, hagámosles beber todos y cada uno de los vasos que hay en la mesa.

Lorie y yo nos miramos.

—Sarah, sé que estás ahora mismo en una nube pero te recuerdo que tu hermano y tu ayudante están ahí. No sé si te interesa la idea de que te vean con menos ropa de la que los tienes acostumbrados.

Sarah alzó la cabeza y miró por encima de las nuestras, primero a uno y luego al otro.

—Rayos, no había pensado en eso. Debemos buscar otro juego.

—Ya lo tengo —dije, pasados unos instantes—. ¿Qué os parece retarles a las películas?

Se lo pensaron unos instantes.

—Por mí genial.

—Por mí también.

—¡Adjudicado!

Nos giramos al más puro estilo ángeles de Charlie y nos acercamos a nuestra parte de la mesa, ahora ya totalmente preparada. Ellos tres se miraron por última vez, asintieron e hicieron lo propio al otro extremo.

—Proponemos un cambio de juego —dijo Sarah.

Todos protestaron hasta que Olly se impuso por encima del jaleo, haciéndoles callar con un gesto de las manos.

—¿Y qué propones, bailarina?

—Os retamos al clásico, conocido y mundialmente famoso juego de las películas —añadió, como si estuviera presentando un espectáculo de circo.

Adam y Mark protestaron pero Olly se adelantó, con una mueca peligrosa en el rostro.

—Aceptamos —respondió solmene, sin contar siquiera con el beneplácito de los otros dos y sin apartar la mirada desafiante de mis ojos—. Pelirroja, no tienes nada que hacer contra mí.

—Te recuerdo que tengo un uno por ciento de probabilidades de fulminarte —añadí, con el único propósito de desestabilizarlo. Hice un gesto coqueto y nos alejamos de la mesa que acabábamos de preparar.

—Está bien. Las normas son sencillas. Nosotras le decimos una película a

un miembro del equipo contrario y él tendrá que representarla para el resto, que dispondrá de cuarenta segundos para adivinarla. Si no lo hace, todos los miembros del equipo beben.

—Bah, me sobran diez —añadió Adam, para variar.

—No cantes victoria tan pronto, rubito.

—¿Quién empieza? —preguntó Mark.

—Hagámoslo a cara o cruz. ¿Alguien tiene una moneda?

Edward se metió una mano en el bolsillo y sacó una.

—Muy bien, Edward. Tú la lanzas. ¿Qué escogéis? —prosiguió Sarah.

—Cruz.

—Bien, nosotras seremos la cara.

Edward contó hasta tres, la tiró y la cogió al vuelo. Dio la vuelta a la mano y nos miró a unos y a otros.

—¿Preparados?

Todos hicimos que sí con la cabeza.

Destapó y alargó la mano, dejando la moneda totalmente a la vista.

Las tres nos pavoneamos mientras dábamos saltitos y palmadas.

—Está bien, bailarina —dijo Olly—. Por hablar, tú serás la primera.

—Me parece perfecto.

Lorie y yo dimos unos pasos atrás y nos giramos para evitar enterarnos de la película que escogían. Les oíamos discutir entre murmullos y al final, se hizo un silencio hasta que Edward nos indicó que ya podíamos girarnos. Los tres se retiraron y Sarah quedó justo en medio. Edward activó la función de cronómetro en el móvil.

—¿Preparada?

Sarah asintió, sin dejar de mirarnos fijamente a Lorie y a mí.

—¡Ya!

CAPÍTULO 26

Elle.

Ganamos la décima ronda después de una hora en la que no nos concedimos una sola tregua. Así pues, decidimos que aquella se convertiría en la del desempate. Estaba claro que ambos equipos estábamos a la altura y a esas horas comenzaba a fallarnos el equilibrio.

La gente empezó a marcharse y nos quedamos, para variar, los seis. Adam hablaba con Sarah en la cocina mientras la ayudaba a recoger algunos de los vasos que había tirados sobre la mesa y reían de cualquier tontería. Lorie y Mark estaban recopilando todas las botellas y latas de cerveza que había esparcidas por la sala y Olly estaba recolocando algunos de los muebles que habíamos apartado para dejar un poco más de hueco. Me acerqué a él.

—¿Qué tienes que decir ahora respecto de ese uno por ciento?

Se incorporó y me miró desde la distancia. Me había sacado los zapatos de tacón y ahora, la diferencia entre nosotros resultaba casi cómica.

—Tíos, me voy a la cama —dijo Lorie.

—Nosotros también.

Me giré y me despedí de ellos con la mano, mientras me reía del aspecto desaliñado de los dos.

Sarah, en cambio, me estudió desde la distancia y luego lanzó otra mirada a Olly.

—¿Hoy no llevas tirantes? —dijo, con una mordacidad que incluso yo pude captar. ¿De qué iba aquello?

—Hoy he preferido el cinturón... como a ti te gusta.

Ese tono también lo conocía a la perfección, pero no tenía los reflejos tan despiertos como para distinguir las intenciones con las que había sido lanzado el comentario.

—Así me gusta, Olliver... Gracias a los dos por todo. —Calló durante unos instantes—. Me voy a la cama, ¿vale? Portaos bien.

No fue hasta que la oímos encerrarse en su dormitorio que uno de nosotros se atrevió a hablar.

—¿Le has contado algo?

—¿De qué iba todo eso del cinturón y los tirantes? —dije casi al mismo tiempo.

—Yo no respondo si tú no respondes.

—Mejor. Prefiero no saberlo de hecho... —aduje.

Permanecemos en silencio durante unos instantes en los que seguimos colocando algunos de los muebles en su sitio.

—Elle... Respecto a lo del proyecto...

—No estoy en condiciones para hablar de ello ahora, Olly, apenas me sostengo en pie —dije, y comencé a reír sin saber muy bien el porqué.

—No... No, no. Solo quería decirte que me parece que has tenido una idea maravillosa y que espero con todo mi corazón que sepan valorar cuánto vales.

Mis manos se detuvieron y no pude más que centrarme en él, en la abrumadora sinceridad de su mirada.

—Gracias...

—Cuando se lo estabas explicando a las chicas... —se interrumpió. A él también le costaba procesar la información—. Brillabas, Elle. Ojalá hubiera podido captar ese momento como lo haces tú siempre. Te juro que no puedes llegar a imaginártelo. Hace tiempo que parecías rendida y hoy... hoy has vuelto a ser tú y yo quisiera haberlo captado para siempre y poder regalarte ese momento para que lo atesoraras como haces con todos los que no te pertenecen pero que...

Mis labios acallaron los suyos, sin contemplaciones de ningún tipo. El pecho me iba a reventar mientras me concentraba en respirar sin separar mis labios de los suyos. Su mano tardó pero al final se coló por mi espalda. Solía decirse que los niños y los borrachos jamás mentían... Y tenía claro que Olly ya era todo un hombre pero también que esa noche llevaba unas cuantas copas de más en el cuerpo.

Su mano se posó en la parte baja de mi espalda y la otra en mi muslo. Me subió en volandas y me llevó hacia mi dormitorio sin dejar de besarme. Aparté una mano de su cuello para empujar la puerta y cerrarla tras él y me llevó hasta la cama y me tumbó en ella.

—Elle...

—Si no vas a acabar con esto, te suplico que no sigas.

—No puedo, pelirroja...

Gemí cuando su mano acarició la piel de mis costillas, por debajo de la ropa.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque necesito tus besos —murmuró roto de placer entre mis labios.

—Y yo necesito algo más ahora mismo. Olly, no puedo con esto.

—Pelirroja...

—No sigas, por favor.

Su mano, caliente, seguía ascendiendo por mi piel sin propasarse en ningún momento, como si necesitara solo el contacto. Vale que le había buscado yo pero... ¿Por qué me castigaba así? ¿Por qué no quería acostarse conmigo?

Sus besos se detuvieron y nuestros alientos se mezclaron jadeantes. Estaba ebrio y el aroma de sus labios destilaba alcohol, pero incluso así me pareció de lo más irresistible. Entonces, jugué la última carta. Deslicé mi mano por su pecho lentamente hasta llegar a la hebilla del cinturón. Tanteé y su respiración se agitó todavía más. Tenía la mirada turbia y nublada, como si me mirara sin verme. Me estaba aprovechando de la situación, pero necesitaba sentirle dentro de mí.

Tiré un poco más.

—El cint... —murmuró, todavía pegado a mis labios.

—¿Qué...?

—El cint... El cinturón —logró articular al fin—. El cinturón —balbució una vez más—. No puedo, Elle...

Se separó de mí con brusquedad, se pasó una mano por el pelo llevando hacia atrás algunos de los mechones y luego las juntó, como si estuviera rezando.

—Lo siento, Elle.

No, no... no. Otra vez no. ¿Por qué?

Dejé caer la cabeza hacia atrás y le vi alejarse con un ligero tambaleo hacia la puerta.

—¡Joder! —mascullé cuando la cerró al salir sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO 27

Sarah.

Elle dejó caer la cabeza sobre la mesa sin soltar la taza de café que sostenía con una mano.

—Odio la cerveza —musitó.

Le tendí la cajita de aspirinas después de tomarme una yo también.

—Manda narices que la última noche que paso aquí tenga que despertar con semejante resaca.

—Es lo que tienen las fiestas... —murmuró, con la frente todavía pegada a la mesa—. Creo que estoy a un paso de la muerte.

Cogió una de las aspirinas, se la llevó a la boca y le dio un sorbo al café para después volver a dejarla caer sobre la mesa.

—Todavía no puedo creerme que este sea mi último día en este apartamento.

—Yo tampoco. Pero si estas fiestas se terminan con tu partida... en el fondo, mi estómago y mi cabeza te lo agradecerán.

Permanecemos unos instantes en silencio.

—¿Olly y tú...?

—Por lo que más quieras, no me preguntes por Olly si no quieres que acabe saltando por la ventana. Estoy a un paso, te lo digo de veras.

—Técnicamente estás a unos cuantos... Pero, ok, mensaje captado.

—Es que no lo entiendo, Sarah. —Esta vez se incorporó un poco—. Es muy frustrante. ¿Qué demonios le pasa? ¿Tan horrible le parezco?

—No creo que se trate precisamente de eso. —Estaba completamente segura de que no se trataba de eso.

—¿Y entonces?

—Tiene que ser muy confuso. No te olvides de que es un tío y de que vosotros dos siempre habéis tenido una relación muy especial. No debe de ser fácil para él tampoco.

Por mucho que me aferrara a la idea de que Olly era un mujeriego, sabía

distinguir a la perfección el respeto que sentía por Elle. Solo bastaba con ver cómo la miraba para saber cuán importante llegaba a ser ella para él.

—Sarah... te digo que dadas las circunstancias, no hubiera aguantado ni dos minutos... ¡No me jodas!

—No todo el mundo le da el mismo valor a un polvo, Elle.

La conversación se detuvo cuando escuchamos que se abría la puerta de Lorie. Al cabo de unos segundos, escuchamos sus pasos en el pasillo pero no dijo nada. Al final, muerta de curiosidad me volví y lancé una mirada en su dirección. Todavía me costaba enfocar la vista pero al final, pese a las dificultades, distinguí la expresión de su rostro. Estaba literalmente acojonada. Entonces, escuchamos un ruido que provenía de su dormitorio, como un golpe.

—¿Hay alguien más en casa?

Pero no respondió. Parecía estar en otra dimensión. Me miró un momento, con el terror reflejado en el rostro, y luego se quedó mirando a Elle de un modo indescifrable.

Un nuevo ruido se escuchó y las dos corrimos a descubrir de qué se trataba.

Fue al llegar al pasillo cuando la primera corazonada me cortó la respiración. Conocía ese perfume tan peculiar, pero no me detuve hasta llegar a su puerta. Empujé ligeramente hacia dentro para echar un vistazo al interior cuando supe que el paraíso en el que habíamos vivido hasta hoy estaba a punto de desmoronarse en cuestión de segundos. Cerré de golpe cuando Elle fue a asomar la cabeza también pero no fui lo suficientemente rápida como para que no viera la camisa que había tirada en el suelo y que incluso yo reconocí al instante. Igual que lo había hecho con su inconfundible perfume.

—Elle —murmuré cuando me percaté del repentino temblor de sus manos. La miré con horror, esperando la reacción que vendría a continuación. Sabía que iba a llegar este momento, lo que no esperaba era que lo hiciera tan pronto—. Elle, espera, seguro que tiene una explicación —proseguí, cogiéndola del brazo para detenerla.

Se desprendió del amarre y siguió andando hacia el pasillo, donde Loire seguía de pie, inmóvil. La vi detenerse frente a ella y entonces, los ojos de Lorie se anegaron en lágrimas mientras sus labios articularon un silencioso lo siento.

Contemplé la escena acongojada. Elle mantenía una expresión que jamás le había visto mientras que por las mejillas de Lorie rodaban lágrimas sin cesar.

—¿Por qué, Lorie?

Pero ella seguía sin responder. Entonces, cuando creí que Elle iba a cometer la peor insensatez, dio un giro brusco y se encaminó hacia su dormitorio, donde cerró la puerta de un golpe tan fuerte que hizo retumbar el apartamento entero.

Lorie se desmontó al momento, reaccionando por primera vez. Se llevó las manos hacia el rostro y rompió a llorar desolada, partiéndome el corazón. Me acerqué y la abracé con todas mis fuerzas, temiendo que el dolor pudiera acabar con ella. La conocía de sobra, tanto como para saber que no tenía reparos en acostarse con un tío pero también, que era la mujer más íntegra en toda la faz de la tierra. Veía el arrepentimiento y el miedo en sus ojos, en sus sollozos y en la tristeza de todo su cuerpo.

—Lo siento, Sarah.... Te juro que lo siento... —musitó, con la mejilla contra mi hombro.

Le pasé una mano por el pelo y contuve la respiración mientras contaba hasta diez.

¿Qué demonios iba a pasar ahora que iban a quedarse las dos solas?

En la próxima entrega...

Nada volverá a ser lo mismo para las chicas y las tres lo saben. El momento es decisivo, el más duro al que seguramente se hayan enfrentado antes.

Lorie se ha metido en la cama con la persona equivocada y Elle acaba de descubrirlo. Ninguna de las dos es capaz de controlar sus sentimientos y ahora, estos son los que decidirán qué paso vendrá a continuación.

Por otro lado, Sarah, justo cuando creía que ya no podía encontrar más motivos que sumar a sus dolores de cabeza, descubre que Michael Spencer hijo ha llegado dispuesto a romper sus esquemas y, seguramente, mucho más que eso.

LADRONAS
de NUEVA
York

Libro 4

Próximamente...

Vuestras opiniones son muy importantes para mí.

Todo vuestro apoyo cuenta.

Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon, para que otros lectores puedan conocer también qué os ha parecido la historia. No os llevará más de un par de minutos y os lo agradeceré de todo corazón.

Gracias por darle una oportunidad.

Facebook

www.facebook.com/estefaniayepesescritora

Twitter / Instagram

@nia_yepes

www.estefaniayepes.com

Table of Contents

[PORTADA:](#)

[EN CAPÍTULOS ANTERIORES...](#)

[ÍNDICE.](#)

[Época de cambios.](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[En la próxima entrega...](#)